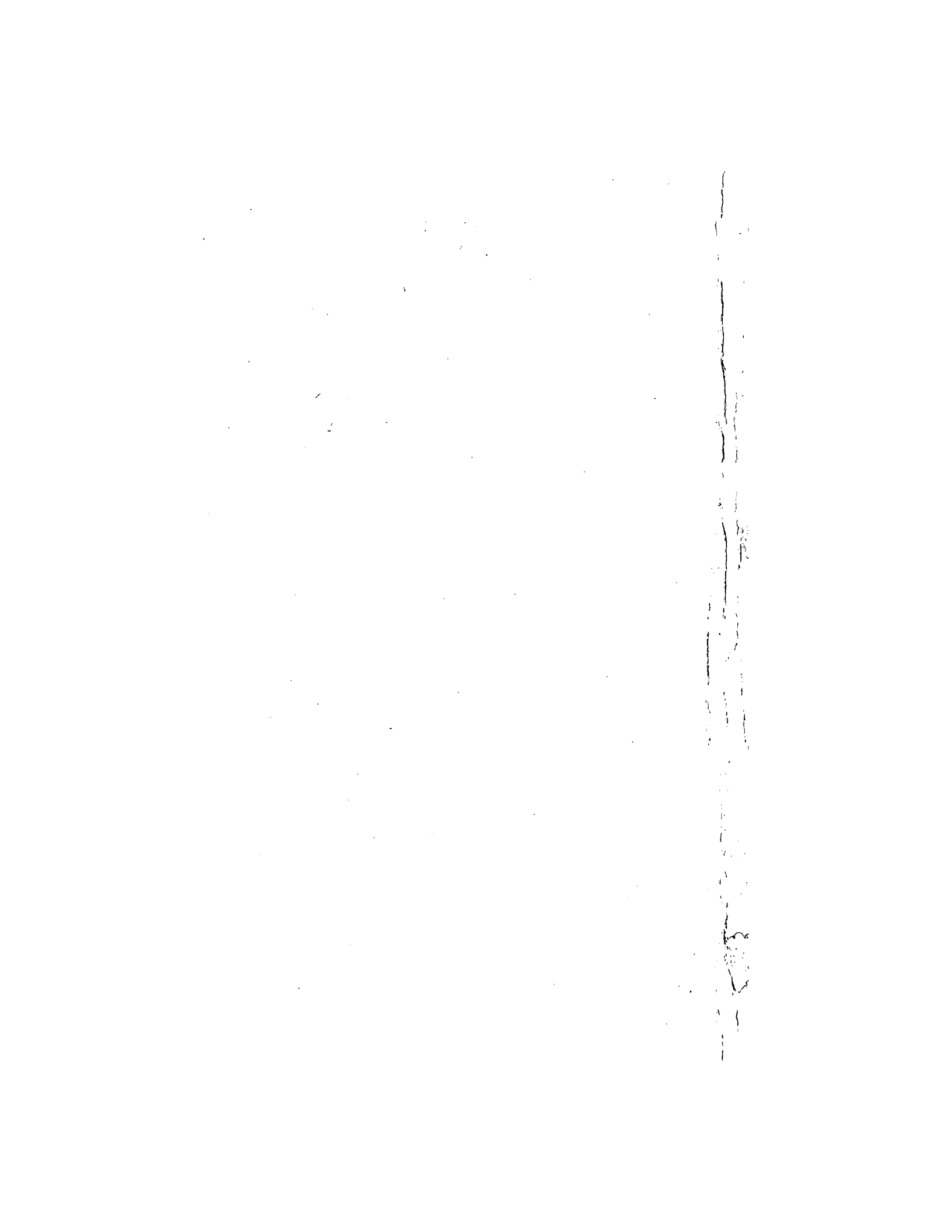




CUADERNOS
del Instituto
Latinoamericano
de Planificación
Económica
y Social

SERIE II / ANTICIPOS DE INVESTIGACION



CUADERNOS DEL INSTITUTO LATINOAMERICANO
DE PLANIFICACION ECONOMICA Y SOCIAL

Serie II Número 14

Anticipos de Investigación

Aldo E. Solar



ALGUNAS REFLEXIONES
SOBRE LA JUVENTUD
LATINOAMERICANA

FEB 1971

Santiago de Chile
1971

Primera impresión: diciembre de 1971

Se prohíbe la reproducción sin previa autorización escrita del ILPES

Texto: Unidad de Composición y Cuadros CEPAL/ILPES

Gráficos: Unidad de Dibujo CEPAL/ILPES

Impresión: Unidad de Reproducción de Documentos CEPAL/ILPES

71-10-2856 (1-379-71 Offset)

Indice

	<u>Página</u>
Introducción	1
I. La noción de juventud	3
II. Los factores demográficos	8
1. La importancia demográfica de la edad juvenil	8
2. Los jóvenes y la pirámide de edades	11
3. Cambios demográficos y juventud	13
III. La socialización	14
1. La familia	14
2. Los pares	21
3. Los medios de comunicación de masas	22
4. La educación institucional	23
IV. Juventud y mercado de trabajo	30
1. Significación del mercado de trabajo	30
2. Educación y mercado de trabajo	31
3. Origen social de los jóvenes y mercado de trabajo	34
4. Las variables fundamentales en la relación juventud-trabajo y su repercusión sobre los diferentes grupos	36
V. Actitudes y comportamientos	44
1. Sobre la variedad de comportamientos	44
2. Acerca del conformismo	47
3. El modelo "imitativo".	53
4. El modelo "revolucionario"	54
VI. Juventud y estratificación	60
1. Los jóvenes de los estratos medios	60
2. Los jóvenes de los estratos bajos	61
3. Los jóvenes campesinos	65

	<u>Página</u>
VII. Ideologías y participación	67
1. Las ideologías y el desarrollo	69
2. Participación y organización en los movi- mientos estudiantiles	75
3. Movimientos estudiantiles, sociedad global y socialización.	78
4. Funciones sociales, autonomía e ideología en los movimientos estudiantiles	83
5. Unidad y diversidad en los movimientos estu- diantiles.	89
VIII. A modo de conclusiones	98
1. Sobre la preocupación por los jóvenes	98
2. El conflicto de generaciones	100
3. Reemplazo y conflictos del poder.	101

Introducción

1. Dos dudas, por lo menos, asaltan a quien hoy pretenda escribir sobre la juventud. La primera, saber si se justifica añadir uno más a las decenas de trabajos que se publican todos los días; desde luego, bien puede escribirse otro pero la cuestión es saber si puede decirse algo más. La respuesta a esta primera duda, sin embargo, sólo podrá dársela el lector. La segunda, más trascendente, deriva del hecho que toda reflexión sobre la juventud por parte de un adulto es, en alguna medida, una reflexión sobre sí mismo. Para decir algo que posea cierta validez objetiva se hace necesario desmoronar esa perplejidad y nada asegura que el resultado sea satisfactorio. Para la juventud parece haber escrito Antonio Machado sus justamente recordados versos:

.....
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
.....
Caminante, no hay camino,
sino estelas en el mar.

El adulto que piensa sobre los jóvenes arriesga confundir sus propias y efímeras estelas con futuros y firmes caminos de la juventud actual, para convertir de ese modo la visión prospectiva en un melancólico ejercicio sobre su propio pasado. Estas y otras acechanzas son peligrosas aunque quizás evitables. El mejor homenaje que puede brindársele a la juventud, porque expresa, en definitiva, una mezcla de amor y respeto, es un esfuerzo de objetividad, aunque el mismo no esté plenamente logrado. El esfuerzo del autor de estas páginas está muy lejos de la adulación en que caen muchos trabajos actuales, pero pretende conservar legítima distancia con quienes se permiten condenas tan categóricas como temerarias.

2. El "grado de visibilidad social" de los jóvenes experimenta grandes altibajos y, probablemente, como consecuencia, ocurre lo mismo con el tema de la juventud. Aunque siempre hubo especialistas que analizaron los problemas juveniles, la preocupación general por ellos ora se apaga, ora invade todos los ámbitos, desde las reuniones de los gabinetes de las policías secretas de los Estados hasta la tribuna de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El tema de la juventud parece ofrecer la doble ventaja -y también el doble peligro-, que casi todo lo que se afirma puede ser verdadero según el tipo de grupos juveniles en que piensen tanto el autor como el lector; y que el género literario, un tanto retórico, que algún tiempo se llamó "discurso a la

juventud", muy practicado en América Latina, ennoblece tanto a quien lo elabora como a sus destinatarios.

Hechos muy conocidos del pasado reciente, y otros contemporáneos, permiten hablar de la rebelión de la juventud mundial, afirmación por cierto indiscutible cuando se aplica a la juventud que se subleva. Los mismos hechos hacen pensar a muchos autores que aunque hay grandes diferencias entre las juventudes de los países desarrollados y subdesarrollados, también existen elementos comunes generalmente definidos como la adhesión a ideas liberales, las aspiraciones en favor de la paz, el derecho y la justicia social. Esta manera de tratar la cuestión es tan cómoda como ilegítima, pues permite eliminar del análisis a los grupos juveniles que no tienen preocupaciones por la libertad puesto que son fascistas, a quienes se preparan para la guerra y a quienes no se preocupan por el derecho y menos aún por la justicia social.

Si la juventud no es, por cierto, el único, si es, en cambio, uno de los campos preferidos del wishful thinking. Muy a menudo se habla de los mitos de la juventud; pero los mitos sobre la juventud tampoco son desdeñables por cierto.^{1/} Por tanto para evitarlos parece necesario tener presente que existen varios puntos de vista legítimos para definir la juventud, como también una gran variedad de grupos juveniles; y que las lagunas de nuestro conocimiento sobre ellos son, por lo menos, tantas y tan importantes como nuestros deseos de conocerla. Por estas razones todo análisis sobre la juventud es inevitablemente incompleto, provisorio y casi con seguridad en buena parte falso.

^{1/} Marie Jahoda y Neil Warren, "The myths of youth", en *Sociology of Education*, vol.38, n°. 2 (1965), pp. 138-149.

Capítulo I

LA NOCION DE JUVENTUD

1. La juventud puede ser definida tomando como punto de partida las transformaciones biológicas que se producen al comienzo de la adolescencia, acompañadas de una serie de modificaciones psíquicas y espirituales (si, como hacen algunos), se desea establecer una distinción entre ambos términos que se prolongan hasta la edad adulta. Esos cambios biológicos pueden considerarse como la causa única (opinión ésta hoy desprestigiada), como la causa parcial o como fenómenos puramente concomitantes de los mencionados cambios psíquicos y espirituales.

Aunque a veces se aborda la juventud desde el punto de vista demográfico, no existe una definición posible de la juventud en ese campo, por lo menos en el mismo sentido que en los otros. Algunas de las definiciones formuladas desde diferentes puntos de vista pueden traducirse en una que sea operativa desde el punto de vista demográfico siempre que abarque sólo elementos cuantificados o cuantificables; por consiguiente toda estimación de su volumen requiere los datos necesarios. Si se define a los jóvenes como aquellos que tienen opiniones renovadoras no habría manera de cuantificarlos apelando a los censos; pero si en cambio se dice que entre las clases obreras la juventud no dura normalmente más de 5 años, los que se extienden entretal y cual edad, bastaría para ello disponer de una estadística de los obreros y de sus hijos por grupos de edad.

El punto de vista psicológico es complejo. Por un lado intenta caracterizar las transformaciones psicológicas y la estructura psíquica peculiar que originan; se trata entonces de lo que se denomina psicología de la adolescencia o psicología de la edad juvenil, aunque a veces ambos términos son utilizados para individualizar etapas diferentes. Por otro lado procura estudiar la singular conformación psíquica de ciertos tipos de jóvenes, caracterizados por algún criterio: la psicología del joven estudiante, la del joven obrero, la psicología diferencial del joven o de la joven, etc.

Cuando la sociología comienza a ocuparse del problema de la juventud se encuentra con elaboraciones ya bastante adelantadas de las otras disciplinas, y además se le plantea un problema previo: el de la juventud como simple agregado estadístico y el de la juventud como grupo o grupos sociales reales. Quienes tienen entre 15 y 19 años son, sin duda, una agrupación estadística que puede ser útil a los efectos de ciertos análisis. ¿Pero constituyen un grupo real? Si no lo son ¿cuándo se puede hablar de un grupo real de jóvenes? ¿Y aún limitándose al ámbito de una sociedad nacional, se puede hablar de la "juventud"?

como un grupo real? ¿O hay más bien, en ese sentido, una juventud obrera, una juventud de clase media, etc.? Inclusive se legitima la pregunta de si para ciertos grupos o estratos sociales tiene verdadero sentido hablar de la juventud. ¿Hay realmente una juventud obrera o una juventud campesina, o hay, simplemente, campesinos y obreros que tienen menos edad que otros? Todos estos problemas plantean, como es obvio, la cuestión conceptual de la naturaleza de un grupo real; pero si se la supone resuelta, el problema se vuelve esencialmente empírico y la escasez de investigaciones constituye el gran obstáculo para resolverlo.

Es posible, y algunas veces se ha intentado hacerlo, definir a la juventud desde el punto de vista político o ideológico; pero en este campo la variabilidad de las definiciones es muchísimo mayor y los criterios objetivos harto más difíciles de establecer. Véase, en este sentido, un ejemplo elemental: hay jóvenes, cualquiera sea el criterio aplicado para definirlos, que tienen opiniones políticas, otros jóvenes hay que no las tienen. Muchas veces se dice que estos últimos no serían verdaderamente jóvenes, afirmación imposible de discutir, puesto que plantea la aceptación o el rechazo de una definición convencional. Generalmente, entre quienes expresan este criterio subyace otra idea; según ella sólo son jóvenes quienes tienen ideas políticas avanzadas o renovadoras, etc. En este caso el criterio es arbitrario; los jóvenes con opiniones y que constituyen grupos para defender el orden constituido razonablemente no pueden dejar de ser considerados como un grupo juvenil en un análisis objetivo. Lo único cierto es que no puede decirse que haya un grupo real, desde este punto de vista, caracterizado negativamente, integrado como por el de los jóvenes que carecen de opiniones políticas. Su número, su reclutamiento, pueden ser datos importantes para el quehacer político, práctico o teórico, pero no porque integren un grupo real.

2. Esta breve incursión muestra que, desde ciertas transformaciones glandulares hasta las opiniones políticas o ideológicas, pueden aplicarse los más diversos criterios para definir la juventud o los jóvenes, sin considerar, por supuesto, sus diversas combinaciones posibles. Esto es tan obvio como olvidado, y por ello conviene recordarlo. El problema es aún más complejo porque los puntos de vista indicados sólo hasta cierto punto pueden distinguirse entre ellos. Los cambios psicológicos y sociales utilizables para definir la juventud tienen alguna relación con las transformaciones biológicas; pero éstas tampoco son totalmente independientes del medio social.

Por estas razones, la vieja definición de Carlota Bühler conserva la ventaja de reunir varios criterios cuando considera la juventud como un período intermedio, que empieza con la adquisición de la madurez fisiológica y termina con el logro de

la madurez social, es decir, con el ejercicio de los derechos y deberes sexuales, económicos, legales y sociales del adulto.

Esta definición operativa pone muy en evidencia que la extensión de la juventud entre esos dos períodos es un fenómeno variable. Todo parece indicar que, en general, la amplitud del período aumenta con el nivel de desarrollo, y esto por una serie de causas que retrasan la plena integración al papel de adulto, pero además porque los cambios sociales influyen sobre la madurez fisiológica. Se ha probado empíricamente que la edad promedio de esta madurez se ha ido anticipando en Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países a lo largo del siglo XX.

La definición debe completarse, de todos modos, con otras consideraciones. La amplitud del período varía considerablemente según los grupos sociales; en tanto es muy dilatada para la inmensa mayoría de las clases medias y altas, sobre todo en las sociedades más desarrolladas, es mucho más reducida entre los obreros hasta casi desaparecer entre los campesinos. Hay grupos donde la maduración fisiológica coincide prácticamente con la necesidad de asumir el papel de adulto y que, por lo tanto, no tienen juventud en ese sentido. Hace muchos años alguien tituló un libro La desgracia de ser joven, para resumir de este modo las múltiples dificultades de la juventud de aquella época;^{1/} pero para muchos grupos sociales hay un estadio todavía anterior: el de la desgracia de no poder llegar a ser joven.

3. Estas reflexiones indican que aunque se puede hacer comenzar a la juventud coincidiendo con ciertas transformaciones biológicas, el fenómeno es esencialmente social. Más aún, y aunque sobre ello se volverá más adelante, conviene subrayar desde ahora que la juventud, como fenómeno social que es, está profundamente influida por las consideraciones y los mitos que la sociedad se hace sobre ella.

Musgrove sostiene el paradójico punto de vista que la psicología de la adolescencia es una invención de los psicólogos, y que las teorías sobre la naturaleza de la juventud han sido utilizadas para justificar la segregación de los jóvenes de la sociedad adulta. En otras palabras, existirían adolescentes sólo gracias a Rousseau y sus continuadores. Esta opinión ignora el hecho que el proceso de nacimiento y desarrollo de las sociedades modernas, "lo que es a menudo llamado modernización, ha creado una variedad de condiciones que han tendido a intensificar la percepción y la autopercepción de la juventud como una categoría distinta con problemas propios".^{2/} De todos modos parecería exacto creer que lo que Rousseau y sus conti-

^{1/} Paul Vaillant-Couturier, La desgracia de ser joven (Montevideo, Ediciones Nueva América, 1937).

^{2/} S. N. Eisenstadt, "Changing Patterns of Youth Protest in Different Stages of Development of Modern Societies", en *Youth and Society*, vol. 1, n.º. 2 (diciembre de 1969), p. 133.

nuadores hicieron, fue simplemente, tomar conciencia intelectual de ese fenómeno. Pero aunque no se comparte la teoría de Musgrove es evidente que llama la atención sobre una cuestión legítima y mucho más general que la que el mismo autor plantea. Aún partiendo del supuesto que los jóvenes existan, es verdad que el hecho que la sociedad crea que existen como grupo real, que se teorice sobre ellos, que les atribuya determinadas ideas y comportamiento, y que, en fin, tenga una "imagen" de los jóvenes, posee una importante influencia sobre los jóvenes mismos. En primer lugar, porque contribuye a que se identifiquen con el papel de jóvenes; en segundo lugar, porque su "imagen" de lo que es ser joven, está profundamente influida por la "imagen" que de ella tienen los adultos, aun cuando en parte se construya por oposición a ella. Este fenómeno es cada vez más intenso como resultado de la creciente influencia de los medios de comunicación de masas. En la televisión, en la radio y en la prensa, los jóvenes, particularmente los de las clases medias urbanas, se ven tratados como un grupo diferente, que preocupa a los mayores. ¿Cómo no sentirse por tanto jóvenes e identificados con sus pares? Hay por cierto muchos otros factores pero este proceso es importante para la autoidentificación y para sentir también la semejanza con otros innominados jóvenes que existen por el mundo. El hecho que los mayores crean que los jóvenes son rebeldes, por ejemplo, se vuelve una presión casi irresistible para que muchos lo sean; las expectativas que los adultos tienen sobre el grupo de los jóvenes ejerce una profunda influencia. Para algunos jóvenes ser rebelde se convierte en un rasgo definitorio no muy distinto del de ser joven, tampoco necesariamente más claro, puesto que no implica se sepa contra qué o contra quienes hay que rebelarse.

El fenómeno juvenil se vuelve de este modo incomprendible sino se le refiere a la sociedad global en general y a la sociedad adulta en particular. Los adultos no sólo aman a los jóvenes y se preocupan por su destino, sino que también descubren pronto que la juventud es un mercado que consume libros, revistas, discos, etc. y puede brindar ganancias considerables. En un plano más profundo la situación de los jóvenes mal puede comprenderse sino es en relación con los diferentes agentes de socialización, con los contenidos que transmiten, con el acuerdo o desacuerdo que hay entre ellos.

Estas consideraciones permiten comprender el hecho que para algunos autores la mejor solución sea considerar jóvenes a todos aquéllos a quienes la sociedad concede tal carácter.^{3/} De esa manera se intentan eludir tanto los inconvenientes del

3/ UNESCO, Youth in contemporary society, XV Conferencia General de la UNESCO.

escaso contenido de un criterio puramente "etario" -jóvenes son los que tienen entre 15 y 25 años, por ejemplo- como las imprecisiones de criterios como el ya expuesto de Carlota Bühler y otros similares. Sin embargo, las ventajas son ilusorias; los diferentes grupos sociales asignan el carácter de joven a distintos individuos, lo asignan a veces de manera vaga y siempre le atribuyen diversos significados de manera tal que en algunos el criterio implícito es análogo al de las definiciones científicas complejas, y en otros se confunde con la edad cronológica.

En última instancia la juventud es un fenómeno pluridimensional. Es una etapa de transición anterior y preparatoria a la asunción de las funciones del adulto, de duración variable, a la cual la sociedad identifica como formando grupos de características especiales y dotados de alguna autonomía dentro de ciertos límites cronológicos. Todo esto implica numerosas dimensiones que sería imposible detallar aquí, y las que pueden combinarse y se combinan de varias maneras, estableciendo casos límites donde es muy difícil afirmar si se está o no en presencia de la juventud. A los efectos de investigaciones empíricas más que posible es necesario adoptar definiciones estrictamente operativas; aquí sólo se ha intentado mostrar la rica multiplicidad y los grandes rasgos de un fenómeno que a menudo se simplifica indebidamente. ^{4/}

^{4/} Se ha omitido una manera de definir o de caracterizar la juventud profundamente arraigada en América Latina, sobre todo entre los estratos medios, y más particularmente los intelectuales; es la que prefiere singularizarla por su "idealismo" o por su capacidad para luchar por "ideales", rasgos que se irían desdibujando o perdiendo en los adultos. En este trabajo se deja de lado toda discusión que parta de ese criterio, y esto por una serie de razones entre las cuales las principales son, en primer lugar y en sentido genérico, todos los seres humanos a cualquier edad poseen ideales, desde Platón hasta el más ignorante y tradicional habitante de la tierra, como la literatura universal lo ha testimoniado siempre; Felicité, de *Un coeur simple* de Flaubert, va teniendo diversos ideales, que terminan concentrándose en su loro vivo y, por último, en su loro embalsamado. En segundo lugar, cuando, para soslayar estos problemas, se le quiere dar al término "idealismo" o "ideales" una significación más específica se cae, en forma irremediable, en una selección, consciente o inconscientemente realizada por quien juzga, de aquellos valores y normas que reputa superiores, pueda o no realizarlos personalmente. Jóvenes serían entonces los que tienen o aparentan tener para el que juzga como poseyendo tal tipo de "idealismo" o tales "ideales". En resumen, parece casi imposible atribuir a esos términos una connotación científica que sirva de base para una discusión seria. Por estas razones, en este trabajo ni explícita ni implícitamente se encaran los problemas de la juventud en esos términos.

Capítulo II

LOS FACTORES DEMOGRAFICOS

1. La importancia demográfica de la edad juvenil

Las reflexiones anteriores son suficientes para mostrar las dificultades con que tropezaría cualquier estimación de la juventud en términos demográficos, y también ayudan a evitar las exageraciones en que incurren algunos de los múltiples criterios propuestos. Uno de ellos incluye la población comprendida entre 15 y 29 años cumplidos; tan arbitrario y tan aceptable como cualquier otro, se funda, en realidad, en la situación de los países desarrollados donde la elevación general de los ingresos y la extensión constante de los años de estudio tiende a prolongar la juventud. Pero aún para esos países es exagerado. Uno de los pocos indicadores que permite considerar legítimamente incluido dentro de la juventud a un grupo de edad, es el alto porcentaje de solteros, y éste disminuye intensamente en el grupo de 25 a 29 años, cuando la inmensa mayoría de los integrantes pasan a ser adultos.

Un criterio todavía más amplio, engloba todos los menores de 20 años; como es obvio tampoco puede utilizarse para determinar con rigor quiénes son los jóvenes. Su empleo deriva del esfuerzo por subrayar el peso que las nuevas generaciones actuales y futuras tienen en los países subdesarrollados.

Para establecer una comparación mundial el grupo de edad que se puede tomar más razonablemente parecería el de 15 a 24 años cumplidos. Para la actual situación de la mayor parte de los países de América Latina, y también de otras regiones subdesarrolladas, el criterio más acertado sería el de 13 a 24 años cumplidos; esos 12 años comprenden, salvo casos excepcionales, el comienzo y el fin de cualquier probabilidad de pertenecer a la juventud. Ilustrativos de esos diversos criterios son las cifras que siguen:

Cuadro 1

AMERICA LATINA, 1970

Porcentaje de la población de 10 a 24 años sobre el total:	30.8
Porcentaje de la población de 13 a 24 años sobre el total:	23.4
Porcentaje de la población de 15 a 24 años sobre el total:	18.5

Fuente: CELADE, Boletín Demográfico, año III, n.º 5 (Santiago de Chile, enero de 1970), tabla 1.

Cuadro 2

POBLACION DE 15 A 24 AÑOS EN DIVERSAS
REGIONES DEL MUNDO, 1970

(Porcentajes)

<u>Europa</u>	<u>15.6</u>
Europa Occidental	14.5
Europa Meridional	16.0
Europa Oriental	17.0
Europa Septentrional	15.1
URSS	16.5
<u>Asia Oriental</u>	<u>18.8</u>
<u>Asia Meridional</u>	<u>18.2</u>
<u>Africa</u>	<u>19.3</u>
<u>América Latina</u>	<u>18.4</u>
América del Sur (zona tropical)	18.5
América Central	18.9
América del Sur (zona templada)	17.2
Caribe	18.7

Fuente: Naciones Unidas, Perspectivas de la población mundial, (Nueva York 1967), anexo 2, cuadro 2.1; pp. 135 ss.
(La nomenclatura ha sido modificada.)

Vale la pena señalar que las diferencias entre las diversas regiones del mundo son importantes, pero menores de las habitualmente admitidas. Una simple reflexión indicaría que el diverso grado de importancia del problema de la juventud difícilmente podría depender de aquéllas.

Limitándonos a América Latina, y considerando la población comprendida entre 13 y 24 años, se observa que alcanza al 23.4 por ciento de la población total en 1970. Este porcentaje puede emplearse como punto de partida para estimar, con bastante aproximación, a los jóvenes en el sentido utilizado en el capítulo anterior. En el porcentaje mencionado está incluida tanto la juventud urbana como la rural, que lo integra por partes iguales, puesto que alrededor del 50 por ciento de la población total es urbana en 1970. Queda un 12 por ciento de la población total que estaría constituida por jóvenes de origen rural aproximadamente. De ellos sólo una parte ínfima puede considerarse en rigor joven.

Si se supone una sexta parte, estimación muy generosa por cierto, sólo un 2 por ciento de la población total daría la cifra de jóvenes de las zonas rurales. El 12 por ciento restante, de carácter urbano, comprende los jóvenes de estratos altos, medios y bajos. Entre estos últimos, que aportan por lo menos los dos tercios del porcentaje total, no más de un tercio, en el mejor de los casos, son jóvenes. Podría estimarse entonces, como primera aproximación, que en relación a la población total, un 2 por ciento procede de las zonas rurales,

un 3 por ciento de los estratos bajos urbanos y un 4 por ciento de los estratos medios y altos urbanos; o sea, que un 9 por ciento del total de la población de América Latina, un 10 por ciento como máximo si se quiere, podrían ser jóvenes en el sentido psicosocial. Probablemente sería imposible afinar más aún los datos; pero estas estimaciones bastan para indicar hasta qué punto las cifras a menudo citadas dan una impresión deformada de la realidad.

Es necesario, por de pronto, prevenirse contra un mal entendido. Al demostrar que las cifras son menores que las que generalmente se usan no se intenta en modo alguno disminuir la importancia del problema o de los problemas de la juventud, sino plantearlos en sus verdaderos términos. La mayoría de la juventud en un sentido demográfico, si la expresión es admisible, no constituye en América Latina juventud en el sentido psicosocial, y ese es un problema por lo menos de tanta magnitud como todos los que puede plantear la juventud con conciencia y situación de tal, aunque con muchas más probabilidades de ser ignorado.

En segundo lugar, la importancia o la magnitud de un problema no pueden medirse ni se midieron nunca sólo por los aspectos cuantitativos, sino también por otras consideraciones. En ese sentido parece oportuno recordar que cuando los grupos juveniles organizados plantean sus reivindicaciones, rara vez atribuyen al número de jóvenes un papel fundamental; demuestran así que son más racionales o tienen más intuición sociológica que muchos de los adultos que de ellos se ocupan.

Si las tensiones y conflictos abiertos que ciertos grupos juveniles plantean se consideran un indicador de los problemas que la sociedad tiene con ellos, por el hecho de ser jóvenes, bastaría recordar que en la actualidad la juventud de Costa Rica se rebela -por usar el término de moda-, mucho menos que la del Uruguay. Sin embargo, el primero es el país de América Latina que tiene más jóvenes en el sentido demográfico, y el segundo, en cambio, el que tiene menos.

En tercer lugar, la cuestión que consideramos debe distinguirse cuidadosamente de otra referida a la magnitud de las demandas ocupacionales futuras y sus variaciones según la importancia que tengan, en los diferentes países, las personas de edades menores.

Por último, debe asimismo distinguirse de los problemas relativos a las demandas en materia de educación que también dependen, en parte, de la distribución porcentual de las edades menores.

Estas cuestiones se vinculan con la situación respecto al mercado de trabajo o a las posibilidades educacionales, y no con la determinación del porcentaje de jóvenes en un sentido psicosocial. Sobre ambas se volverá más adelante.

2. Los jóvenes y la pirámide de edades

Mucho más importante que las estimaciones del número de jóvenes es, quizás, abordar el problema de las consecuencias que sobre la pirámide de edades tienen los cambios demográficos.

Ya fue bien estudiada la importancia de esos cambios en los países desarrollados. En la época preindustrial los niños constituían una parte numéricamente más significativa de la población total que ahora; esta distribución perduró todavía durante el siglo XIX. Al mismo tiempo debe recordarse que la esperanza de vida era muy baja; un hombre de 20 años podía esperar tener unos 25 ó 30 años más de vida, contra 50 hoy. Pese a que generalmente se casaba a edad temprana pocas eran las probabilidades que tenía de ver a su hijo mayor alcanzar la edad madura. Como consecuencia de las muertes prematuras las familias enfrentaban constantes crisis de sucesión, y era frecuente que jóvenes de 16 a 17 años tuvieran que asumir repentinamente todas las responsabilidades que competen al adulto para asegurar el sustento familiar. "El acceso a las posiciones sociales tenía lugar por la muerte del padre u otro pariente y no fue con certeza menos seguro y por lo general mucho más prematuro que el acceso por egreso de la universidad o la obtención del título de doctor".^{1/} La muerte temprana abría importantes claros en las filas ocupacionales y posibilitaba desplazamientos hacia la madurez social relativamente muy rápidos, con lo cual se prolongaba un estado de cosas muy anterior: la madurez precoz en relación con nuestros criterios actuales. Un símbolo de esa transformación puede encontrarse en el hecho que mientras Petrarca podía proclamar con toda naturalidad, y sin escandalizar a nadie, su amor por una Laura que sólo tenía 12 años, es decir que era una niña para nuestras pautas. Nabokov puede escribir una novela de amor-pasión,^{2/} es decir de amor que desafía las normas fundamentales de la sociedad, con una protagonista de la misma edad.

La situación en las sociedades hoy desarrolladas ha cambiado por completo. Para una proporción en constante aumento la edad de ingreso al trabajo como función esencial se retrasa permanentemente. Como resultado de este proceso los jóvenes se encuentran detrás de una inmensa pirámide de hombres de mediana edad que vivirán todavía muchos años. Por consiguiente es muy probable que tengan que asumir papeles de carácter secundario, sean cuales fueren sus esperanzas y calificaciones. Tres factores, de desigual importancia, tienden a contrarrestar la intensidad del fenómeno sin hacer desaparecer su creciente significado:

1/ Frank Musgrove, "The Problem of Youth and the Structure of Society in England", en Youth and Society, vol. 1, n.º.1 (setiembre 1969), p. 45.

2/ Véase Denis de Rougemont en Les mythes de l'amour (París, 1961) y más particularmente las observaciones de pp. 58 y ss.

a) Puesto que se supone una situación de desarrollo, los dinamismos de la sociedad y de la economía se traducen en una permanente creación de nuevas funciones. Salvo en los períodos de estancamiento relativamente cortos, se abren pues, nuevas posibilidades para los jóvenes;

b) la obsolescencia relativamente rápida de las calificaciones para las funciones existentes con anterioridad, circunstancia que abre posibilidades a los jóvenes que posean las más actualizadas. Como consecuencia del crecimiento exponencial de la ciencia y de la tecnología una parte creciente de las calificaciones de los adultos pierden utilidad, el reentrenamiento es costoso y no siempre posible, los más recientes educados, en cambio, lo están en las formas más modernas;

c) la disminución de la edad fijada legal o consuetudinaria para el retiro de la vida activa o profesional que abre, también claros ocupacionales. Aunque es posible sostener que al aumento de la esperanza de vida corresponde un incremento más o menos proporcional de la capacidad para continuar en el trabajo y que la edad para retirarse debe elevarse constantemente, una serie de factores socioeconómicos tiende a aumentar las presiones para disminuirla.^{3/}

Desde este punto de vista la situación en América Latina es muy diversa según los países. En los del cono sur la esperanza de vida ha alcanzado niveles bastante análogos a los de los países desarrollados. La desventaja de Chile con relación a Argentina y Uruguay, por deberse en última instancia a los niveles relativamente altos de mortalidad infantil, en rigor no cambia mucho la situación. Los jóvenes tienen una elevada pirámide de adultos por encima de ellos, con la única ventaja que son menos que en la pirámide tradicional y no mucho más que en la de los actuales países desarrollados. En cambio, son mucho más reducidos los efectos compensatorios derivados del dinamismo de las economías de éstos y la velocidad de la obsolescencia parece menor. Y por el contrario, actúa con bastante intensidad la disminución de la edad promedio real de retiro; las organizaciones de obreros y empleados han obtenido edades de retiro que a veces son más bajas que las existentes en las naciones de altos ingresos.

En la mayoría de los demás países la situación es muy original. La proporción de niños y jóvenes en la población es muy elevada y menor la esperanza de vida, pero ésta aumenta con mucho mayor rapidez que la registrada en los países hoy desarrollados. Aunque en medida mucho más reducida, todavía la muerte ejerce una función análoga a la que tuvo en estos países en el pasado. Lo que importa es el hecho que la entrada

^{3/} Musgrove no parece tomar en cuenta estos factores de atenuación del bloqueo, que por las otras causas sufren los jóvenes.

relativamente rápida durante la primera o segunda etapa de la modernización crea exigencias de calificaciones nuevas que permiten a una parte de los jóvenes -únicos que tienen preparación para desempeñarlos- asumir con rapidez papeles importantes. Pero esa situación cambia rápidamente; detrás de esos jóvenes vienen muchos otros, y como los primeros ya vivirán mucho, salvo que continúe un proceso dinámico muy fuerte, la situación podría ser peor que en los del cono sur. Muchos jóvenes pugnarán entonces por ingresar a una pirámide ocupacional que, en su parte más dinámica, estará integrada por personas que vivirán muchos años.

3. Cambios demográficos y juventud

Sería absurdo pretender que los cambios demográficos son la causa única o principal de los problemas de la juventud en su relación con la sociedad. Pero también sería absurdo ignorar el papel que pueden desempeñar en las tensiones presentes y futuras, o subestimar las diferencias que crean entre los países latinoamericanos la edad en que, en cada uno de ellos, se supone que se alcanza la madurez. Un indicador, entre otros, de esas diferencias cuyo análisis no podemos abordar aquí, serían las edades promedio de nupcialidad que varían considerablemente. Las jóvenes de clases medias de América Central, por ejemplo, se casan bastante más temprano que las del Río de La Plata, como consecuencia de la circunstancia que la madurez social está considerada allí con criterios más cercanos a los tradicionales; pero de todos modos es inevitable que haya cambios en ese sentido y que la edad tienda a aumentar. Por otra parte quizás tenga propensión a bajar en el Río de La Plata como consecuencia de un fenómeno análogo al que se está produciendo en las sociedades desarrolladas. El ejercicio pleno de los papeles del adulto tarda tanto en algunos grupos sociales, que el acceso a una parte de los mismos se conquista a través del matrimonio temprano. Las sociedades latinoamericanas presentarán entonces diferencias menores en el indicador, pero como resultado de vivir etapas muy diferentes. Algunos han formulado la hipótesis que la disminución de la edad para contraer matrimonio en las sociedades desarrolladas obedece a la necesidad de independizarse de la tutela adulta; pero también se ha mostrado hasta qué punto se malogra ese intento, que a menudo termina reforzando la necesidad de depender económicamente de los padres.

Tal es la variedad de situaciones en América Latina que, para comprender situaciones nacionales o de ciertos grupos, es y será necesario tomar cuidadosamente en cuenta, aun desde el punto de vista demográfico, numerosas variables.

Capítulo III

LA SOCIALIZACION

1. La familia

Los agentes de socialización son múltiples, pero pueden reducirse, esencialmente, a cuatro: la familia, la educación institucionalizada o formal, los medios de comunicación de masas y los grupos de pares. La distinción es necesaria a los efectos analíticos, aunque la interrelación entre los diversos agentes sea muy abundante. La familia, los maestros y los pares también están influidos por los medios de comunicaciones de masas y, en buena medida, son sus intermediarios; a su vez, los medios de comunicación de masas, de algún modo responden a las presiones de las familias, o por lo menos a la idea que se hacen sus agentes del efecto que su mensaje puede obtener en los diferentes grupos, con los ensayos de adaptación consiguientes.

Es ya un lugar común insistir sobre la pérdida de importancia de la familia y su mengua respecto a los otros agentes de socialización; pero en realidad no es mucho lo que sabemos sobre la naturaleza y el contenido de la influencia que le resta y cómo varía entre los diferentes grupos sociales. Son innumerables los ejemplos que podrían citarse de sustitución de la familia por otros agentes. Ciertas formas de conflicto, que tuvieron gran trascendencia en el pasado, parecen hoy de menor importancia frente a las nuevas circunstancias que la familia enfrenta; así, por ejemplo, el de la familia religiosa que comprobaba que el maestro de su hijo era un ateo se ha vuelto uno de los tantos conflictos semejantes; piénsese sólo en que mucho antes de tener un maestro el niño de ciertas clases sociales sufre la influencia del cine y de la televisión, medios que le crean las imágenes de héroe que pueden estar en abierta contradicción con los ideales familiares. En el pasado, cuando la familia entregaba un hijo a la escuela primaria, ya había hecho, como agente prácticamente exclusivo, una buena parte de la formación de los sentimientos y de la moral del niño -la más profunda y decisiva según muchas interpretaciones-; no renunciaba a proseguir ni a controlar la obra realizada por la escuela, cuyo contenido, por otra parte, generalmente conocía o podía conocer. Esto era particularmente cierto en las familias de clase media. Hoy, antes de la escuela, comparte su poder formativo con los medios de comunicación de masas, tiene poca influencia sobre el contacto que sus hijos tienen con esos medios y muy poca sobre el contenido de los mensajes que transmiten.

Los trabajos más recientes indican que se ha exagerado la pérdida de importancia de la familia. Es evidente que a lo largo del proceso de formación de las naciones modernas ha ido mermando una serie de funciones, particularmente por la creación y expansión de lo que se ha denominado una división del trabajo no familiar; pero otras, en cambio, han cobrado especial significación, quizás porque precisamente esas pérdidas han concentrado a la familia sobre ellas. La creciente división del trabajo en función de criterios que nada tienen que ver con la pertenencia familiar, ha hecho que en todas partes las funciones de la familia, como intermediaria entre el individuo y su sociedad, hayan sido sustituidas por otros grupos o instituciones sociales. Y aún en este caso es menester no exagerar; pues sobre todo en los países subdesarrollados la familia mantiene una serie de papeles en esa materia. A estos hechos, que hacen difícil precisar las funciones que se conservan y la manera cómo se ejercen se une, para hacer realmente compleja cualquier generalización, la circunstancia que aún dentro de una misma sociedad la familia varía mucho según los diferentes grupos estratificados.

De aquí las numerosas ambigüedades con que necesariamente tropiezan los estudios sobre el tema. Tómese, por ejemplo, la conocida cuestión de la rebeldía juvenil; se ha convertido casi en un lugar común decir que, como consecuencia de la pérdida de la autoridad familiar, ha aumentado la rebeldía de los hijos con respecto a sus padres. Hay algo paradójico en esa idea cuando se la lleva a sus extremos como se hace algunas veces. Si no hay autoridad no hay rebeldía, en todo caso habría anomía. Más importante es el hecho que muchas de las investigaciones que se citan para probar esa rebeldía son de interpretación muy dudosa. En primer lugar, porque la afirmación del aumento de la rebeldía supone una comparación con el pasado que, en la mayoría de los casos, es imposible hacer sistemáticamente. En segundo lugar, porque son varios los planos a considerar. Cuando se habla de la rebeldía ¿se está pensando en la adopción de contravalores, en la formulación de contranormas o en comportamientos en desacuerdo con aquellos que los padres sostienen? Cuando se interpretan muchas investigaciones norteamericanas, generalmente hechas sobre alumnos de los "colleges", se tiende a olvidar que una buena parte de sus padres les han inculcado ideas tales como que un hombre debe resolver sus problemas libremente, elegir en forma responsable, no aceptar ciegamente la autoridad, etc. Lo que sí puede ocurrir, y ocurre con frecuencia, es que el hijo, precisamente en nombre de esos valores, adopta comportamientos que a los padres les resultan indeseables. De aquí que tanto como de la rebeldía de los hijos contra los padres podría hablarse de la rebeldía de los padres contra los valores que ellos mismos les han transmitido,

cuando sus hijos los aplican a determinadas circunstancias concretas. Por último, tampoco parece fácil distinguir la parte de rebeldía intencionada de la de incomunicación producida por las características de la vida moderna.

Impresiones superficiales tomadas de la prensa y la gran difusión que alcanzaron los últimos movimientos juveniles en Estados Unidos lleva a generalizaciones peligrosas. Se olvida, por ejemplo, que una gran tolerancia o "permisividad" para con los jóvenes es una característica muy antigua de la sociedad norteamericana; ya Tocqueville, hablando de la relación entre padres e hijos, había hecho notar "que los mismos hábitos y los mismos principios que llevan a uno, (el hijo) a adueñarse de la independencia, disponen al otro (el padre) a considerar su uso como un derecho incontestable".^{1/}

Es evidente que la familia tiene, todavía, una cierta capacidad de reacción frente a las influencias externas, una cierta capacidad de unificarlas alrededor de ciertos ideales que les parezcan válidos, etc. Pero lograrlo es cada vez más difícil en las sociedades industriales avanzadas, y en tanto se suponga que ese proceso es irreversible y en constante intensificación será más cierto que lo único que se herederá de la familia serán las cosas, es decir, la propiedad.

Un hilo conductor que permita orientarse en este problema, en apariencia tan fácil, pero que también ofrece muchos riesgos, es considerarlo como una crisis de la autoridad familiar, por lo menos de la autoridad tradicional, sin nuevos elementos que la sustituyan, o por lo menos que lo hagan de modo visible. Los padres descubren o se enteran todos los días que los hijos tienen más derechos, se acostumbran a la idea que poseen una personalidad que más que moldear hay que respetar. Es difícil saber qué parte juegan las convicciones de los padres y en qué medida se está frente a una racionalización que permite justificar la conducta deseada, u otra que no hay más remedio que seguir: tener escaso contacto con los hijos. Todo parece demostrar que los jóvenes, como todos los seres humanos, necesitan afirmar algunos valores y adoptar ciertas normas. Por otro lado todo sistema de normas requiere alguna fuente de poder. Cuando los jóvenes no encuentran esas normas entre sus padres las buscan y las encuentran en otra parte, en el líder entre sus pares, en el héroe a imitar, etc. La falta de contactos con la familia y particularmente con el padre para los varones, comporta una privación de modelos; lleva a buscar otros modelos y, una vez adoptados éstos, puede aparecer el conflicto. La hipótesis que el proceso sigue estas grandes líneas parece por lo menos aceptable en muchos casos.

^{1/} Alexis de Tocqueville, De la démocratie en Amérique, 3ª. parte, cap. VIII.

Como crisis de autoridad, la rebelión de la adolescencia, si se quiere usar el término, parece de este modo la culminación de un proceso iniciado mucho antes y que todos los medios de socialización tienden a acentuar. Es sabido que la juventud se caracteriza por una mezcla de autonomía y de dependencia. Autonomía en cuanto implica una amplia salida del control familiar; dependencia, porque cuanto más tiempo se prolonga el período juvenil tiene que vivir el joven de sus padres, de quienes depende para gastar su dinero autónomamente. Llevado a sus extremos el esquema es muy racional; los padres cumplen con su deber como tales limitándose a mantener los hijos; lo demás corre por cuenta de la libertad y de la autonomía de la personalidad de éstos.

Este modelo, que en sus formas puras no se da en ninguna parte y que constituye la exageración de algunas de las tendencias que surgen en las sociedades más avanzadas, está a una distancia muy diferente de los fenómenos reales que se dan según los países y los tipos de familia. Indica una tendencia existente en las clases medias de Estados Unidos, expresada con mucha intensidad, aunque esté lejos de ser universal aún allí, que tiende a reproducirse en las clases medias y altas de los países latinoamericanos, aunque con mucha menor fuerza, y que prácticamente no se advierte entre campesinos y obreros.

Se ha dicho más arriba que tomar a la rebelión frente a la familia como hilo conductor ofrece riesgos, por ello parece prudente insistir sobre algunas preguntas ya formuladas. La mayoría de los estudios analizan el problema de la juventud en términos de valores, de normas, de contravalores y de contranormas; y, en última instancia, el problema esencial se definiría por el conflicto de las generaciones alrededor de los valores. Ya se ha señalado una de las ambigüedades de ese planteamiento, pues puede haber comportamientos diferentes que persiguen el propósito de realizar los mismos valores.

Numerosas investigaciones muestran que entre los jóvenes más radicales es donde se da una menor proporción de conflicto con los padres.^{2/} En una sociedad que tenga un mínimo de pluralismo algunos jóvenes expresan opiniones contrarias al establishment, pero tampoco debe olvidarse que allí también es muy corriente que sus padres estén contra el orden constituido. La diferencia parecería más bien de matices y de técnicas de expresión que de valores. Es curioso el escaso análisis efectuado alrededor de una observación sumamente frecuente vinculada con este problema. Habitualmente los adultos de clase media piensan en la juventud en términos de

^{2/} S. M. Lipset y Ph. Altbach, "American Student Protest", en New Society, setiembre 1966, y K. E. Gales, "A Campus Revolution", en British Journal of Sociology, 17, 1966.

pureza; sea exacto o no que la pureza constituye una cualidad juvenil, la observación no se refiere a un conflicto de valores sino precisamente a lo contrario. Se dice, por ejemplo, que los jóvenes quieren realizar ciertos valores llevándolos hasta el extremo; que no han adquirido la madurez necesaria para comprender los límites que la sociedad impone; etc. Cualquiera sea el valor de la idea ésta representa la convicción de los adultos, falsa o verdadera, que la sociedad es un mecanismo que limita la realización de los valores, mecanismos al cual los jóvenes todavía no se han resignado. En realidad el conflicto se plantearía entre los valores afirmados y las posibilidades de su realización plena, y no entre valores y contravalores.

Estas consideraciones parecen indicar que el conflicto de generaciones es, probablemente, como conflicto de los jóvenes con sus padres, más a menudo una consecuencia que una causa de los conflictos sociales. Y puesto que éstos existen en la sociedad global, algunos jóvenes toman posición frente a ellos, y al hacerlo, una pequeña parte adopta modelos que son distintos, y a veces estrictamente contrarios, a los de sus padres.

De allí que por lo menos tan legítimo como mirar a la juventud como uno de los protagonistas de un conflicto generacional sea mirarla como uno de los protagonistas de un conflicto por el poder, como he tratado de hacerlo en otro trabajo,^{3/} y como, con carácter mucho más general, lo reafirma vigorosamente Musgrove en un estudio más reciente.^{4/}

El modelo del conflicto generacional tiende a explicar el problema admitiendo que existe en la sociedad un cuerpo de valores que se trasmite a las nuevas generaciones a través de los diferentes procesos de socialización. Pero por las incertidumbres mismas de ese proceso los jóvenes entran, a menudo, en conflicto con esos valores, hasta que se adaptan a ellos o se forma un nuevo consenso alrededor de otros. En última instancia, los adultos tienen que soportar a los jóvenes y a sus rebeldías hasta conducirlos a la edad de la razón para que se reconstruya o se construya el consenso social. Este modelo tiende a ignorar que el conflicto es por lo menos una nota tan esencial de la sociedad pluralista como puede serlo el consenso, y que no sólo hay conflicto alrededor de los valores, sino también más intensamente todavía, alrededor de la distribución del poder y de la distribución de los papeles sociales que es su consecuencia. La juventud es el período en que un sujeto pertenece a una sociedad sin pertenecer del todo a ella. Esta ambivalencia simultánea de pertenecer y no pertenecer es una nota quizás más característica que cualquier otra dentro de los límites que las sociedades modernas han asignado a la juventud.

^{3/} Aldo E. Solari, "Introducción" a Estudiantes y política en América Latina (Monte Avila, Caracas, 1968).

^{4/} Frank Musgrove, op. cit., pp. 38 y ss.

Cuando no se ha dejado nunca de pertenecer, porque se es niño, o porque cuando se deja de serlo hay que asumir los papeles del adulto, como es obvio surgen conflictos, pero ellos se refieren más al puesto que se tiene que al que se va a tener en el sistema como ocurre con la juventud.

Estas consideraciones permiten comprender un hecho con frecuencia olvidado: las manifestaciones más visibles, y para muchos adultos más probatorias del supuesto conflicto de generaciones son aquéllas en las que los jóvenes, si menosprecian a algunos adultos, no es por serlo sino por la visión de la sociedad que expresan, puesto que simultáneamente elevan al rango de héroe a personas como Mao Tse Tung, Fidel Castro, John Kennedy, Ernesto Ché Guevara, Ho Chi Minh, o Stalin; entre los cuales hay varios que no son o no eran precisamente jóvenes. Por lo visto el conflicto no es generacional, o por lo menos no es solamente generacional y sus manifestaciones ideológicas encuentran símbolos en personajes vivientes o muertos, por lo general adultos, según la posición que han tenido o se les atribuye en relación a la sociedad. Cuando se traten las actitudes y las ideologías se percibirán más detenidamente los problemas de la juventud en términos de poder.

De todas maneras es cierto que los diferentes grupos juveniles están en una situación muy distinta en lo que se refiere al problema, ya se lo interprete como conflicto de generaciones o de poder. Entre los campesinos todo parece indicar que la autoridad de la familia es muy fuerte, y que la armonía entre las generaciones es mucho mayor, salvo, probablemente, cuando se trata de la decisión de los hijos de emigrar a la ciudad. ^{5/} Pero esta afirmación es demasiado general y pasa por alto las grandes diferencias que existen entre las distintas sociedades rurales, y entre las clases media y baja en cada una de ellas, al mismo tiempo que soslaya las dificultades existentes para definir la juventud rural. La diferencia entre la sociedad rural y la urbana es mucho más intensa en unos países que en otros; hay, además, muy diferentes grados de desarrollo dentro de cada sociedad rural nacional. El joven poblador rural o campesino es aquél cuya socialización se ha realizado esencialmente dentro de la sociedad rural; pero puede vivir tanto en la ciudad como en el campo. El joven socializado en el medio rural que migra a la ciudad tiene seguramente algunas características que lo diferencian de sus congéneres urbanos; y para atender precisamente a la complejidad de estas diversas variables se

^{5/} Este fenómeno parece relativamente universal. Para una ilustración en América Latina, véase el informe del Centro de Estudios del Desarrollo de la Universidad Central de Venezuela sobre "La infancia y la juventud rural en América Latina", preparado para la Sesión Especial sobre la Situación de la Infancia y la Juventud en América Latina realizado bajo los auspicios de la Junta Ejecutiva de UNICEF del 19 al 20 de mayo de 1969 en Santiago de Chile.

Cuadro 3

	Clase media A	Clase baja B
<u>Residentes rurales</u>		
País o área desarrollada	1a	1b
País o área subdesarrollada	2a	2b
<u>Migrantes rural-urbanos</u>		
País o área desarrollada	3a	3b
País o área subdesarrollada	4a	4c

ha ensayado distinguir tipos diversos de juventud rural, así Sustaita confecciona el siguiente cuadro.^{6/}

Los ocho tipos distinguidos por el entrecruzamiento de las variables consideradas en este valioso esfuerzo de análisis no alcanzan a cubrir, sin embargo, todos los posibles, aun cuando no se introduzcan otras variables. La simple incorporación de grados o niveles de desarrollo y subdesarrollo, y la combinación de éstos con zonas de origen y de residencia ampliaría enormemente la clasificación. El joven de procedencia rural que viven en una gran ciudad no tiene, como es evidente, los mismos rasgos que quien lo hace en una pequeña; ni tampoco podrían desdeñarse la importancia que en ambos casos tendrían las variaciones en función del hecho que provengan de áreas muy desarrolladas o muy atrasadas. Cuanto más subdesarrolladas son las áreas mayor es la probabilidad que los jóvenes asuman allí prematuramente las funciones del adulto, y que no haya juventud en el sentido convencional del término. De este destino sólo escapan los hijos de las clases medias, pero éstas son de muy escasa importancia en esas áreas. Sin embargo, cuando las regiones son demasiado atrasadas, y la desocupación llega a niveles muy altos es probable que aparezca por necesidad una juventud ociosa, casi siempre numéricamente escasa puesto que la mayoría estará obligada a emigrar.

En cambio, en las áreas más desarrolladas, la juventud de los estratos medios aumenta su volumen y por sus aspiraciones y valores se aproxima, sobre todo por la influencia de los medios de comunicación de masas, a la juventud urbana de estratos medios; al mismo tiempo, aunque en una proporción mucho menor el mismo fenómeno se repite en la juventud de los estratos bajos. En todas partes se producen cambios considerables como consecuencia del proceso de urbanización de la

^{6/} Edmundo Sustaita, "La juventud campesina: análisis sociológico", en Revista de la Universidad de Buenos Aires, VII, 3 (1962), pp. 439-456.

sociedad rural que, aunque menos intenso y extenso en América Latina que en las sociedades desarrolladas, tiene una importancia evidente y en aumento.

Los jóvenes obreros están en una situación intermedia entre los campesinos y las clases medias; pero los mismos fenómenos que afectaron a éstos en el pasado empiezan a manifestarse entre los obreros y, en mucho menor medida, entre los campesinos: la prolongación de la juventud, la mayor autonomía, etc. Infortunadamente es bastante menos lo que sobre ellos sabemos, y es abusivo generalizar con respecto a los mismos ciertos rasgos que sólo están comprobados, y no demasiado bien, para los jóvenes de clases medias, a las cuales pertenecen, por otra parte, la casi totalidad de quienes escriben.

2. Los pares

Muchas investigaciones destacan la influencia del grupo de pares, de los compañeros de clase, los amigos, los que comparten los juegos en las calles, los que se reúnen en las esquinas o en los bares. Es tan poco lo que se sabe sobre ellos que no es fácil afirmar en qué medida se trata de influencias independientes, o si por su intermedio se mediatizan la influencia de otros agentes de socialización, los que pueden ser incluso las familias de los propios líderes juveniles. Es muy probable que el hecho carezca de originalidad y sólo cambien las formas que adquiere. En este sentido es ejemplar el conocido estudio de Whyte^{7/} con respecto a un caso en Estados Unidos, donde se muestra satisfactoriamente la ambivalencia de los valores: para ciertos comportamientos los valores aceptados son los del grupo de la esquina, para otros los tradicionales de la familia italiana emigrante. A su vez, los valores del grupo que se reúne en la esquina, son en gran medida, los valores que los sujetos perciben o creen percibir en la sociedad norteamericana a la que todavía no pertenecen o a la que pertenecen de una manera muy ambigua. Ciertos estudios hechos en América Latina parecen indicar la importancia de esos grupos de pares: en algunos países, por ejemplo, se advierte la influencia que tienen sobre la propagación del hábito de ingerir alcohol desde los primeros años de la juventud, o sobre otros comportamientos que definen lo que el grupo considera signos de hombría o de "machismo". Pero también en este caso parece difícil saber hasta dónde esos comportamientos coinciden con valores propios, en el sentido de originarios del grupo, o en qué medida reproducen valores que en América Latina una buena parte de los padres piensan que deben transmitir a sus hijos varones. Un

^{7/} William F. Whyte, Street Corner Society (The University of Chicago Press, Chicago, 1943).

caso muy típico es, por ejemplo, el de la actitud para con la mujer como madre, como esposa y como instrumento de placer. Así como los jóvenes que estudió Whyte querían tener relaciones sexuales con una norteamericana rubia, pero casarse con una hija de italianos que fuera virgen, en América Latina existen diferencias de este tipo, bien conocidas, pero que no corresponde examinar aquí. Pero esas mismas diferencias pueden advertirse también entre los varones adultos, aunque ello sea menos visible porque las necesidades sociales obligan a disimularlas, particularmente frente a la propia familia.

3. Los medios de comunicación de masas

La importancia del papel socializador de los medios de comunicación de masas aumenta constantemente. Con todo no debe ser exagerado hasta llegar a creer que producen jóvenes-robot, pero fuera de toda duda ellos tienen múltiples, variadas y contradictorias influencias. La posesión de algunos aparatos, el televisor por ejemplo, es un signo de status; su falta entre las familias de clase media urbana limita cada vez más las posibilidades de comunicación de los hijos con sus pares. Con independencia de la opinión que tengan los padres sobre sus bondades, estos dos factores tienden a imponerlos. En los medios de comunicación de masas la valoración positiva de las pautas es muy importante y termina por lograr la adhesión de los jóvenes; se prepara de este modo, un fenómeno muy característico de las sociedades latinoamericanas. La adhesión a las pautas de consumo de las sociedades de altos ingresos implica la aceptación de una serie de valores, los que a menudo, están en abierta contradicción; pero esa contradicción no es, por lo general percibida.

El otro elemento importante que resta por señalar es el carácter irreal del contenido de la mayoría de los mensajes. No se trata sólo del hecho que la mayoría de los programas tengan un contenido que podría considerarse irreal, sino que proceden y han sido pensados para el público de sociedades con ingresos mucho más elevados; presuponen una vida social muy distinta, etc. Si algo auténtico hay en la juventud latinoamericana es obvio que los medios de comunicación de masas parecen haberse propuesto destruirlo. Además, fuera de la irrealidad comentada, muchos de los problemas que los programas abordan o transmiten sólo tienen sentido en las sociedades donde se originan, con escasa o ninguna relación con las sociedades latinoamericanas. En ese sentido tienden a crear el remedo de juventud al que se hará referencia más adelante. Ya se ha visto el papel que juegan los medios de comunicación de masas en la autoidentificación de los jóvenes como tales, y también en los rasgos que ellos mismos se atribuyen. Cuando se consideran todos estos factores se advierte el carácter paradójico que tiene el hecho de dedicar tantos esfuerzos y energías a

discutir cualquier reforma de la educación formal y la escasa atención prestada a la obra de quienes, por su cuenta, sin control del Estado ni de las familias ni generalmente de ningún órgano responsable, emiten toda clase de mensajes a través de los medios de comunicación de masas.

La influencia de los pares, los medios de comunicación de masas, la creación de un mercado para los jóvenes, etc., ha llevado a la idea de la existencia de una "cultura" o de una "subcultura juvenil". Parece bastante discutible que exista como tal, y son muchos los problemas que plantea el uso del concepto; por ello se ha preferido no utilizarlo en este trabajo.^{8/} En cambio sí importa subrayar que los jóvenes parecen sometidos a múltiples influencias que no proceden de ellos y a otras que nacen de ellos; determinar una y otras, como también los perfiles especiales que se forman, parece la tarea esencial.

4. La educación institucional

¿Que papel se puede atribuir a la educación institucionalizada? La pregunta, alude, puesto que se habla del problema de la socialización, a los contenidos de esa educación y a la influencia efectiva que pueden tener sobre los sistemas de valores, las pautas de conducta, etc., de los educandos. Ambas cuestiones están entre las menos estudiadas en América Latina y, una vez más, se está abandonando casi totalmente a las hipótesis más o menos plausibles cuando no a simples conjeturas.

Un primer hecho característico de la sociedad latinoamericana es la extraordinaria difusión general de una altísima valoración de la educación.^{9/} Pero parece muy claro que esa valoración se vincula esencialmente con las funciones supuestas o reales que se le atribuyen a los sistemas educativos para promover la movilidad social de los estratos más bajos o conservar el status de los integrantes de las clases medias. Nada se puede deducir acerca de la influencia real de los contenidos educativos sobre los educandos, puesto que tal valoración parece tener muy poco que ver con ellos. Sin embargo existe una relación: se percibe al sistema educativo como un medio de escapar a la condición de trabajador manual para los hijos de quienes lo son o los otros para permanecer fuera de ella. Este hecho queda muy claramente evidenciado

^{8/} Sobre la noción de subcultura en general, y de subcultura juvenil en particular, hay una enorme bibliografía. Constituye el concepto básico en los ensayos contenidos en el libro editado por Erik H. Erickson, Youth: Change and Challenge (Basic Books, Nueva York, 1963), en el de James S. Coleman, The adolescent Society (The Free Press, Nueva York, 1961), como así también en muchos otros. Una escéptica revisión de la bibliografía, que termina negando la noción de subcultura juvenil, puede encontrarse en el trabajo de Jahoda y Warren ya mencionado; una posición también fuertemente negativa aparece en el trabajo citado de Musgrove.

^{9/} Véase el resumen de evidencias presentado en Educación, Recursos Humanos y desarrollo en América Latina (E/CN.12/800), publicación de las Naciones Unidas (Nº. de venta: S 68. II. G. 7).

en la muy distinta valoración que se hace de los diferentes tipos de educación según las ocupaciones a las que presumiblemente permiten tener acceso o según si hacen o no posible ulteriores estudios, en particular el ingreso a la Universidad, criterios que, por otra parte, se refuerzan en gran medida. Este es un fenómeno en rigor universal, pero que parece particularmente fuerte en América Latina. Educar es educarse para el trabajo no manual. La reacción de las políticas educativas contra este hecho es muy débil en América Latina si se excluye el caso de Cuba y la probable excepción del Perú, si se aplican de manera efectiva algunos de los propósitos enunciados en su reciente proyecto de reforma educativa.^{10/}

El papel que las diferentes sociedades atribuyen a la educación formal en la formación de los sistemas de valores es extraordinariamente variable. Así, casi todos los matices se han dado en la realidad, desde un extremo del espectro, donde se supone que la función de la escuela es simplemente la de impartir ciertas técnicas elementales (lectura, escritura, cálculo), pero que la transmisión de los valores es de resorte exclusivo de las familias (modelo al que se acerca la escuela primaria griega clásica), hasta los intentos que han hecho las diversas revoluciones para utilizar la educación como un medio de resocialización de acuerdo con los nuevos valores adoptados. Hasta ahora sólo Cuba ha ensayado de manera sistemática en América Latina, atribuir un papel primordial a la educación en la socialización según un nuevo sistema de valores, partiendo del supuesto que la familia tiende a transmitir otros muchos tradicionales. Se repite así el ejemplo de las grandes revoluciones anteriores. Una revolución no sólo supone, por lo menos en la época moderna, una transformación muy profunda de los sistemas educativos, sino que concibe ese cambio de manera tal que la educación pueda convertirse en un instrumento revolucionario.^{11/}

Salvo este caso excepcional, los países latinoamericanos han mantenido una política educativa donde la educación formal y la de los demás agentes de socialización para transmitir un sistema de valores aparece indefinida o vacilante cuando no contradictoria. De hecho puede sostenerse la hipótesis que diversas variedades del modelo fundamentalista son las que tienden a imponerse.^{12/} Por su parte, los educadores tienden a

^{10/} Ministerio de Educación del Perú, La reforma educativa en el Perú, (Lima, 1970).

^{11/} Muchos ejemplos podrían darse al respecto y muchos análisis podrían intentarse acerca de la relación entre educación y revolución, pero aquí todos ellos estarían fuera de lugar. Una prueba evidente de esa relación puede percibirse en las discusiones de los textos del artículo tercero de la constitución mexicana.

^{12/} Para una exploración de estos temas, véase Naciones Unidas, Educación, recursos humanos y desarrollo en América Latina, op. cit., cap. IV.

trasmitir un sistema de valores que, sin oponerse al anterior, por lo menos nunca en forma abierta tiene diferencias sensibles. Si se admite que los padres están más cerca del primer modelo, el problema puede percibirse, en una primera aproximación, como el de saber si la influencia de los padres o la de los profesores será la predominante en la socialización de las nuevas generaciones. Esta simplificación es burda, porque una buena parte de los educadores estará más cerca del modelo tradicional que del expresado, por lo general, por sus organizaciones gremiales. Pese a ello, cierto valor como hilo conductor puede otorgársele puesto que nos introduce al problema central: ¿qué tipo de sistema de valores tiende a transmitir la escuela? Entre los pocos estudios existentes pueden elegirse dos, porque aparte de su interés y valor intrínseco proporcionan dos evidencias aparentemente contradictorias acerca del mismo país.

El estudio sobre élites en Venezuela^{13/} muestra que los maestros son menos modernos que los líderes sindicales, según los criterios que en él se establecen para construir una escala de modernidad, pese a que los primeros tienen, como es natural, mucho más años de educación formal que los segundos. Tal comprobación permite dudar del valor de la educación como instrumento de socialización en un sistema de valores modernos; y muchas especulaciones podrían hacerse por cierto sobre las causas del fenómeno. A su vez, otro estudio,^{14/} que no es, desde luego, estrictamente comparable, puesto que utiliza criterios diferentes para definir la dicotomía tradicional-moderno, llega al resultado que la educación es un factor positivo para transmitir un sistema de valores moderno. Más aún, parecería que a medida que aumentan los años de escolaridad el nivel de modernidad también lo hace. Pero los resultados sólo son contradictorios en apariencia. Los del primer estudio en modo alguno muestran que la escuela no sea un agente de modernización -que es lo que afirma el segundo-, sino que hay otras formas de socialización, la actividad sindical, por ejemplo, que pueden ser agentes más eficaces, lo que parece muy probable en ciertas condiciones estructurales. La conclusión a la que llega el estudio mencionado en primer término, es decir, que el sistema de valores de los maestros primarios es bastante tradicional, con todo lo decepcionante que pueda ser, no implica que los maestros sean más tradicionales que los padres en general y que, de todas maneras y en alguna medida, la escuela se constituya así en un factor de modernización. Dejando de lado el hecho que estos resultados

^{13/} Frank Bonilla y José Silva Michelena, Studying the Venezuelan Policy (Caracas, 1966).

^{14/} Joel M. Jutkowitz, Political socialization in Venezuela: the Relationship between Education's influence and Perspectives of Source, mimeografiado, 1970.

no son generalizables para toda América Latina, estos datos y otros no permiten llegar a una conclusión unívoca. Por un lado, puede admitirse que la escuela es un agente de modernización del sistema de valores; y por otro, que otras formas de participación social pueden ser mucho más eficaces en ese sentido. Dilucidar de manera más clara la cuestión sería esencial para una política global de modernización.

En las páginas anteriores queda aceptada la dicotomía tradicional-moderno pese a todas las críticas que se le pueden hacer pero sobre las cuales no cabe entrar en este trabajo. Pero si los estudios muestran^{15/} que los más modernos se reclutan en los estratos medios y altos es porque la modernidad se define de tal manera que coincide, por lo menos en gran parte, con los valores de esos estratos, o porque éstos han impregnado todo el sistema escolar con sus valores. Esto último parece evidente de acuerdo a todo lo sabido sobre la cuestión. El sistema educativo está de tal manera vinculado a los estratos medios en América Latina que casi podría decirse que es un proyecto de esos grupos sociales. Las innumerables evidencias existentes sobre este aspecto no podrían estudiarse aquí,^{16/} pero llevan a concluir que la expansión del sistema escolar es, sobre todo, la expansión de un sistema de valores que, sean cuales sean sus ambigüedades, nada debe a los estratos bajos de la población. Ni aún en los países más industrializados de América Latina, que cuentan con las organizaciones obreras más poderosas, éstas han ejercido algún papel significativo en la determinación de los contenidos del sistema educacional; y cuando lo hicieron fue para presionar con el propósito de obtener la expansión cuantitativa de un sistema pensado para las clases medias y altas. Por ello, no debe llamar la atención, como se verá más adelante, que los jóvenes marginales que llegaron a educarse tiendan a tener como modelos a sus profesores más que a sus padres, y que para ellos la educación sirva esencialmente como un recurso para huir de la condición de trabajadores manuales.

Mucho se ha discutido sobre el carácter simbólico o instrumental de la educación en América Latina. La opinión más generalizada es que las funciones simbólicas de la educación predominan sobre las instrumentales en la percepción de la mayoría de las personas; pero el punto está lejos de estar totalmente dilucidado. Las pruebas que se alegan en favor de este criterio giran, casi todas, alrededor del escaso significado instrumental de la educación latinoamericana para las necesidades del desarrollo, pero esto no implica que no lo tenga en relación con las demandas reales del sistema económico y con

^{15/} J. Jutkowitz, *op. cit.*

^{16/} Véase Naciones Unidas, *op. cit.*

los intereses ocupacionales de los usuarios del sistema educativo, definidos éstos en función de los estratos sociales a los que pertenecen.

Algunas investigaciones recientes^{17/} parecen revelar que el papel de los factores estrictamente educacionales sobre los rendimientos escolares es muy débil y que, quizás, sólo expliquen un 15 por ciento de los mismos. Los muy diversos factores vinculados con el origen social de los alumnos (desde las condiciones de nutrición hasta los hábitos expresivos) tienen, pues, un peso decisivo. Por consiguiente, puede conjeturarse que algo análogo ocurre respecto al papel de la escuela en materia de transmisión de un sistema de valores más moderno; en la medida que sea un agente eficaz para lograrlo es mucho más probable que impregne con mayor intensidad a quienes están mejor preparados para sacar provecho de la escuela.

Muchos autores han sostenido que la escuela, considerada en el sentido de educación formal en general, es el agente de socialización que se distingue de la familia y de los grupos de pares puesto que tiende a colocar a los jóvenes en un medio social universalista, donde serán juzgados en función de sus logros y no de su origen social o familiar. Este supuesto subyace en muchas de las hipótesis que consideran a la escuela como un agente fundamental de la modernización. Las observaciones anteriores sobre las dudas acerca de la capacidad de los agentes de socialización escolares como factores de modernización, y sobre el papel mucho más dinámico que pueden poseer otros mecanismos, tienden a evitar una impresión exagerada sobre el papel de la escuela en esta materia.

Respecto a América Latina otras consideraciones deberían agregarse en el mismo sentido. Todo parece indicar que si en el transcurso del proceso de escolarización hay algún cambio en los valores y las pautas de conducta de los educandos, éste debe situarse en el nivel de la enseñanza media. Por otra parte, ésta parece desempeñar un papel de cierto relieve en los comienzos de la socialización política, aunque desde luego menos visible que el de la universidad. Ahora bien, sólo una minoría de los jóvenes latinoamericanos, con excepción de algunos países, alcanza la enseñanza media. Y de esta minoría que llega a ella, la mayor parte en casi todos estos países frecuentan una enseñanza privada costosa y minoritaria, muy vinculada al control de las familias; en estas condiciones es dable suponer que la escuela es más bien un agente que refuerza ciertas pautas familiares antes que contribuir a modificarlas. No se trata de negar que puedan tener cierto efecto dinámico, pero debe prevenirse contra posibles exageraciones en la

^{17/} Carlos Muñoz Izquierdo y José Teodilo Guzmán, "Factores determinantes del rendimiento escolar en la educación primaria", en Revista del Centro de Estudios Educativos, México, 2° trimestre de 1971.

materia. La mayoría de los jóvenes que llegan a la enseñanza media se educan en una sociedad escolar que es el microcosmos de sus relaciones sociales fuera de la escuela, en los estratos medios y altos a los que pertenecen.

Mal podría terminarse esta síntesis sobre la socialización de los jóvenes, sin antes hacer referencia a un problema de mucho interés que, hasta donde se conoce entre nosotros, la bibliografía sobre el tema, nadie mencionó ni fue objeto de investigación científica alguna. La manera más correcta de designarlo sería "el fenómeno de la socialización de los adultos por parte de los jóvenes", y parece de particular importancia en América Latina. La juventud de clase media, y la juventud obrera cuando existe, tienen ambas un nivel promedio de educación formal mucho más elevado que el de sus padres. Este fenómeno ha ocurrido y ocurre en todas partes, pero sin alcanzar el ritmo que tiene en la mayoría de los países latinoamericanos. Por una serie compleja de causas que no corresponde analizar aquí, la enseñanza media y la superior se han desarrollado con mucho mayor rapidez en América Latina que en los países hoy avanzados cuando éstos tenían análogos niveles de ingreso. En los grupos privilegiados que llegan a esos niveles de enseñanza la distancia educativa entre una y otra generación es, como término medio, muy grande, mayor que la registrada en los países hoy desarrollados; y es en estos grupos donde están la casi totalidad de los jóvenes.

Llegados a este punto parece legítimo enunciar la hipótesis que ese fenómeno amplía la distancia generacional, puesto que los jóvenes tienen acceso a un mundo con el que sus padres no tuvieron contacto, circunstancia que hasta les puede conferir un sentimiento de superioridad que aumenta la diferencia entre ellos. Pero también puede pensarse en un proceso de resocialización de los adultos cuyos agentes sean sus propios hijos, y a través de los cuales se aproximen a las dimensiones del mundo y de los problemas que no conocieron. Quizás, como conjetura, podría decirse que se dan ambos procesos en la misma o en diferentes familias y en proporciones ignoradas. A todo esto debe agregarse que el aumento de los años de escolaridad formal por sí solos no siempre implican la incorporación a un mundo cultural diferente. Una de las variables fundamentales probablemente sea la intensidad de los contactos y de la comunicación entre padres e hijos. Las actitudes de los padres hacia las instituciones educativas que frecuentan sus hijos deben estar fuertemente influidas por el distanciamiento y la resocialización que tengan sus relaciones con ellos; algunos probablemente se arrepentirán de haberlos educado tanto, otros sentirán en carne propia la transformación. Es muy posible que en sociedades como las latinoamericanas, donde se ofrecen a adultos y jóvenes tantos y tan contradictorios modelos, en medio de un proceso

muy rápido de cambios, la distancia educativa, más que contribuir a ensanchar la distancia generacional, logre acercar a padres e hijos en una confusa combinación de valores y normas. Con los elementos disponibles no pueden probarse, por ahora, estas conjeturas; pero sí encarecer la importancia del problema que requiere investigaciones sistemáticas.

Capítulo IV

JUVENTUD Y MERCADO DE TRABAJO

1. Significación del mercado de trabajo

Es posible estimar cuántos jóvenes se incorporarán al mercado de trabajo o intentarán hacerlo en un año determinado, y cuántas oportunidades ocupacionales habrá para ellos en una sociedad nacional dada. Esta tarea es legítima, pues, entre otras cosas, permite establecer una de las diferencias más significativas que existen entre los países desarrollados y los subdesarrollados; en los primeros normalmente no faltan oportunidades de trabajo; en los segundos, la desocupación es un fenómeno más general.^{1/}

Las estimaciones sobre la futura demanda de empleo en América Latina parecen indicar la posibilidad de un aumento constante tanto del desempleo como del subempleo. Este fenómeno gravitará decisivamente sobre la juventud, es decir sobre quienes buscan trabajo por vez primera, aunque no pueda excluirse la posibilidad que las transformaciones tecnológicas originen por otro lado fenómenos de desocupación muy intensa entre los adultos.

La medición en términos globales de las dificultades estructurales para obtener empleo tiene gran importancia puesto que no todas son superables, y a su vez pueden contribuir a ahondar las diferencias en materia de ingresos. Tiene, sin embargo, el inconveniente de dar una visión demasiado abstracta de la situación de los jóvenes; en la práctica, ésta variará considerablemente según los grupos sociales.

Los grupos de más poder en la sociedad tienen una cierta capacidad de generar empleo para sus hijos, en tanto que otros son totalmente incapaces de hacerlo. Esta diferencia carecerá de importancia, o la tendrá mucho menor para aquellos países donde la creación de empleos se haga a un ritmo mayor que el del crecimiento de la población total, situación excepcional en América Latina, pero en la mayoría de los países la diferencia será considerable. Los grupos más poderosos se verán obligados a presionar en favor de la creación de empleos, sean éstos necesarios o no para la economía, estableciendo, de hecho, mecanismos de traslación del ingreso a su favor.

Esta eventualidad sólo puede descartarse si se olvida que el mercado de empleo es un mercado político, donde no sólo aparecen individuos, sino grupos organizados o semiorganizados

^{1/} Encuestas realizadas en diversos países muestran que son mayores los porcentajes de desocupación entre los jóvenes.

cuya gravitación en ese mercado depende de su grado de participación efectiva en el poder.^{2/} Esa distinta distribución del poder no sólo influye sobre las posibilidades de crear o encontrar empleo sino también sobre el nivel de remuneraciones. Es un supuesto a menudo aceptado que el nivel de ingreso depende de la productividad, pero con frecuencia tal afirmación no es otra cosa que una tautología, puesto que, en la práctica, la productividad se mide por el nivel de ingresos. Lo más importante es que tal supuesto ignora, o pasa por alto, el hecho bien conocido y bastante común que muy diferentes remuneraciones corresponden a iguales productividades (medidas por cualquier otro sistema que no sea el de la remuneración) y que remuneraciones iguales corresponden a productividades muy diferentes.

Los jóvenes, por lo tanto, se insertan en un mercado ocupacional donde si teóricamente todos son iguales, algunos serían mucho más iguales que otros según la frase de Orwell. Esas desigualdades no sólo existen entre los estratos, sino dentro de los mismos estratos, como la que se comprueba entre los obreros organizados y aquellos que no lo están, o según los distintos grados de poder de las organizaciones sindicales. Pero las diferencias más importantes son, en conjunto, las que derivan de la pertenencia a estratos diversos, sobre todo si, más allá de las remuneraciones, se consideran todas las gratificaciones que otorga el sistema social y la valoración que de ellas hacen sus integrantes.

2. Educación y mercado de trabajo

No es la que acaba de abordarse, por cierto, la única diferencia derivada de la estratificación, puesto que el desigual acceso a los sistemas educacionales crea enormes ventajas en favor de ciertos grupos sociales. Además la expansión del sistema estuvo acompañada de una elevación general de los niveles educativos, espectacular en algunos casos.

Pero las diferencias considerables subsisten, y es posible que la gran expansión de los sistemas educativos hayan tenido reducidas consecuencias en punto a disminuir las distancias relativas, aun cuando haya elevado los niveles educativos de la población en general. De manera muy esquemática y simplificada este hecho puede comprenderse mejor si se recuerda que el significado de poseer o carecer de ciertos niveles educacionales depende de la proporción y de la importancia de las funciones ocupacionales para cuyo ejercicio se los exige de hecho.

Si las funciones ocupacionales son muy simples, si la transmisión por el ejemplo o por la participación informal

^{2/} Aldo E. Solari, Sociedad y empleo en América Latina (CEPAL, mimeografiado, 1968).

bastan para que se adquirieran las destrezas fundamentales que ellos exigen, el analfabetismo tendrá poca importancia desde el punto de vista de las probabilidades que posee una persona de tener acceso a esas funciones, aunque pueda tenerla desde otros puntos de vista, por ejemplo el de la participación política. Esa es la situación de una buena parte de la sociedad rural en América Latina: las ocupaciones efectivamente ofrecidas no requieren estudios formales; tenerlos ni siquiera implica mejores remuneraciones, y esto sobre todo porque es tan escasa o ninguna la relación que poseen con las destrezas necesarias que nada asegura un mejor rendimiento. Para las reales exigencias del mercado de trabajo una buena parte de la mano de obra rural latinoamericana está adecuadamente calificada, en contra de lo que por lo general se afirma, aunque no lo esté para los requerimientos de una transformación que implique la incorporación de cambios, sobre todo técnicos y científicos, en la agricultura.

De cualquier manera, numerosas modificaciones que parece innecesario analizar aquí, van disminuyendo constantemente la proporción de las funciones ocupacionales que puede desempeñar un analfabeto. En ese sentido es obvio que la situación de los importantes sectores de la población latinoamericana que continúa siendo analfabeto es mucho peor que en el pasado. Por otro lado, como hay una innegable expansión cuantitativa de los sistemas educacionales, la oferta de individuos educados aumenta de manera constante y a su vez la proporción de quienes tienen más años de escolaridad. Este hecho, unido al elevado valor por lo general atribuido a la educación formal tiende, junto con otros factores, a incrementar los niveles educacionales que se exigen para determinadas ocupaciones. Con relativamente gran rapidez, un nivel educacional que hubiera permitido al padre alcanzar un determinado nivel ocupacional no daría a su hijo sino una posición muy inferior.

En otro trabajo^{3/} tratamos de mostrar las sensibles diferencias que separan en materia educativa, la evolución de los países latinoamericanos de los países hoy desarrollados. En tanto que éstos sólo tuvieron una expansión importante de la enseñanza media cuando ya habían terminado con el problema del analfabetismo, y más tarde una ampliación considerable de la superior cuando la media ya había alcanzado a partes muy importantes de la población escolarizable en ese nivel; en cambio muchos de los primeros tienen una importante matrícula en la enseñanza media y superior cuando todavía siguen sin satisfacer los requerimientos de la población escolarizable al nivel primario. En todos los países del mundo actual, niveles educa-

^{3/} Aldo E. Solari, Algunas paradojas de la evolución de la educación en América Latina. Texto inédito en curso de publicación por el ILPES.

tivos que fueron considerados muy satisfactorios en un momento dado, poco tiempo después pierden casi toda significación porque se generalizan, y al hacerlo, se vuelven condiciones necesarias pero cada vez menos suficientes para tener acceso a las ocupaciones. En América Latina, por una serie de factores, el fenómeno se produce antes que esos niveles se generalicen efectivamente. Todos estos fenómenos implican discontinuidades notables que, además cambian con rapidez entre los diversos grupos de la población. Una persona con cuatro años de escolaridad está, por ejemplo, en condiciones muy superiores a las del analfabeto en un determinado momento, pero rápidamente la diferencia pierde importancia y tener cuatro años de escuela primaria, objetivo todavía inalcanzable para numerosos grupos o muy difícil de lograr para muchos otros, casi no significa diferencia alguna como medio de ascenso social, sobre todo en una sociedad como la latinoamericana que se urbaniza en forma acelerada.

La estructura ocupacional urbana posee tales características que los empleos que corresponden, bien o mal, a las aspiraciones de las clases medias se expanden muy lentamente, mientras la oferta de ciertos niveles educativos aumenta con mayor rapidez, lo que permite reclamar un incremento de esos niveles para tener acceso a las mismas ocupaciones. De ese modo se pueden comprobar una serie de fenómenos que sería muy largo enumerar aquí, pero es posible ilustrar con algunos ejemplos. El perfil educacional de la población de Estados Unidos de Norteamérica es muchísimo más alto que el de cualquier país latinoamericano; sin embargo, en muchos países latinoamericanos las calificaciones educativas exigidas para ser empleado bancario, por ejemplo, son las mismas o muy poco inferiores que las requeridas en Estados Unidos. En las grandes ciudades latinoamericanas, al cabo de pocos años, se generaliza la exigencia de haber cursado la enseñanza media para ser empleado de comercio, etc. En la práctica el aumento acelerado de las exigencias de niveles educativos tiene sólo en una medida muy reducida una clara relación con la expansión de la economía; se convierte de este modo en un mecanismo gracias al cual determinados grupos sociales se reservan ciertos tipos de ocupaciones. En tanto que las exigencias de esas calificaciones se eleven con igual o mayor rapidez que los niveles educativos de poco servirán a los estratos más bajos las mejoras obtenidas en materia de acceso y permanencia en los sistemas educativos como mecanismo de movilidad ascendente. Hasta es perfectamente posible, que su situación empeore y con ello las dificultades de sus integrantes jóvenes que buscan trabajo.

En algunos casos, las diferencias de niveles educacionales en la población total, provocada por la expansión de los servicios educativos, aumenta muy sensiblemente no sólo entre

las generaciones sino también entre grupos de edad en una misma generación. La encuesta por muestreo realizada en Venezuela^{4/} entre la población rural demuestra que entre quienes tienen entre 7 y 14 años ha disminuido el analfabetismo al 5.5 por ciento, índice muy satisfactorio para un país subdesarrollado, en tanto que alcanza casi a un cuarto de la población entre los que tienen más de 15 años. Si el aumento de empleos es satisfactorio la generación de 7 a 14 años estará en una situación verdaderamente privilegiada en relación con las demás; pero si no hubiera un ritmo razonable de crecimiento, la inmensa mayoría del grupo de edad mencionado enfrentará una enorme frustración de sus expectativas, pues sólo los que provienen de los estratos más altos habrían podido continuar sus estudios durante un número de años suficiente. La discontinuidad no se produciría entonces entre alfabetos y analfabetos, sino entre quienes terminaron el ciclo medio y quienes no lo hicieron, etc.

3. Origen social de los jóvenes y mercado de trabajo

Pero las diferencias no sólo residen en las distintas posibilidades de crear empleo, o en las de acceso al sistema educativo; también se advierten en los medios de acceso al empleo. Es muy conocida la importancia que las relaciones personales y particularistas tienen en América Latina, aunque utilizadas por todos los estratos sociales están muy desigualmente distribuidas su importancia, su significación y su eficacia. Ciertos grupos sociales, los más bajos en el sistema de estratificación, en la práctica sólo disponen de sus relaciones personales. Si el acceso al empleo estuviera determinado por condiciones puramente objetivas, como las calificaciones educativas, y puesto que éstas han sido tan desigualmente distribuidas, se crearía un nuevo factor adicional de desigualdad aunque se diesen cumplimiento a los postulados de una mayor eficacia. En ese sentido el problema de la juventud de los estratos más bajos no es sólo poder tener acceso durante un tiempo razonable al sistema educativo, sino además que ese acceso les proporcione oportunidades efectivas de adquirir conocimientos que les brinden la preparación adecuada y que todo ello no se malogre por el crecimiento excesivo de la demanda de las calificaciones que son, en el contexto latinoamericano, un nuevo modo de particularismo, ni por la falta estructural de oportunidades de empleo.

Para muchos jóvenes las dificultades existentes para encontrar trabajo se resuelven en la necesidad de emigrar. En general, suele afirmarse que los jóvenes rurales que abandonan el campo tienen menos posibilidades de obtener niveles ocupacionales medianos y altos que los jóvenes de origen urbano;

^{4/} CENDES, estudio citado.

pero esto está lejos de haber sido probado. Una cuidadosa revisión de las evidencias empíricas existentes indica para "algunas grandes ciudades de América Latina que la brecha socioeconómica entre nativos y migrantes es amplia, mientras que en otras es muy pequeña o inexistente".^{5/} Esta afirmación se refiere tanto a nativos como a migrantes de cualquier edad y sin analizar en particular a los jóvenes; cuando los datos permiten establecer distinciones éstas revelan la diversidad de situaciones. En el Gran Santiago (Chile) la comparación, desde el punto de vista de los niveles educacionales, entre nativos y migrantes de edades entre 15 y 24 años muestra que no son sensibles los porcentajes de diferencia con los que carecen de educación, tampoco la hay con relación a quienes sólo han cursado el nivel primario, ni con relación a quienes cursan el secundario. En cambio, el porcentaje de los que poseen educación técnica o especial es casi el doble entre los nativos que entre los migrantes (8.7 y 4.6 respectivamente); en tanto que el porcentaje de los que tienen educación universitaria es más del triple entre los migrantes que entre los nativos (4.6 contra 1.4 por ciento). Las diferencias, desde el punto de vista de los niveles ocupacionales, son muy pequeñas; y cuando surgen parecen favorecer a los migrantes. En Buenos Aires, en cambio, estas diferencias son considerables en favor de los nativos; por su parte en la ciudad de México casi no existen entre uno y otros aun cuando, entre los 15 y 29 años, se percibe una situación ligeramente más favorable de los nativos.

Para los criterios utilizados en estas encuestas, migrantes son los nacidos fuera de las grandes ciudades consideradas, sin determinación de su origen; tampoco se analiza si la migración se hizo de una sola vez o por etapas, ni se toman en cuenta a qué estratos sociales u ocupacionales pertenecían antes de la última migración. La diversidad de resultados revela que estos últimos datos serían precisamente los más importantes. No todos los jóvenes migrantes son de origen rural, muchos de ellos se trasladan por etapas^{6/} que, en alguna medida, los va preparando para la vida urbana; algunos se insertan primero en el mercado de trabajo de pequeñas poblaciones, y van haciendo otro tanto después en urbes más importantes. Más aún, puede conjeturarse que el creciente proceso de urbanización de la vida rural por una parte, y la considerable expansión de las ciudades medias en los últimos años por la otra, tienden a restar paulatinamente validez a los planteamientos tradicio-

^{5/} Jorge Balán, "Migrant-native Socioeconomic Differences in Latin American Cities: A structural Analysis", en Latin American Research Review, vol. IV, n°. 1 (1969), p. 23.

^{6/} Las investigaciones más recientes parecen quitar importancia a este fenómeno.

nales sobre la falta de adaptación de los migrantes a los valores y normas urbanas, al tipo de relaciones impersonales, etc.

A todo esto debe agregarse que, en líneas generales, no es exacto que los migrantes sean quienes tienen más bajos niveles educativos y de calificaciones en general. Si existen, las actuales investigaciones empíricas, escasas por lo demás, rara vez permiten determinar con exactitud esas diferencias.^{7/}

La limitación esencial que afecta a los jóvenes migrantes deriva mucho más de la incapacidad que tienen las economías para generar empleos que de cualquier deficiencia en materia de valores o pautas normativas. Esa dificultad se acrecienta por el hecho que el joven migrado tiene menos probabilidades de establecer las relaciones personales que, en el mismo nivel socioeconómico, posee el nativo. Como es obvio, las escasas calificaciones educativas, indicadores de un origen social bajo, sólo pueden agudizar el problema. De todos modos no debe olvidarse que, para muchos jóvenes migrantes, la situación frente al nuevo mercado de trabajo es difícilmente peor que en el lugar de origen.

4. Las variables fundamentales en la relación juventud-trabajo y su repercusión sobre los diferentes grupos

Las variables fundamentales referidas a este problema parecen ser la tasa global de creación de empleos, el tipo de empleos creados y sus diferentes tasas de incremento. Por una parte es un fenómeno general en América Latina que la baja tasa global de creación de empleos en relación al aumento de la población, y que, por lo tanto, los índices de desocupación se mantengan o aumenten. Por otro lado, la urbanización de la economía, en el doble sentido del aumento constante de la importancia proporcional del producto generado en las ciudades y de la penetración cada vez más fuerte de la economía urbana en la sociedad rural, crea un porcentaje considerable de ocupaciones que, por la utilización de nuevas tecnologías, exigen más altos niveles educativos aunque de diferente tipo; así, los obreros necesitan cada vez con más frecuencia tener la escuela primaria terminada, los empleados la secundaria, etc. Por último, es considerable la tasa de incremento de muchas ocupaciones del sector terciario, de significativo nivel en el sistema de la jerarquía ocupacional; en muchos de ellos las exigencias educativas aumentan más por el efecto de los mecanismos de reserva que por claras exigencias del sistema económico.

^{7/} Sobre todas estas cuestiones puede leerse con provecho la polémica contenida en Aportes, n.º 15 (enero de 1970), pp. 96-155, y muy particularmente las atinadas observaciones de Patricio de la Puente y Olga Mercado Villar que aquí se utilizan en parte.

Los distintos grupos de jóvenes enfrentan, pues, situaciones muy diferentes. Sin intentar describirlas todas, vale la pena mencionar las más significativas.

Para muchos jóvenes el mercado de empleo está prácticamente cerrado, y es entre ellos donde se recluta la mayor parte de la desocupación global; ellos provienen, en buena parte, de los estratos bajos o medios bajos de la sociedad rural, y la desocupación disfrazada es para esos jóvenes la única salida disponible, muy relativa por cierto, junto con la emigración a las ciudades ya analizada. También provienen de los estratos bajos de la población urbana, particularmente de la marginal. En general, la tasa de creación de ocupaciones que corresponden a los niveles educacionales que en realidad pueden alcanzar es menor que la de aumento del número de esos jóvenes. Para unos y otros el mercado ocupacional está cerrado o semicerrado; la falta estructural de oportunidades los afecta en mayor medida que a todos los demás grupos. Para la mayoría de estos jóvenes la necesidad de trabajar es tan imperiosa como difícil es satisfacerla; sobre todo, muy pocas son las posibilidades de lograr un trabajo dotado de cierta estabilidad y acompañado de una remuneración decorosa. La historia ocupacional de los jóvenes marginales es, sobre todo, la de la caza constante del empleo; de este modo alterna períodos de trabajo en las más variadas ocupaciones con lapsos de cesantía generalmente prolongados. Los jóvenes hijos de obreros organizados están, por lo general, en mejor situación, aunque rápidamente afectados por una disminución estructural de oportunidades. Cuando así no ocurre, de todas maneras sus posibilidades siguen dependiendo del interés que otros grupos más altos puedan tener en las ocupaciones de nivel inferior, aunque siempre más elevadas que las accesibles habitualmente a los marginales, actitud que puede ser resultado de diversas causas.

Para los estratos medios las situaciones son muy variables, como lo es también su composición interna. Sólo una minoría de los estratos medios bajos puede alcanzar niveles educacionales que le permitan aspirar a algo más que a empleos no manuales de nivel inferior. La presión sobre el Estado para crearlos es muy fuerte, puesto que por causas que exceden la gravitación de su número, esos estratos son políticamente importantes. En algunos casos incluso, ciertos países latinoamericanos han ido más allá y crean empleos burocráticos de nivel inferior para los cuales en la práctica, exigen menos calificaciones educativas que las que exigiría un empleador privado. Considerada la economía en su conjunto, sin embargo, estos jóvenes tienden a sufrir una competencia cada vez más intensa de los jóvenes de estratos medios algo más elevados que poseen mayores niveles educativos que ellos cuando los primeros no encuentran oportunidades ocupacionales adecuadas a su nivel.

Este fenómeno, mal estudiado todavía en América Latina, se vincula con el hecho que en el caso de estancamiento de la economía, aun cuando no sea muy intenso, la tasa general de creación de empleos sea satisfactoria y que los índices generales de desocupación no aumenten o incluso disminuyan, pero que la falta de suficiente dinamismo se manifieste en la reducida tasa de creación de posiciones intermedias y altas en la jerarquía ocupacional.^{8/} Los grupos que por sus calificaciones educativas y otros factores son los habituales postulantes para esas ocupaciones tienden, por consiguiente, a presionar sobre las más bajas. Por un lado, aunque las obtengan, frustran sus expectativas; por otro, eliminan de la posibilidad de obtener una ocupación estable a jóvenes de estratos más bajos. En términos de situación ocupacional estos últimos quedan mucho más afectados por este fenómeno estructural que los primeros; en términos de tensiones sociales unos y otros deben sentir las muy enérgicamente.

La situación de los jóvenes de los estratos medios y medios altos, si se emplea una terminología de valor sólo indicativo no sólo es extraordinariamente variable en América Latina sino que implica, sin duda, dentro de una misma sociedad problemas muy diferentes. Las cuestiones propias de la situación frente al mercado de trabajo y las que tienen que ver con aspiraciones ocupacionales se mezclan de tal manera que se obliga a extremar las conjeturas.

Una parte de los jóvenes de estos estratos tienen padres con actividades independientes (comerciantes, industriales medianos, profesionales liberales, etc.); muchos de ellos terminarán heredando la actividad de sus padres, junto con el comercio o la industria perteneciente a la familia. Debe ser bastante frecuente que adquieran elevados niveles educacionales, relacionados o no directamente con la actividad que les corresponde desempeñar, y que puedan contribuir por lo tanto a la modernización de las empresas. Esto parece ocurrir con bastante asiduidad en México, donde una parte de las grandes empresas mantiene su carácter familiar aunque se modernizan, en buena medida gracias a la participación de las nuevas generaciones que han estudiado, a menudo, ingeniería, técnicas modernas de administración, etc.^{9/} En casos semejantes, que sólo afectan a una minoría, el problema ocupacional sencillamente no se plantea.

^{8/} Un fenómeno de este tipo se advierte en el estudio de estratificación social en Montevideo, anterior a la crisis económica más profunda registrada durante los últimos años; en este sentido véase Jean Labbens y Aldo E. Solari, "Movilidad social en Montevideo", en Boletín del Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociales, noviembre de 1961.

^{9/} Flavia Derossi, The Mexican Entrepreneur (París, O. C. D. E., 1970; mimeografiado).

Algo diferente debe ser el caso de los hijos de profesionales liberales cuando las posibilidades de continuar las actividades de sus padres, siempre relativas, están amenazadas por la transformación, que disminuye de manera constante, la posibilidad de ejercer esas actividades en forma independiente. Cuando la actividad paterna se ha socializado como modelo deben surgir elementos considerables de frustración en la necesidad de admitir la condición de asalariado; en otras, en cambio, la adaptación no ofrecerá problemas. De todas maneras, salvo las reservas que se expondrán más adelante, el problema ocupacional en este grupo no se plantea con agudeza.

No siempre es seguro, para los sectores que estamos considerando, que alcancen altos niveles educacionales; más aún, entre quienes pertenecen a ellos, se advierten con frecuencia casos de movilidad descendente. Esto sobre todo ocurre cuando los padres tienen elevados niveles educacionales -y salvo que se consideren los estudios postuniversitarios-, los hijos sólo pueden igualarlos, no superarlos. Los que no lo logran están normalmente destinados a tener que insertarse en niveles del mercado de trabajo que no corresponden a los que normalmente hubieran aspirado ellos y su familia.

En todos estos casos, sin embargo, lo más común es la ausencia de agudos problemas ocupacionales. Sin embargo, los estratos medios y medios altos, con elevados niveles educacionales se ven afectados a menudo por dificultades considerables para insertarse en el mercado de empleo por lo menos en los niveles que aspiran. Por causas muy diversas que sería imposible analizar aquí, en América Latina se advierte la paradoja que, pese a los muy bajos niveles educacionales de la población en general, los grupos con niveles elevados pueden tener dificultades para ser absorbidos por el mercado de trabajo. De todas maneras conviene distinguir algunas situaciones diferentes, aunque muy relacionadas entre sí. En ciertos países una parte de los grupos con altas calificaciones educacionales no pueden encontrar trabajo o no pueden lograrlo dentro de los niveles de remuneración apetecidos o, en general, del status social que consideran adecuado. Aunque no sea ésta su única causa, una prueba la ofrece el fenómeno conocido como "fuga de cerebros". Vale la pena señalar que este hecho tiene escasa relación con las necesidades teóricas que derivarían del desarrollo y responde a las posibilidades reales del mercado de trabajo. Países latinoamericanos que están muy lejos de tener el máximo de médicos que requeriría una adecuada atención de los problemas sanitarios ven emigrar a una buena parte de sus graduados.

El otro caso, muy ligado al anterior, y que puede ser también una de las causas de la "fuga de cerebros" es el de la subutilización de las capacidades de quienes poseen altas calificaciones. En este sentido se puede tener un ejemplo en los

arquitectos de muchos países, quienes encuentran empleo, a veces hasta no mal remunerado, pero en actividades que ninguna relación tienen con sus títulos profesionales o que, cuando sí la tienen, requerirían realmente calificaciones mucho menores en extensión y profundidad. Como ya se ha señalado muchas veces la escasa importancia que en América Latina tiene las carreras universitarias de tipo intermedio se debe, entre otras razones, a que muchas de ellas, si se difundiesen, producirían egresados que competirían con los poseedores de títulos universitarios superiores y con grave daño para éstos.

Dejando de lado las consecuencias que hechos como estos tienen sobre el funcionamiento general de la economía, por la subutilización de una parte de los recursos más valiosos que dispone la sociedad, parece innegable la influencia que esto debe tener sobre el comportamiento de los jóvenes. Un caso de reducción muy sensible del mercado de trabajo que se abre a los futuros profesionales puede dar idea de los comportamientos que tienden a perfilarse como resultado de la influencia de un factor semejante; en el Uruguay, por ejemplo es frecuente que el promedio real de duración de las carreras universitarias de los egresados sea el doble o más del previsto en los planes de estudio. Este fenómeno está acompañado de una enorme deserción; pero si hay una deserción más o menos estrictamente académica, hay otra, también muy considerable, que deriva de la percepción de la falta de oportunidades desde el punto de vista profesional, lo que Graciarena^{10/} llama "deserción por desmoralización", una de cuyas formas es la deserción por bloqueo profesional.

Es obvio que en economías más dinámicas, o con una oferta de profesionales más restringida, los efectos serán muy diferentes. De todos modos se hace necesario subrayar que aún los jóvenes de los estratos medios y medios altos pueden encontrar dificultades considerables de inserción en el mercado, y que este hecho provoca graves tensiones sobre todo si se toma en cuenta el alto nivel de aspiraciones que tienen estos jóvenes.

En general, y a lo largo de todos los estratos sociales se percibe una especie de antinomia entre el polo educacional y el polo ocupacional.^{11/} En principio, cuanto más prolongado es el período educativo tanto más se alarga la juventud y mejores son sus posibilidades ocupacionales. Por otra parte, sin embargo, para muchos jóvenes la necesidad de trabajar para concretar algunas aspiraciones mínimas o para ayudar a sus familias los

^{10/} Jorge Graciarena, "Algunas hipótesis sobre la deserción y el retraso en los estudios universitarios en Uruguay", en Revista Mexicana de Sociología, año XXXI, Vol. XXI, n°. 4 (octubre-diciembre de 1969), pp. 1041-1062.

^{11/} Numerosos ejemplos empíricos de esta antinomia pueden encontrarse en Adolfo Guirrieri y otros, Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana, Textos del ILPES. (México, Siglo XXI, 1971).

obliga a abandonar el proceso educativo y de este modo las posibilidades de mejores destinos ocupacionales. Esta contradicción afecta quizás con su máxima gravedad a los jóvenes marginales; sus aspiraciones y las presiones de la sociedad global tienden a hacerles sentir como deseables una larga prolongación de los estudios, pero sus necesidades los llevan a abandonarlos en beneficio de una ocupación más inmediata y de niveles menores que los esperados o los nominales.

Aunque sobre ello se volverá más adelante, no parece oportuno omitir la mención de la actividad política como mercado de trabajo en sí y como medio de inserción en el mercado de trabajo,^{12/} fenómenos ambos tan importantes en América Latina. Dimensiones muy variadas se entrecruzan aquí. Por una parte hay empleos u ocupaciones remunerados en la carrera política propiamente dicha; tanto en los partidos políticos como en las organizaciones sindicales existe una oferta ocupacional que, en determinados niveles, llenan los jóvenes. Por otra parte, la actividad política, puede influir favorablemente sobre los resultados que un joven obtenga en su función ocupacional, aunque ésta no sea en sí misma política; el ejemplo de los abogados es bien conocido y quizás baste con mencionarlo, aunque muchos otros podrían citarse. Por último, la actividad política es también un medio de inserción en el mercado ocupacional. Independientemente del hecho que los jóvenes perciban o no estas funciones e independientemente que ingresen en la actividad política por esas o por otras razones muy diferentes, dichas funciones existen y pueden adquirir una importancia considerable ya sea en las coyunturas durante las cuales la significación de lo político aumenta mucho ya porque se eleva su gravitación relativa como consecuencia del estrechamiento de las oportunidades ocupacionales en otros campos.

Importa tener en cuenta que aunque el acceso a la actividad política no está abierto a todos por igual, generalmente las condiciones de reclutamiento tienen algunas diferencias de

^{12/} Todo análisis de la política como mercado de trabajo tiende a ser percibido por la mayoría de los latinoamericanos con una significación peyorativa. Desde luego no la tiene en absoluto en lo que aquí se dice al respecto. Y aquí parece interesante notar que el concepto que la política sólo es encomiable cuando nada tiene que ver con preocupaciones ocupacionales es casi tan común en los medios de izquierda como en los de derecha; sin embargo, es difícil encontrar idea de fondo más aristocrático. La idea que "hacer" política es correcto pero que en cambio "vivir" de la política implica algo reprobable o por lo menos sospechoso, tiende a legitimar que la actividad política se reserve a los grupos sociales más altos, es decir, a los que no tienen que "vivir" de ella. Entre ese ideal profesado de "desinterés" que, naturalmente, entra en conflicto con la realidad, y el acceso a las posiciones políticas por los grupos menos favorecidos hay una incompatibilidad manifiesta que se resuelve con diversas formas de compromiso. Este hecho es una muestra más de la supervivencia de los valores tradicionales en América Latina aun entre aquellos grupos que se auto-perciben como más alejados de ellos.

importancia con las que ofrecen otras actividades. Cuando por causas que no cabría analizar aquí hay una cierta apertura en el reclutamiento, no significa tanto que sea en los peldaños más altos, como en los medios y bajos donde muchos jóvenes aún sin altos niveles educacionales encuentran un mercado de trabajo, para tener acceso al cual no se requieren condiciones económicas elevadas ni relaciones familiares o no siempre se las necesita. Merle Kling^{13/} enunció la hipótesis que en sociedades donde las fuentes de la actividad económica están muy monopolizadas, como en América Latina, la política proporciona un mecanismo de ascenso social para una gran cantidad de personas y la inestabilidad política puede ser un medio que permite a un número creciente de individuos utilizar ese mecanismo cuando les llegue su turno. Pero aun cuando pueda considerarse esta hipótesis válida sólo en determinadas coyunturas, apuntan a un hecho muy general: la mayor o menor significación de la política según las circunstancias, pero siempre presente como apertura ocupacional y canal de movilidad. No son muy distintas las funciones que adquiere en ese sentido la burocracia y la dirección sindical que, por otra parte, casi nunca se desvinculan por entero de la actividad política.

Sería absurdo pretender explicar totalmente el comportamiento de los jóvenes por las facilidades o dificultades que encuentren o preven en relación con el mercado de trabajo; de todos modos parece indudable que deben desempeñar un papel importante en él. El análisis anterior, pese a los esfuerzos efectuados por mostrar la variedad de las situaciones de los jóvenes de los diferentes estratos en diversas coyunturas, peca, sin duda, de ser demasiado esquemático y simple. La ausencia de investigaciones empíricas suficientes impiden realizar un inventario más complejo y, simultáneamente, más coherente y sistemático.

El acceso al mercado de empleo es una de las dimensiones donde el conflicto social es más agudo, aunque no siempre sus manifestaciones sean fácilmente perceptibles. Ese carácter conflictivo existe siempre, pero aumenta de modo considerable si las posibilidades ocupacionales no crecen con suficiente rapidez o si, aunque lo hagan, nuevos grupos sociales entran en competencia por ocupaciones que antes les estaban prácticamente vedadas.

Ambos fenómenos parecen registrarse con diferente intensidad en casi todos los países de América Latina. La demanda por una mayor participación en los bienes y en las gratificaciones de todo tipo que ofrece la sociedad aparenta expandirse constantemente y alcanza cada vez a más grupos sociales. El

^{13/} Merle Kling, "Contribución a una teoría de la inestabilidad política en América Latina", en The Western Political Quarterly, año 9, n°. 1.

éxito que consiste en obtener la satisfacción de esa demanda es muy variable, sufre de grandes avatares, entre otras razones porque aparece a menudo el esfuerzo represivo por eliminarla, pero de todos modos la dirección general del fenómeno parece constante. Al mismo tiempo, mecanismos sutiles -y a veces no tan sutiles-, de discriminación se ponen en marcha o se refuerzan. Los jóvenes viven en conflicto entre ellos y con respecto a sus mayores frente al mercado ocupacional, lo perciben o no de esa manera, lo hagan o no correctamente. Conviene tener siempre presente que debajo de la agitación ideológica, del conflicto abierto entre grupos juveniles, hay causas, muy variables, vinculadas con los problemas del mercado ocupacional. El círculo de poder, ideología y empleo puede abrirse y cerrarse a partir de cualquiera de esas dimensiones.

Capítulo V

ACTITUDES Y COMPORTAMIENTO

1. Sobre la variedad de comportamientos^{1/}

Ante todo cabría subrayar que la experiencia ofrece una gama muy amplia de variedades de comportamientos; por consiguiente ¿cómo caracterizarlos? Aun limitándose a los jóvenes "visibles", aquellos que con mayor frecuencia aparecen en los medios de comunicación de masas; desde quienes se dedican a organizar a los estudiantes universitarios con el propósito manifiesto de realizar cuanto antes la revolución social y lograr en seguida la verdadera igualdad, hasta los jóvenes que llenan las tiendas de discos para escuchar el último éxito; sin pasar por alto a quienes escandalizan, con mayor o menor moderación, en torno de algunas esquinas de los barrios residenciales, pueden registrarse las actitudes y comportamientos más diversos. Esas distinciones, hechas desde afuera, también las hacen los mismos jóvenes. El militante revolucionario desprecia generalmente al maníaco de la última canción, o muestra verdadera pena por considerarlo incapaz de encontrar una salida legítima a su disconformismo.

Esta variedad y complejidad no debe, sin embargo, inducir a error. En sociedades donde los medios de comunicación de masas desempeñan un papel cada vez más importante, los comportamientos se elaboran alrededor de unos pocos modelos centrales. El número de fieles que tiene cada uno de ellos es muy diferente como lo son también la intensidad y perduración de su fidelidad, pero de todos modos los modelos principales no son tantos. Los jóvenes considerados no conformistas son casi siempre los que siguen un modelo minoritario u opuesto al orden constituido; su no conformismo es, en rigor, el conformismo con algunos de ellos.

Inclusive algunos de esos modelos los crean adultos, quienes los difunden a través de una bien organizada propaganda; la televisión, la radio, las revistas para jóvenes, etc., se encargan de popularizarlos. Estos hechos plantean la cuestión, probablemente insoluble, de qué debe considerarse auténticamente juvenil, problema sobre el cual parece oportuno dedicar ahora algunas breves reflexiones. La solución más lógica parecería reputar juveniles los modelos creados o elaborados con un fuerte aporte de originalidad, individual o colectiva, por los

^{1/} En este trabajo, por diversas causas y sin subestimar su importancia, no se toman en consideración los problemas de la delincuencia juvenil en América Latina.

mismos jóvenes. Ahora bien, la dificultad que ofrece tal criterio es doble; por una parte, siempre es muy discutible el grado de originalidad que puede tener la creación en cualquier producto humano; por otra, sería casi imposible confeccionar indicadores seguros que permitan distinguir lo original de lo que resulta de influencias externas. Por último, si este criterio se aplicara como caracterizando de modo exclusivo los modelos juveniles, muchos grupos que habitualmente se conviene en considerar como parte integrante de la juventud deberían ser excluidos de ella.

Otro criterio posible sería renunciar a toda preocupación por el origen del modelo y, en este caso, considerar juvenil todo aquello que un grupo de jóvenes acepta como tal y a cuyo alrededor organiza sus comportamientos. La ventaja obvia de este criterio es que no ofrece problemas de aplicación toda vez que se tenga una definición previa, y se hayan identificado adecuadamente los grupos juveniles; llevado a sus extremos tiene, sin embargo, el inconveniente de situar en un mismo plano el simple remedo imitativo y un comportamiento dotado de cierta autonomía.

A los propósitos que aquí interesan parece tan errado exigir absoluta originalidad como prescindir de toda preocupación por el origen del modelo. En cambio, lo que sí parece importante, pese a toda la inevitable imprecisión terminológica, es percibir los elementos de autonomía juvenil que existen en el modelo que se adopta, ya sea en su formulación abstracta o a través del estilo dentro del cual es percibido y vivido; desde luego con más frecuencia lo segundo que lo primero.

Pese a la falta de estudios empíricos se intentará, en lo que sigue, explorar algunos modelos de comportamiento. Las dimensiones que se ofrecen para construirlos son múltiples y se hace indispensable limitarse a algunas, las de mayor interés para los propósitos de este trabajo. Si se abordan las dimensiones de las actitudes, siempre es posible distinguir entre la aceptación, el rechazo y la indiferencia, aunque esta última en rigor indica la inexistencia de una actitud. Esas actitudes pueden referirse a muy variadas esferas del comportamiento humano, pero aquí sólo distinguiremos dos: la ético-social y la política. La primera, a su vez, podría escindirse en otras dos; distinción que se elude aquí por las dificultades que implica, pues incluye todas las pautas que pueden agruparse bajo el nombre de costumbres, con un carácter más o menos obligatorio y las pautas de ética social propiamente dichas. Dentro de la segunda esfera se engloba todo lo que se refiere a la sociedad política como tal y que no se confunde únicamente con el Estado como así tampoco con la sociedad en general.

La construcción de los modelos que se proponen da por supuesto que es posible identificar pautas predominantes en la sociedad global en esas esferas, y es con respecto a ellas que

se establece la aceptación, el rechazo o la indiferencia. Aunque habitualmente es posible, determinar cuáles son las pautas predominantes en una sociedad dada, no lo es siempre, sobre todo en épocas de profunda crisis.

Si se toman las dos esferas de comportamiento y las tres actitudes distinguidas se obtienen nueve modelos posibles como puede verse en el cuadro que sigue:^{2/}

Política	Rechazo	Indiferencia	Aceptación
	- -	0 -	+ -
Etica-social	- 0	0 0	+ 0
	- +	0 +	+ +

Desde un punto de vista formal puede concebirse que se rechacen las pautas predominantes tanto en lo político como en lo ético-social; que se rechacen en lo político y se muestre indiferencia en lo ético-social; que se rechace en lo político y se las admita en lo ético-social; que se exprese indiferencia en lo político y una actitud negativa en lo ético-social; indiferencia en ambos dominios; indiferencia en lo político y aceptación en lo ético-social; aceptación en lo político y negación en lo ético-social; aceptación en lo político e indiferencia en lo ético-social y, por último, con una actitud positiva en ambos casos.

Antes de considerar el grado de difusión de cada uno de estos modelos, es preciso señalar que sería necesario introducir otra dimensión para evaluar la importancia que podrían tener: las formas de expresión de esas diferentes dimensiones de las actitudes; las que podrían dividirse en tres: organizadas, semiorganizadas y puramente individuales.^{3/} En realidad hay dos posibilidades inexistentes: la indiferencia organizada y semiorganizada respecto a las dos esferas; la indiferencia puede ser más o menos generalizada pero no genera comportamientos organizados o semiorganizados. A ello habría que

^{2/} Donde (-) significa rechazo, (+) aceptación y 0 indiferencia; la primera notación de cada casilla corresponde a la esfera política y la segunda a la ética-social.

^{3/} Si se acepta este procedimiento resultarían 27 posibilidades teóricas, como puede verse en el cuadro que sigue:

	Organizada			Semiorganizada			Individual		
	Re- chazo	Indife- rencia	Acep- tación	Re- chazo	Indife- rencia	Acep- tación	Re- chazo	Indife- rencia	Acep- tación
Política	- -	0 -	+ -	- -	0 -	+ -	- -	0 -	+ -
	- 0	0 0	+ 0	- 0	0 0	+ 0	- 0	0 0	+ 0
Eticosocial	- +	0 +	+ +	- +	0 +	+ +	- +	0 +	+ +

agregar que en todas las casillas donde aparece la indiferencia con respecto a una de las esferas, la organización o la semi-organización sólo puede referirse a la otra.

Conviene tener presente que todas estas fatigosas distinciones y las que pueden elegirse como las más importantes de entre ellas se refieren a la sociedad global y si algo expresan sobre el grado de conflicto o de adaptación con respecto a la sociedad, nada indican, en cambio, sobre las posibilidades de conflicto al nivel familiar. El conformista en ambas esferas puede estar de acuerdo con sus padres si éstos son conformistas, y en conflicto con ellos si no lo son; al rebelde en ambas esferas le pueden ocurrir también ambas cosas según la actitud de sus padres. Lo mismo podría decirse respecto a los padres. Esto se explica porque la clasificación se refiere a las actitudes de cualquier actor social, sea adulto o joven, y para determinar las posibilidades de conflicto o acuerdo con otros actores sería preciso referir la misma clasificación a diferentes sujetos y establecer las hipótesis adecuadas para cada supuesto.

Si se hacen las correlaciones indicadas pueden admitirse como más importantes los siguientes tipos polares:

- a) rechazo total organizado (revolución)
- b) aceptación total organizada (conformismo militante)
- c) rechazo total semiorganizado (rebeldía)
- d) aceptación total semiorganizada (conformismo participante)
- e) rechazo total individual (alienación)
- f) indiferencia total individual (anomia)
- g) aceptación total individual (conformismo personal)

Como es obvio en estas distinciones se exagera de propósito la intensidad y la nitidez de las actitudes, y se deja de lado, por ejemplo, el hecho, muy importante, que una actitud revolucionaria en lo político puede estar acompañada de un alto conformismo en lo ético-social y viceversa. Por esta razón vale la pena distinguir las aceptaciones, las indiferencias y los rechazos según las esferas a las que se refieran, y mencionar, de paso, el efecto que puede tener sobre la sociedad global la circunstancia que sean organizados, semiorganizados o individuales; en cuyo caso podría distinguirse entre el conformismo y sus diversas formas, el rechazo de una de las esferas y la revolución, como rechazo total.^{4/}

2. Acerca del conformismo

La idea generalizada que los jóvenes son rebeldes por definición puede hacer aparecer como impropio que se comience por considerar este modelo. Sin embargo existe, tanto entre los jóvenes

^{4/} Se emplean aquí los términos en el sentido más neutro posible y en la forma convencional como fueron caracterizados.

como entre los adultos, y no podría alegarse para descuidarlo que el conformismo total no se dé nunca, como así tampoco su carácter supuestamente minoritario.

Desde luego es evidente que un conformismo total no se da jamás, aunque sólo sea por las incertidumbres de la socialización, pero existen situaciones cercanas a él, y nada impide, analíticamente, caracterizar el modelo conformista. En cuanto al segundo aspecto, podría afirmarse que la mayoría de los jóvenes lo comparten y si este hecho a veces se pasa por alto ello se debe a que el conformismo con respecto a la sociedad global es socialmente mucho menos visible que el rechazo.

Los conformistas totales aceptan la sociedad tanto por su organización política como por las pautas ético-sociales que en ella predominan. El modelo aparece en todos los estratos sociales y, en si mismo, nada tiene específicamente juvenil.

La adhesión puede presentarse bajo muy diversas formas tanto entre los jóvenes como entre los adultos, desde aquélla que parece más asumida que explícita, más vivida como natural que consciente, hasta las que implican un compromiso consciente y entusiasta. Estas diversas formas tienen gran importancia. Aun sin entrar a considerar por ahora las posibilidades de organización, es sabido que quien vive simplemente ciertas pautas y a través de ellas adhiere a determinados sistemas de valores está en una situación muy diferente de quien los afirma explícita o implícitamente; este último ha percibido la existencia de un desafío, la actitud de otros que niegan esos valores, y con frecuencia gracias a ello, y sólo gracias a ello, descubre su propia adhesión y la necesidad de afirmarla. Tampoco este fenómeno tiene nada específicamente juvenil. En una sociedad donde las opiniones son plurales, si los exponentes de dos o más de ellas tienen suficiente poder, las pautas predominantes son desafiadas y es casi inevitable que una proporción creciente de adultos y jóvenes tiendan a adquirir conciencia de sus supuestos implícitos y a introducir en ellos ciertos elementos de racionalidad por pobres que puedan ser en muchos casos, o parezcan serlo. Este proceso, en sus dimensiones puramente psicológicas, no es muy diferente al que alguna vez se ha descrito con respecto a la religión, como el pasaje de la "fe implícita" a la "fe razonadora";^{5/} donde, como es obvio, los niveles de racionalidad pueden ser muy diferentes y de muy diversa lucidez.

El modelo conformista posee, sin embargo, dimensiones específicamente juveniles vinculadas con el papel que las pautas predominantes en la sociedad global confieren a los jóvenes y con la adecuación de éstos a las expectativas contenidas en esa definición.

En rigor, se trata de determinar un dominio reservado, constituido por actitudes y comportamientos que la sociedad

5/ Henri Delacroix, La religion et la foi (París, Alcan, 1922).

considera específica y legítimamente juveniles, uno de cuyos componentes centrales es el ocio, pero un ocio muy diferente del que se espera de los ancianos, un ocio lúdico donde el papel de las generalmente llamadas "diversiones" es muy importante. La juventud es alegría, despreocupación, irresponsabilidad, etc.; todo esto dentro de ciertos límites, desde luego, y si los términos son vagos es porque esos límites también lo son. Se parte de la base que los jóvenes desempeñarán una función como adultos pero que aún no han llegado al momento de ejercerla; es una suerte de "moratoria" temporal.

Esto apunta a uno de los conflictos internos al modelo: la juventud es una "moratoria" en el sentido que muchas cargas y responsabilidades que se suponen propias de la vida adulta le son ajenas, pero es una "moratoria preparatoria"; al mismo tiempo, el joven debe capacitarse para la vida adulta, y ésta es la dimensión seria, no lúdica de la juventud. Se espera que el joven sea capaz de responder a ambas exigencias; el ideal del modelo es aquél que llena, con la máxima intensidad, todas las pautas contenidas en él. Pero de hecho existe un conflicto latente entre esas pautas, que casi siempre se actualiza y adquiere formas muy variadas.

Los jóvenes cuyo comportamiento responde a este modelo son mirados con desdén por muchos otros jóvenes que los perciben como indiferentes, como sólo preocupados por aprovechar de la mejor manera posible el ocio, las relaciones con el otro sexo, la compañía de sus padres. Sólo son indiferentes cuando tienen escasas preocupaciones por la sociedad política, pero más frecuentes que la indiferencia es la aceptación implícita y todavía más que ésta, la afirmación de la legitimidad del modelo al que adhieren. Esto implica la aparente paradoja que así como los activamente comprometidos perciben a los conformistas como no jóvenes, éstos les devuelven el favor y miran a los militantes como si tampoco éstos fuesen verdaderamente jóvenes, porque pretenden asumir la intención de cambiar la sociedad que, en el mejor de los casos, es cosa de los adultos. De este modo quienes siguen el modelo "revolucionario" son percibidos como adultos, o mejor aún, como remedo de adultos.

La descripción del modelo, por esquemático que haya sido, indica sus orígenes sociales. Se puede dar, y se da en efecto, en todos los estratos, pero las posibilidades de su frecuencia son muy diferentes en unos y otros. Son los estratos medios y altos aquellos que brindan las condiciones sociales que permiten el pleno funcionamiento del modelo, sobre todo en sus aspectos específicamente juveniles; y en éstos, el trabajo es una dimensión importante, pero futura. El conflicto se plantea entre la preparación para el trabajo a través de la educación y los aspectos lúdicos, pero en los demás estratos sociales el conflicto central surge entre aquélla y la posible urgencia por trabajar, y son más bien los aspectos llamados

lúdicos los que pasan a segundo plano. En los estratos urbanos bajos y entre los campesinos es más difícil, por consiguiente, que el modelo pueda funcionar plenamente con mucha frecuencia. Sin duda existe, pero para una minoría que es muy posible crezca sin dejar por ello de ser minoría.

Hay una adaptación del modelo a la situación de los estratos más bajos, y en ella se atribuye un papel especial a los elementos lúdicos, como paralelos al trabajo, y no como paralelos a la educación.

Como se ha expresado ya, el modelo conformista, definido en esos términos, pertenece a un dominio que analíticamente debe distinguirse de manera cuidadosa de los problemas que plantea el conflicto intergeneracional. La referencia que caracteriza el modelo alude a la sociedad global, y la de los padres puede ser la misma o diferente que la de los hijos. Pero de todas maneras pueden enunciarse ciertas hipótesis sobre la relación del modelo con la dimensión conflicto. Si los padres son anticonformistas puede suscitarse el conflicto con el hijo conformista, el que hasta puede llegar a ser muy agudo en algunos casos aunque, en general, puede suponerse que el conflicto sea menos frecuente en este modelo que en otros. Sin embargo, aún en el caso de coincidencia del modelo con el de los padres, hay fuentes potenciales de conflicto, las que parecen ser las siguientes:

a) La prolongación del comportamiento aceptado más allá de la edad en que los padres juzgan que ha llegado ya la hora de asumir las responsabilidades del adulto;

b) Que el comportamiento previsto por el modelo requiera un tiempo incompatible con otras obligaciones, en especial el estudio; este tipo de conflicto es particularmente posible con los varones. En un estudio inédito sobre los estudiantes liceales (enseñanza media pública) en Montevideo, se observa que las calificaciones medias de los alumnos tienen una relación directa con la estratificación social de los padres, es decir, a estratos más altos mejores calificaciones. Una de las excepciones más notables son los varones que integran los estratos altos y medio-altos, quienes tienen calificaciones no sólo extraordinariamente inferiores a las de las niñas de los mismos estratos, sino bastante más bajas que las de los dos sexos en los estratos medio-bajos y bajos.^{6/} Ahora bien, es entre esos varones donde funciona mejor el modelo que analizamos, y su colisión con las obligaciones del estudio es donde debe ser más frecuente;

c) La adaptación, dentro del área reservada, de comportamientos que chocan con los valores a los cuales los padres adhieren con mucha intensidad. Aunque sería imposible enume-

^{6/} Antonio M. Grompone, Aldo E. Solari, Germán Rama y Elida Tuana, Los estudiantes liceales de Montevideo.

rar los casos posibles de este tipo de conflicto en América Latina, parece evidente que el sexo tiene aquí una importancia primordial; pues el mismo se plantea en función de cómo se definen el papel del varón y de la mujer. En todas las sociedades se suscita el conflicto, en el caso de los varones por ejemplo, con el uso de estupefacientes, salvo casos muy especiales de excepcional permisividad o descuido paterno. La cuestión se plantea en términos muy diferentes con respecto al consumo de bebidas alcohólicas; en muchos países latinoamericanos se da por supuesto que su consumo moderado^{7/} es, a partir de cierta edad, un rasgo normal y hasta deseable de la conducta del varón. De todos modos, parecería que existe una cierta relación entre los niveles de desarrollo y esta norma, la que tiende a perder vigencia y a ser sustituida por otra contraria a medida que aumentan dichos niveles. Pero hay algunas excepciones a esta correlación, que, por otra parte, sólo puede enunciarse como una impresión general. De cualquier manera es interesante destacar el hecho que exista una ambivalencia tan intensa en algunas sociedades con respecto a las bebidas alcohólicas y a las drogas, puesto que no es seguro que los daños que éstas puedan producir sean necesariamente mayores que los derivados del intenso consumo de aquéllas.^{8/}

En cambio no hay dudas, respecto al varón, quien debe adoptar una conducta sexual agresiva dentro de límites de alta permisividad; lo único que se espera es que no se comprometa con mayores responsabilidades, así por ejemplo, que no tenga hijos. La estratificación juega aquí su papel, pues es categóricamente condenado un joven de los estratos medios que embarace una joven de los mismos estratos; pero si la joven pertenece a los estratos bajos la reacción paterna es, casi siempre, mucho más ambigua y fácilmente puede llegar hasta una tolerante comprensión. La expectativa central parece consistir en que el varón demuestre, temprana y adecuadamente, su masculinidad; casi podría afirmarse que nada sería peor que el hecho que así no fuera.

Las actitudes son muy diferentes respecto a las mujeres. En las clases medias y altas de la totalidad de los países latinoamericanos, salvo excepciones probablemente en aumento en las grandes ciudades, es convicción arraigadísima la necesidad de conservar la virginidad como condición de matrimonio. Hay una clara relación entre esta idea y la ambigüedad respecto al

^{7/} Múltiples estudios fuera y dentro de América Latina comprueban la relatividad de esta idea de moderación, que todos los grupos sociales y familias parecen compartir, pero que definen a partir de niveles por cierto muy distintos.

^{8/} Estas ambivalencias existen en todas las sociedades; reflexiones muy interesantes al respecto, y para el caso de Estados Unidos, pueden encontrarse en Gilbert Geis, "Hypes, Hippies and Hypocrites", en Youth and Society, vol. I, n°. 4 (junio de 1970), pp. 365-379.

comportamiento de los varones según los estratos; y la relación sexual que lleva al embarazo es permisible en tanto la joven no pertenezca a los mismos estratos medios.

¿Todos estos conflictos potenciales o actuales que se acaban de reseñar tienen alguna nota común? La relación parece existir y se advierte toda vez que el conflicto aparece y cuando se adoptan comportamientos que ponen en serio peligro la plena realización de los futuros papeles del adulto tal como los conciben los diferentes grupos sociales. Esas concepciones varían sensiblemente en relación a varones y mujeres. La juventud es percibida, como ya se señaló reiteradas veces, como una moratoria, pero una moratoria parcial puesto que es incompatible con actitudes que hagan peligrar aquello que, para la sociedad, es verdaderamente importante: la edad adulta tal como la conciben los grupos dominantes. De allí la relación de las normas que establecen el vínculo entre la juventud y el sexo, y de allí también sus vínculos con la estratificación. Dentro de ese dominio de reserva la licitud o ilicitud de las conductas de ambos sexos dependen, en gran medida, del hecho que pertenezcan o no al mismo estrato social.

Las formas de expresión del modelo conformista, como las de cualquier otro, pueden ser organizadas, semiorganizadas o puramente individuales. Las dos primeras han sido las menos frecuentes pero tienden a adquirir cada vez mayor importancia. Y del conformismo personal se pasa al participante o al militante. En general, no se necesitan formas especiales de organización para defender las pautas predominantes en una sociedad. El establishment, a través de múltiples mecanismos, es normalmente capaz de defender su integridad sin que sea preciso que los jóvenes se movilicen o sean movilizados para hacerlo. De ellos puede esperarse una integración lenta, pero segura, que cumpla la función social de remplazo, sin sobresaltos.

Ahora bien, para que ocurra lo contrario, es indispensable que el orden establecido o, si se quiere, el "desorden establecido" para usar la frase de Mounier, se enfrente a un desafío organizado. Cuanto más intensidad adquiera éste, tanto mayores son las probabilidades que se abandone la mera "fe implícita" antes mencionada, y que se dé el paso siguiente: la organización de movimientos para defender la vigencia del modelo amenazado. Estos movimientos serán abordados más adelante, pero no parece innecesario señalar aquí que implican toda una transformación. Apenas alguien adquiere conciencia que sus adhesiones son cuestionadas y siente la necesidad de defenderlas, cambia sus adhesiones mismas. El esfuerzo de racionalización lleva ínsita, no sólo la posibilidad de descubrir virtudes en las pautas a las que adhiere, y que hasta entonces habían pasado desapercibidas, sino también la posibilidad de descubrir sus defectos y sus incoherencias.

En estas condiciones, son posibles múltiples reacciones, pero hay dos que, por su polaridad, parece conveniente mencionar. De una parte, muchos abandonan el modelo conformista, que para ellos ya no resiste los cuestionamientos que se hacen conscientes; este fenómeno coincide, muy a menudo, con el ingreso a la universidad, donde por un proceso de socialización insuficientemente conocido, se pasa de la aceptación implícita del modelo a su negación radical, lo que está contribuyendo a difundir la imagen de la universidad como una escuela de extremismo.

Otros, en cambio, profundizan, si es legítimo el término, su adhesión al mismo modelo y a través de la organización y del diálogo tratan de tornarlo más coherente. Es ese proceso el que trata de hacer explícitos y racionalizar, con todas sus limitaciones, los elementos que caracterizan a las organizaciones que, por lo general, se denominan de extrema derecha, aparte de lo que se conoce como "activismo". A medida que ese proceso se intensifica ya no se trata sólo de defender el orden existente sino de reconstruirlo, darle un nuevo sentido; habida cuenta de toda la imprecisión de los términos, podría afirmarse que se pasa de lo conservador a lo reaccionario, y también a la búsqueda de un modelo que si se liga al pasado y se proyecta hacia él generalmente tampoco existió. Si este proceso se desenvuelve en el sentido de la radicalización, el conformismo organizado toca los límites del anticonformismo, se vuelve otra manera de cuestionar algunas de las pautas existentes, y el orden establecido debetrate de reprimirlo, como ha ocurrido en algunos países de América Latina, sobre todo cuando emplea medios de acción violenta.

3. El modelo "imitativo"

Este modelo aparece en otros jóvenes que proclaman un desafío más abierto a la sociedad que el que aparece en el modelo "conformista" antes analizado; pero el reto no se plantea a través de la acción política organizada, sino más bien por el comportamiento ético-social. Los jóvenes que lo siguen, y que son una ínfima minoría, reproducen, a veces en traslación literal, las actitudes y los lemas de jóvenes de otras regiones, con las cuales se establece contacto por los medios de comunicación. El poder del amor, el amor sin trabas, el real o aparente abandono de los prejuicios tradicionales o considerados como tales, constituyen algunos de esos temas. El carácter más llamativo de estos jóvenes latinoamericanos, aunque parezca paradójico, es su falta de originalidad, su condición de remedadores; a veces participan de opacas imitaciones, que expresan una cierta manera de reaccionar ante algunos rasgos de la sociedad industrial avanzada, y esto precisamente donde ésta todavía no se ha manifestado. Ese comportamiento es tan

superficial en América Latina, y tan poco específicamente joven, que muchos de sus lemas pasan en seguida a los adultos de clase media.

En algunas ciudades de América Latina estos jóvenes llaman la atención tanto o más que los activistas universitarios; entre ellos se reproducen, con cierta frecuencia, además de los eslóganes, algunos de los comportamientos que afectan a sus pares de las sociedades de mayores ingresos; así, por ejemplo, el consumo de drogas. Los adultos tienden a percibir como una de sus características una gran libertad sexual, la que, por otra parte, estiman va en aumento en toda la juventud de clase media, aunque quizás haya en esto una parte nada desdeñable de exageración. Aún en sociedades situadas fuera de la región, donde estos movimientos adquieren más importancia, las investigaciones indican que la promiscuidad es un hecho excepcional y que el verdadero cambio de las costumbres sexuales es mucho menor que el aparente.^{9/} Además, hay algo paradójico en las reacciones de los adultos de clases medias y altas frente a estos fenómenos, puesto que en esta materia siempre fue muy notable en América Latina la distancia entre el comportamiento declarado y el real.

El modelo imitativo es casi siempre individual, aunque a veces se ofrece en forma organizada.

4. El modelo "revolucionario"

Si en todos los casos anteriores hay una simplificación abusiva al hablar de un modelo, ésta aumenta mucho más cuando se trata del modelo "revolucionario"; en rigor hay muchos modelos a los que puede darse y a los que efectivamente se atribuye esa designación. Y esto no es, por cierto, un fenómeno nuevo. En muchas sociedades pretéritas se ha negado el orden social y en esa negación tuvieron amplia participación los jóvenes. Lo que hace más compleja la cuestión actualmente es, además de otros factores, el desgaste del significado de los términos y la intensidad y velocidad con que aparecen. Muchas veces, por ejemplo, se ha señalado el desgaste del término "democracia", que puede adquirir extraordinariamente diversas significaciones. Pero otros términos, como "revolución" y "socialismo" han sufrido, mucho más rápidamente, un desgaste similar que parece estar en proporción directa con la frecuencia de su uso. ¿Qué tienen de común, para citar un ejemplo latinoamericano, los actuales gobiernos argentino, brasileño, chileno y peruano aunque todos ellos se autodefinen como revolucionarios?

^{9/} Véase, a título de referencia, M. Scholfield, The Sexual Behavior of Young People (Londres, Penguin Books, 1968), este autor es muy terminante al respecto: según los resultados de su encuesta dos tercios de los varones y tres cuartas partes de las muchachas no han tenido relaciones sexuales, la casi totalidad desea casarse, etc.

Las muestras podrían multiplicarse. Y para complicar aún más el razonamiento adviértase que entre los movimientos juveniles, muchos niegan a otros grupos el derecho a llamarse revolucionarios, término que pretenden monopolizar alegando ser los que tienen legítimo derecho.

Como es obvio, carecería de sentido aquí adentrarse en la difícil y quizás insoluble tarea de definir el concepto "revolución". Baste recordar que una revolución supone, por lo menos, la negación de las pautas predominantes existentes y la construcción de la imagen de una sociedad radicalmente distinta y más deseable. Como consecuencia, los modelos revolucionarios pueden clasificarse de acuerdo con cada uno de estos dos elementos y las combinaciones posibles son muy numerosas.

El momento negativo puede analizarse en dos dimensiones: extensión y profundidad. La primera abarca aquí, simplemente, los tipos de pautas predominantes que se niegan; y por profundidad, la intensidad de la negación contenida en cada una de las esferas antes señaladas. Una tercera dimensión muy importante se refiere a los elementos organizativos; el aquí llamado conformismo puede manifestarse en forma individual, como también ocurre con el denominado modelo "imitativo", pero el modelo revolucionario en cambio, en cualquiera de sus formas, es casi inconcebible que se exprese bajo formas no organizadas o semiorganizadas. El que niega el orden existente pero no traduce su negación en un desafío organizado o no intenta hacerlo, no pertenece al modelo revolucionario, está más bien en un estado de alienación, puesto que el modelo exige una intensa participación.

Estas dos dimensiones de la negación, y la tercera, la que se refiere a sus formas de expresión, parecen perfilar las líneas esenciales que permiten caracterizar el modelo o los modelos revolucionarios.

Como ya se ha visto la negación puede afectar la esfera política y la ético-social por separado o a ambas. Parece bastante obvio que el modelo que niega el orden político-social es mucho más frecuente en América Latina que el que niega el ético-social. En la historia social de Europa constituyó un fenómeno casi normal que los grupos que negaban la legitimidad de la sociedad capitalista y de su orden político-social rechazasen al mismo tiempo la legitimidad del orden ético-social, la familia por ejemplo. Más aún, en muchos de los modelos revolucionarios este aspecto es tanto o más importante que el otro, como ocurre en algunas tendencias anarquistas. Un modelo como el Malatesta, para sólo citar alguno, es tanto o más una afirmación de una nueva moral individual y social radicalmente distinta que una fórmula política. Así ha ocurrido también en algunos pensadores y movimientos latinoamericanos; entre los cuales Rafael Barrett constituiría un ejemplo.

Una incursión, por somera que sea, en torno a los modelos revolucionarios latinoamericanos, prueba fácilmente sus diferencias en este sentido. Reflexiónese sólo sobre el escaso papel que juega en ellos la negación de la institución familiar o de las formas que asume en la llamada sociedad burguesa, y se comprobará que no es fácil desentrañar las causas de este hecho. Una hipótesis posible sería la influencia de los movimientos revolucionarios europeos entre los cuales se produjo una transformación que terminó de la misma manera. En este terreno, como en muchos otros, los modelos latinoamericanos habrían realizado al cabo de muy pocos años una evolución que, buena o mala, requirió a sus homólogos europeos muchas decenas de años. Una segunda hipótesis, que por cierto puede ser complementaria de la anterior, supondría que la fuerza de la institución familiar es tal en América Latina que parece muy difícil admitir, aún para los propios revolucionarios, un modelo negativo o aunque lo acepten, no pueden insistir en propagarlo por las resistencias que provocaría. Podría aventurarse una tercera explicación que más que eso sería una definición: simplemente no habría en América Latina modelos "verdaderamente revolucionarios".

El peso del modelo revolucionario latinoamericano incide en sus elementos negativos, sobre la dimensión política o si se quiere sobre la dimensión político-social-estructural; lo corrobora el hecho que parece consustancial con los diversos modelos la aceptación, explícita o implícita, del predominio de la dimensión política. Aún a riesgo de fatigar parece pertinente repetir que esta esfera de la vida social comprende el dominio de lo político en su sentido más amplio, por lo tanto los modelos revolucionarios dedican casi toda su atención a lo que generalmente se llama "lo estructural" o "las estructuras".

Diversos autores sostienen que una de las características del desarrollo de América Latina es el predominio de lo político en el sentido que la secuencia normal estaría determinada primero por los cambios políticos y luego por los económicos, antes que a la inversa, como parece habitual en otras sociedades. Cualquiera sea el valor de la explicación, es evidente que la casi totalidad de los modelos revolucionarios la asumen como cierta y ponen en la transformación política la esperanza de la redención social.

La negación de la legitimidad de las pautas predominantes en lo político-estructural puede referirse a diversos ámbitos. La simple negación de la legitimidad del gobierno no alcanza, por cierto, a constituir un modelo revolucionario; éste se estructura sólo cuando el desafío al gobierno constituye una consecuencia de la negación general del orden político-social, problema que se liga muy estrechamente a las cuestiones vinculadas a la intensidad ya mencionadas. Los diferentes modelos implican muy diversos matices, los que sería impo-

sible describir en detalle, pero por lo menos pueden mencionarse dos formas extremas; de una parte, el sistema puede ser negado no porque se desconozcan los valores sobre los que éste dice asentarse sino porque se afirma su incapacidad radical para realizarlos; y en el otro extremo se niegan los valores mismos.

Estas polarizaciones, como todo lo referido a los aspectos de negación en el modelo revolucionario, están íntimamente relacionados con la "fórmula" de la nueva sociedad que se ofrece como redención; de esta manera se puede, desde el punto de vista analítico, comenzar por las esferas de pautas predominantes que se niegan, como así también la mayor o menor intensidad de la negación para terminar mostrando qué "fórmulas" son coherentes con ellas o recorrer el camino inverso.

Si la negación no alcanza a los valores mismos sino a la incapacidad del sistema para realizarlos, la "fórmula" salvadora tiende a girar alrededor de la realización "efectiva" y "verdadera" de la "democracia"; si va más allá, termina por ofrecer la imagen de una sociedad completamente nueva: "la socialista".^{10/} Así lo exige, por lo menos, la coherencia lógica de los distintos modelos que pueden llamarse revolucionarios. Es obvio que se perfila aquí un análisis ideal; en la realidad esa coherencia presenta muchos desfallecimientos y tensiones que no parece del caso analizar aquí.

Los modelos revolucionarios no sólo se distinguen por las negaciones y las afirmaciones que implican, sino por los medios que proponen para llegar a la sociedad ideal que definen con mayor o menor precisión. Los medios, las estrategias y las tácticas aconsejadas son innumerables aunque admiten una clasificación alrededor de un problema central: las relaciones con el sistema de valores predominante en la sociedad existente. Así, se tienen los medios admitidos por la sociedad y los medios prohibidos por ella; en tanto que los medios aconsejados por el modelo son aquéllos cuya utilización para cambiarla reputa legítima la propia sociedad existente, se acepta una parte importante del sistema de valores vigente. Pero cuando se los define como ilegítimos, la negación es mucho más radical. Cabe esperar, pues, que el modelo que no niega el sistema de valores sino la incapacidad de la sociedad para realizarlos auténticamente adopte los medios "legítimos", y en cambio que el modelo que niega esos mismos valores adopte los "ilegítimos". Esto es lo que ocurre por lo general, aunque no necesariamente en la realidad. El modelo también puede incluir la negación total y aceptar la necesidad de la transformación por medios

^{10/} Los términos aparecen entre comillas sólo para que se tenga presente siempre que los contenidos implicados pueden ser, y son efectivamente, muy distintos según los diversos modelos revolucionarios. Por consiguiente no debe verse en su empleo ninguna intención peyorativa.

legítimos; eso en cambio es inadmisibile para otros modelos revolucionarios y demuestra, inclusive, que no hay tal negación.

Este análisis esquemático y que puede parecer demasiado formal -lo que no parece restarle legitimidad- debe ser completado considerando que los diversos modelos revolucionarios no se desarrollan en forma aislada sino, muy por el contrario, dentro de una compleja dialéctica de desafío mutuo y de acción y reacción con los modelos del establishment, en el transcurso de dicho proceso van cambiando a veces profundamente.

Los modelos se definen y se redefinen de esta manera; pero como no se trata de analizar exhaustivamente el fenómeno sino solamente indicar algunas dimensiones importantes para comprender los movimientos juveniles baste mencionar, por tanto, algunas cuestiones fundamentales.

Las pautas predominantes admiten un margen de interpretación relativamente amplio. Si se supone que, en un momento dado, se acepta una interpretación que distingue más o menos claramente entre los medios legítimos y los ilegítimos para cambiar el sistema, la aparición o la expansión del eco de los modelos revolucionarios lleva con facilidad a cambios en la definición de qué es legítimo y qué ilegítimo. En otras palabras, el orden predominante se defiende modificando su modelo para estrechar el campo donde pueden operar los medios legítimos para cambiarlo. A su vez, el modelo revolucionario "legalista" (si se admite la expresión) puede mantener su definición anterior, con lo cual deja de ser "legalista" para el establishment. Las relaciones entre los diversos "modelos revolucionarios" tiene como resultado los más variados efectos a través de alternativas casi constantes de desafío y respuesta. El sólo hecho, por ejemplo, que aparezcan modelos que aceptan como pauta el empleo de la violencia hace necesaria una serie de ajustes en los restantes modelos; por consiguiente es indispensable definir normas que establezcan cuál es el comportamiento que debe asumirse frente a grupos que aunque aceptan los mismos fines recurren a medios completamente diferentes.

En todos estos aspectos los "modelos revolucionarios" nada tienen de específicamente juvenil; son modelos que se ofrecen a la sociedad para que, todos sus integrantes, jóvenes o no, los acepten o rechacen. Más los modelos revolucionarios definen, generalmente, una función especial de los jóvenes; suponen, en efecto, que éstos deben desempeñar un papel de vanguardia en el proceso revolucionario. Esta norma es tan vaga como el concepto mismo de vanguardia, pero entraña la idea que los jóvenes están mejor preparados que los adultos para admitir los cambios y promoverlos, que poseen y deben tender a profundizarlos y a expandir la conciencia de su necesidad.

Este papel de renovación constante debe ser compatible con la fidelidad al modelo adoptado. Es decir, se espera que

los jóvenes sean los más avanzados e innovadores, pero que todo ello se produzca dentro de los cuadros del modelo admitido. Es muy clara la tensión y el conflicto potencial que existe entre ambos propósitos y que se manifiesta en las frecuentes rupturas de los movimientos juveniles. Si éstos son autónomos con respecto a los partidos políticos existentes la ruptura se traduce en la creación de nuevos movimientos; si están encuadrados en ellos -las juventudes de los partidos que se autodefinen como revolucionarios, por ejemplo-, las rupturas terminan con la expulsión de algunos o muchos de sus miembros jóvenes, quienes de este modo quedan aislados o deben integrarse a otros partidos. El problema de las tensiones entre las diversas expectativas recomienza en nuevas circunstancias, aunque la forma más habitual de resolverlo sea la acentuación de la fidelidad o diversas formas de compromiso.

Capítulo VI

JUVENTUD Y ESTRATIFICACION

1. Los jóvenes de los estratos medios

Los jóvenes de los estratos medios han sido los más estudiados y casi los únicos que han sido objeto de investigaciones en América Latina. Como ya se ha visto en el capítulo anterior, si los modelos de comportamiento pueden darse y se dan en todos los estratos sociales, es en los medios donde aparecen mejor definidos y donde muchos de ellos se originan. El hecho está lejos de ser casual; es en los estratos medios donde es más prolongada la "moratoria" que significa el período juvenil y donde se ofrecen las condiciones estructurales para que la juventud se manifieste plenamente. Como a propósito de los movimientos estudiantiles se analizará con cierto detalle una de las más importantes manifestaciones del comportamiento de los jóvenes de clases medias, en este capítulo parece suficiente indicar algunas otras de sus formas de expresión.

Una forma importante y mal conocida la constituye la organización de grupos juveniles dentro de los partidos políticos. En general, antes de la aparición de los partidos políticos que se precian de marxistas, la organización de las juventudes parece haber tenido poca importancia; sin embargo la hubo desde antes en algunos países. Los partidos marxistas, en particular los comunistas, han atribuido una particular importancia a las organizaciones juveniles. En parte como reacción, casi todos los demás partidos políticos trataron de constituir juventudes o grupos juveniles. Estos intentos tuvieron un éxito desigual, pues existen partidos donde las organizaciones juveniles en la práctica no funcionan o son meros instrumentos de selección.

En otros casos, las organizaciones juveniles político-partidarias tiene un grado de institucionalización bastante significativo y una cierta autonomía formal dentro de los partidos; y los jóvenes de los estratos medios se integran a ellas en proporciones muy variadas según los países y los partidos. Aun cuando éstos presuman ser de extracción obrera es raro que puedan prescindir, o deseen hacerlo, de los jóvenes de clases medias. Su nivel educativo y sus relaciones sociales los hacen particularmente aptos para cumplir una serie de funciones reservadas a las organizaciones juveniles. Las dos fundamentales son: entrenamiento o socialización política de los jóvenes y selección. A través de sus organizaciones juveniles los partidos atraen personas, les ofrecen un conocimiento más profundo de las ideas y actitudes del partido, comprueban sus

aptitudes en diversas funciones y vigilan su fidelidad a las grandes líneas ideológicas y de comportamiento. Todo ese ritual de iniciación tiene importantes funciones selectivas; los partidos no sólo eligen los elementos que desempeñarán la función de remplazo sino que tiene los elementos de juicio necesarios para determinar en qué funciones o actividades.

Desde el punto de vista de los jóvenes, las funciones de inserción son las más importantes; durante ese proceso se dan las posibilidades de conflicto mencionadas en el capítulo anterior, según la mayor o menor capacidad de adaptación a los modelos aceptados.

2. Los jóvenes de los estratos bajos

Es muy poco lo que se sabe con respecto de los jóvenes de clase obrera. En muchas sociedades latinoamericanas la juventud obrera, en sentido estricto, debe ser numéricamente reducida; en otras, debe comprender un período muy breve. Los jóvenes politizados de clase media proclaman, en general, su solidaridad con los obreros y con los jóvenes hijos de obreros, pero rara vez proclaman la necesidad de alcanzar algo previo: la lucha por el derecho de los hijos de los obreros a ser jóvenes. De todas maneras una serie de transformaciones tienden a ampliar el número de integrantes de la juventud obrera; así las exigencias crecientes en materia de calificaciones para poder ingresar al mundo del trabajo, la expansión de los servicios educativos, y las esperanzas de ascenso social que prolongan la etapa juvenil. Ser joven, más que un privilegio se vuelve una necesidad, puesto que retardar el ingreso al trabajo se convierte en un imperativo para adquirir las condiciones mínimas que permitan tener acceso al mismo, y las condiciones que predominan en el mercado de trabajo tienden a producir el mismo efecto.

En los países del cono sur del Continente esta prolongación de la etapa juvenil entre los obreros es de relativamente larga data; en la mayoría de los demás países está presentándose rápidamente, salvo en los menos desarrollados, donde casi no existe. Si el fenómeno es sobre todo urbano, el mismo parece más específico de las grandes ciudades, y aún en éstas se advierte que se manifiesta en forma muy diferente, y hasta con distintas modalidades, entre el artesanado tradicional y el proletariado fabril.

Todo parece demostrar que la juventud obrera tiene una conciencia ambigua; exagerando un poco la acepción de los términos podría decirse que en tanto es obrera no es juventud, y en tanto es juventud no es obrera. Es decir, cuando las condiciones estructurales permiten que aparezca y se prolongue un período juvenil, la socialización que se experimenta dentro del mismo, en particular la que otorgan la escuela y los medios de

comunicación de masas, está primordialmente regida por los ideales de las clases medias; las expectativas sociales y el deseo de escapar a la condición de trabajador manual contribuyen a reforzar esa ambigüedad. Como lo demuestran ciertos estudios, quienes alcanzan niveles educativos más elevados y tienen mayores probabilidades de ascenso social tienden a abandonar el liderazgo de su propia clase, y a integrarse a las clases media. 1/

Sin embargo, para la gran mayoría, la asimilación total es bastante rara, pues se oponen a ella la socialización familiar y las condiciones estructurales. Es difícil escapar a la condición obrera, entre otras razones porque para hacerlo es necesario prolongar el período anterior a la entrada al trabajo mucho más allá de lo que la mayoría de las familias obreras puede permitirse. Desde mucho antes el joven obrero debe prepararse de una manera concreta y definida para el trabajo y la referencia al mismo es mucho más intensa que para el joven de los estratos medios. Las posibilidades de una actitud de franco rechazo y de rebeldía contra la sociedad, que parecería tan explicable por la situación en que se encuentra, se hace muy difícil por esa misma circunstancia: la necesidad de integrarse rápidamente al mundo del trabajo.

Cuando esa integración ocurre, puede estar acompañada de la vinculación a un sindicato. Muy pocas evidencias empíricas tenemos acerca de lo que entonces sucede: del estudio de Edelberto Torres Rivas^{2/} parece resultar que los jóvenes desean cambios considerables, que aparentemente perciben la existencia de fuerzas estructurales que determinan sus destinos como individuos, y que ante esa impotencia creen que ciertas asociaciones les ayudarían a superar la situación y que juzgan muy favorablemente el papel de los sindicatos. Pero lo paradójico de ese juicio consiste en que esa apreciación está acompañada de una muy baja participación; es escasa la proporción de los jóvenes estudiados que pertenecen a un sindicato. De todos modos se plantea la incógnita de saber si la evaluación es realmente tan favorable como aparece a través de las respuestas y la baja participación corrige su significado, o si debe aceptarse aquella en todos sus términos y suponer que el joven confía en la actividad de una organización a la cual, sin embargo, se siente ajeno. Por lo tanto puede conjeturarse que debe ser bastante frecuente que las juventudes sindicalizadas presionen sobre los sindicatos para obtener cambios favorables, y parece haber ejemplos de una mayor combatividad en la lucha sindical

1/ Adolfo Gurrieri, "Situación y perspectiva de la juventud en una población urbana popular", en Revista Mexicana de Sociología, vol. XXVIII, n.º. 3 (julio-septiembre de 1966).

2/ Adolfo Gurrieri y otros, "La juventud en San Salvador", en Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana, op. cit.

entre ellos. Pero la misma canalización de su actividad a través de los sindicatos, le hace admitir el sentido de la acción sindical, que rara vez, tiene un carácter estrictamente revolucionario, aunque sin duda contribuye, sobre todo a largo plazo, a producir cambios de cierta profundidad. ^{3/}

Sobre el comportamiento para con la sociedad global influye también el hecho que los medios de comunicación de masas, la educación formal y otros agentes de socialización, tiendan a transmitir, y generalmente con éxito, una imagen donde predomina el supuesto que las posibilidades de ascenso social existen, y que su aprovechamiento o desaprovechamiento dependen, fundamentalmente, de las condiciones y esfuerzos individuales. Todo fracaso en los intentos por escapar a la condición obrera se explica, por consiguiente, como un fenómeno individual y no estructural. Cuando aparece la juventud obrera, es decir, cuando, entre otras cosas, los hijos de los obreros comienzan a tener acceso a la enseñanza media, ese mismo acceso tiende a convertirse, tanto para sus padres como para ellos mismos, en un intento de escapar a la condición manual; pero para lograrlo los obreros no cuentan con las relaciones personales necesarias, y esto explica el dramático esfuerzo que a menudo hacen para mantener el mayor tiempo posible a sus hijos en el único medio universalista, o que por lo menos parece serlo, a su alcance. ^{4/}

Todo parece indicar que, salvo condiciones especiales, donde el bloqueo de las expectativas educacionales y ocupacionales es muy significativo, la parte de negación al sistema social existente que puede atribuírseles es harto reducida.

Estas hipótesis posibilitan quizás una aproximación que permita explicar un fenómeno tan evidente como escasamente mencionado en los análisis sobre la juventud latinoamericana: la notable ausencia de jóvenes obreros en los movimientos que son, o pretenden ser, los más extremistas y negativos del sistema social existente. Entre los tupamaros en el Uruguay, y los movimientos de izquierda revolucionaria existentes en diversos países, la proporción de jóvenes obreros es pequeña o poco menos que inexistente. Sus integrantes son por cierto

^{3/} Véase la discusión sobre este punto en Naciones Unidas, El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina, y la bibliografía allí citada.

^{4/} Un ejemplo interesante en este sentido lo brinda una investigación sobre el origen social de los estudiantes y sus padres de un liceo público de Montevideo, donde más de la mitad de aquéllos provienen de los estratos bajos. La deserción escolar es la más alta entre todos los liceos públicos, y enorme entre los hijos de los obreros. Sus padres afirman, sin embargo, que todo depende de la inteligencia y el esfuerzo de sus hijos, y ponen como ejemplo a los muy pocos de sus pares que llegan a terminar los estudios; por lo demás parecen totalmente ajenos a la sospecha que hay algo estructural en el fenómeno. Germán Rama, Grupos sociales y enseñanza secundaria (Montevideo, Arca, 1965).

jóvenes en su mayoría, pero se reclutan casi totalmente en ciertos estratos medios e incluso altos. Sin duda, el hecho mismo que haya muchos jóvenes de estratos medios que hablan un lenguaje muy diferente y tienen un conocimiento que puede ser efectivo de la condición y situación obreras, pero siempre exterior a ella, aleja a los jóvenes obreros de algo que no sienten como propio. Pero indudablemente también, los mecanismos de socialización y la necesidad de insertarse con rapidez en el mundo concreto del trabajo tienden a acentuar ese efecto.

La juventud de las poblaciones marginales es una denominación que abarca realidades tan diferentes que todo lo que se diga sobre ella de manera global es una generalización abusiva. Si el término marginal se toma en el sentido más riguroso, es decir con referencia sólo a quienes carecen de trabajo regular y de posibilidades estructurales de obtenerlo, no existiría juventud entre los marginales. Los hijos de las personas que están en esa situación no pueden recibir durante mucho tiempo educación formal, y deben incorporarse rápidamente al mismo género de ocupaciones que sus padres, salvo algún caso excepcional. Si por otro lado, el término marginal se emplea para designar a todos aquellos que viven en las llamadas poblaciones marginales, definidas utilizando algún criterio de otro tipo -generalmente, determinadas condiciones de vivienda-, la cuestión es mucho más compleja. En las llamadas poblaciones marginales la gran mayoría pertenece a los estratos inferiores de la sociedad, pero hay estratos medios bajos que viven en ellas. Dentro de los primeros hay una compleja estratificación cuyas diferencias, aunque puedan parecer mínimas al observador externo, son importantes para los habitantes de las barriadas. Por último, todo parece indicar que en todos los estratos marginales existen familias en descenso social y otras que sufren un proceso de emergencia. O dicho con otras palabras, la homogeneidad social de los marginales es, en gran medida, una percepción errónea de los observadores de clase media. Dentro de las poblaciones marginales se encontrarán, por consiguiente, desde situaciones muy análogas a las de la juventud obrera hasta la inexistencia de la juventud en un sentido psicosocial. Una parte de los jóvenes pugna, a través del sistema educacional, por obtener niveles que le permitan llegar a ocupaciones regulares escapando a su condición de marginal en un sentido estricto; otros mezclarán las ocupaciones esporádicas con las actividades delictivas; otros, por fin, ascenderán a través del desempeño de funciones de liderazgo en la población. Algunas observaciones permiten pensar que a través de diversos fenómenos -las actividades deportivas y la formación de equipos de fútbol, la formación de pandillas entre otros-, los jóvenes marginales desarrollan un proceso de identificación social con las poblaciones donde viven, con manifestaciones de rivalidad, que llegan a veces a la violencia

física, con jóvenes de otras poblaciones. Es posible conjeturar que en una situación ambivalente de rechazo y aceptación de la sociedad, estos fenómenos desempeñen la función de desviar los conflictos y tensiones y convertirlos, en parte, en conflictos internos.

Con respecto a los jóvenes de poblaciones marginales se ha destacado^{5/} un fenómeno que quizás sea bastante general en los estratos bajos; los padres, en muchos casos, no sirven como "personas de referencia" alrededor de las cuales los jóvenes organicen su imagen de la sociedad y de sí mismos. Es posible que más que un conflicto represente la actitud de ciertos jóvenes con ambiciones y esperanzas de ascenso social, quienes ven en sus padres la personificación de un plan de vida que desean superar. O sea también una manifestación del fenómeno de mayor educación con respecto a los padres ya mencionado antes.

3. Los jóvenes campesinos

Las actitudes de la juventud campesina varían considerablemente según las diferentes sociedades latinoamericanas, como también cambia la existencia misma de esa juventud como tal. Y como ya se ha reiterado con insistencia, los campesinos son más campesinos que jóvenes. En teoría, es posible construir una escala, en uno de cuyos extremos aparezca una sociedad rural cerrada, con una cultura propia, autosuficiente en todos los planos, y en el otro extremo el trabajador rural que sólo es la denominación que se concede, dentro de una sociedad global, a una especialización profesional entre muchas otras, y que como las demás tiene sus requerimientos específicos, pero sin que exista ya una "sociedad rural" identificable como tal.^{6/} Y entre esos dos extremos, se sitúa toda una inmensa gama de situaciones concretas; si éstas se tomasen como fases de un desarrollo lineal, desde la sociedad rural aislada hasta la completamente urbanizada, se advertiría que la juventud campesina como tal no existiría ni al principio ni al fin del proceso; al principio, porque no habría juventud en el sentido moderno de la expresión, y al final porque habría una juventud que se definiría con independencia de su carácter rural. La juventud campesina sólo se daría en determinadas situaciones estructurales.

La variable fundamental es, en última instancia, la urbanización de la sociedad rural. Cuando este proceso se completa por entero, lo que no ha ocurrido en ninguna sociedad actual, el

^{5/} Adolfo Gurrieri, artículo citado.

^{6/} He analizado algunos otros problemas teóricos, aquí soslayados, con relación a América Latina en mi Sociología rural latinoamericana (Buenos Aires, Paidós, 1968), cap. I.

campesino en sentido estricto desaparece. En América Latina la intensidad de la urbanización medida según el criterio de considerar centros de 20 000 o más habitantes por unidad, es muy variable; así se tiene desde países donde se aproxima o supera el de las sociedades más desarrolladas hasta otros comparable con el de las menos desarrolladas. Pero hay una urbanización de la vida rural en términos socio-culturales que no se puede medir aplicando estos criterios. En las sociedades actualmente desarrolladas este último fenómeno se desarrolló en forma paralela con los progresos del primero, por lo menos hasta hace muy poco tiempo; en las sociedades latinoamericanas el proceso es mucho más rápido como consecuencia de la expansión de los transportes y, sobre todo, de los medios de comunicación de masas. Particularmente la radio a transistores convirtió a una gran parte de los campesinos latinoamericanos en contemporáneos, y por vez primera, de la sociedad en la cual viven. Es un medio que no requiere la alfabetización previa, y en países de importante población india existen, inclusive, radios que transmiten en sus lenguas autóctonas.

Esta irrupción de los medios de comunicación, sumada a la creciente dependencia de la economía rural, hizo penetrar los valores y las normas de vida urbana de acuerdo con un ritmo absolutamente desconocido en el pasado.

Donde el proceso de urbanización está muy adelantado en ambos sentidos, como ocurre en países del cono sur, los asalariados rurales están protegidos por una legislación social relativamente efectiva; hay un número importante de pequeños propietarios que perciben ingresos razonables, y los contactos con la ciudad son permanentes. La distinción entre juventud urbana y juventud campesina tiende a perder importancia; y la extensión y las limitaciones del período juvenil dependen mucho más del estrato social al que se pertenece que de la condición misma de campesino. En los demás países, salvo en las zonas muy próximas a las grandes ciudades la juventud campesina tiene mucha menor importancia numérica, pese a la influencia señalada de los medios de comunicación de masas.

La tremenda pobreza de la casi totalidad de los campesinos en la mayoría de los países limita radicalmente la posibilidad que una juventud campesina se expanda en América Latina. El campesino debe trabajar desde niño, no ya desde joven y si emigra a la ciudad es, casi siempre, para continuar haciéndolo.

Capítulo VII

IDEOLOGIAS Y PARTICIPACION

Quando de las actitudes y comportamientos se pasa a las ideologías es necesario puntualizar, en primer término, que la inmensa mayoría de los jóvenes carecen de ideologías o, si las tienen, ellas son de carácter implícito. Los grupos juveniles que poseen una ideología explícita son numéricamente muy reducidos, y sólo el hecho que sean socialmente los más visibles y con mucha probabilidad los llamados a ocupar posiciones de liderazgo en la sociedad futura puede explicar que tan a menudo se olvide ese hecho. Entre quienes tienen ideologías explícitas, los estudiantes universitarios son el campo de estudio preferido, y casi siempre el único recordado en este sentido, aunque es obvio, por ejemplo, que los jóvenes obreros que actúan en las juventudes de los partidos también las tienen.

De todos modos parece abusivo, aún limitándose a ellos, hablar de la ideología de los movimientos estudiantiles como si hubiese una sola; incluso es abusivo pretender que las ideologías de izquierda, designación en sí misma harto imprecisa, sean las únicas, aunque se suponga que conciten la adhesión de la mayor parte de esa minoría que constituye los movimientos estudiantiles.

Hay en América Latina, más o menos organizados, aunque por lo general integrados por un número escaso, pero con una ideología muy explícita, movimientos juveniles, estudiantiles y no estudiantiles, que proclaman su aspiración a defender la familia, la propiedad, la moral, etc., que suponen atacadas o desconocidas por otros grupos; esos movimientos existen también en Estados Unidos. Casi nunca poseen gran importancia, pese a que pueden adquirirla cuando organizan milicias de choque para castigar o amedrentar a sus adversarios, o ejercer formas de terrorismo como ha ocurrido y ocurre en algunos países de América Latina. Lamentablemente, muy poco se sabe sobre estos movimientos más allá de las ideas que los inspiran, conocidas a través de expresiones esporádicas en la actividad pública o expuestas en folletos o periódicos.

En la época del ascenso del nazifascismo en Europa hubo movimientos juveniles paralelos que adquirieron importancia en algunos países de América Latina. Algunos subsisten todavía pero la ideología declarada sólo por excepción es la misma y se han fragmentado a veces de manera tal que tornan más confuso el panorama. El statu quo puede ser rechazado tanto por la extrema derecha como por la extrema izquierda, y algunos jóvenes procedentes de la primera han terminado por mezclarse a movimientos vinculados a la segunda. Es muy difícil saber

hasta dónde se trata de la resultante de un fenómeno radical de conversión de jóvenes de la derecha y hasta dónde son el producto de la adopción de ideologías confusas, bajo cuyo manto pueden esconderse motivaciones muy diversas que conducen, sin embargo, en determinadas situaciones, a comportamientos muy similares.

Estas dificultades no sólo se plantean en estos casos; son mucho más generales. Por otro lado hay pocos estudios sistemáticos sobre la ideología de los movimientos juveniles, y ni aún las de los estudiantes universitarios han sido analizadas sino muy parcialmente. Ciertas dimensiones fueron descuidadas por los análisis en beneficio de otras que no son necesariamente las más importantes, aunque sí las más visibles. Para citar un ejemplo: ¿cuál es el papel que el ingrediente antisemita juega en las ideologías juveniles? Hace treinta años era muy evidente que el antisemitismo desempeñaba un papel importante en algunos movimientos de derecha, y que estaba total, o casi totalmente, ausente de los de izquierda; sin embargo, en los últimos años la situación ha cambiado muchísimo. Al antisemitismo tradicional en algunas ideologías de derecha, para continuar empleando los términos convencionales de derecha e izquierda, se ha sumado un antisemitismo que, aunque se niegue admitirlo como tal, es muy evidente en algunos grupos de izquierda. Es notable, incluso, que a medida que el fenómeno se propaga, las nuevas racionalizaciones del antisemitismo se parecen cada vez más a las viejas, aunque la ignorancia de éstas pueda dar a muchos jóvenes la confortable sensación de estar libres de él.

Así como las sociedades latinoamericanas están muy lejos de haber evitado aplicaciones vernáculas del fascismo, con todas las adaptaciones y deformaciones que puedan concebirse, pero sin perder su tónica y su función esencial, algunos de los movimientos juveniles tampoco lo están. Empeñarse en creer lo contrario, menospreciando la experiencia histórica y algunas evidencias concretas, es una demostración del wishfull thinking que quiere ver en toda la juventud, por el sólo hecho de serlo, no sólo una fuerza potencial, sino una fuerza que únicamente puede servir para el bien.

Ese error está vinculado a una teoría muy discutible de la que se sacan consecuencias injustificadas; se alude a la que caracteriza a los jóvenes por su estado de disponibilidad. Pero tal como la sostuvo Manheim, por ejemplo, la idea de la disponibilidad presupone que la misma puede encauzarse a través de los más variados movimientos, con los más diversos signos o terminar en la apatía. En cambio, muchos autores suponen que esa disponibilidad es un fenómeno vinculado sólo con lo que se juzga bueno, y que cuando esto no ocurre ello se debe a que la sociedad no supo utilizar esa disponibilidad de los jóvenes. En realidad, en algún sentido, todos los individuos y grupos

están en estado de disponibilidad, aunque los jóvenes puedan estarlo en mayor grado. Pero lo que ocurre con los jóvenes, como en todos los demás grupos, es una función de la estructura social y de una coyuntura determinada mucho más que de una esencia permanente de las cuales podrían ser portadores los jóvenes como tales.

1. Las ideologías y el desarrollo

Casi seguramente no existen ideologías cuyo ámbito de difusión se limite a los jóvenes; tampoco parecen existir ideologías que, en un sentido estricto, sean una creación juvenil. Los jóvenes latinoamericanos que tienen ideologías, particularmente explícitas, las toman de hombres maduros y en su gran mayoría remontan sus orígenes al siglo XIX cuando no son anteriores. Aun las especificaciones y variedades que aparecen dentro de las grandes corrientes ideológicas más recientes han sido elaboradas por adultos que se insertan, a su vez, en una larga tradición. En América Latina, como en tantas otras partes del mundo, respetables y abstrusos profesores universitarios pueden descubrir, de pronto, que han sentado las bases de una ideología que repercute sobre algunos jóvenes, en particular estudiantes universitarios; en este sentido el de Marcuse es un caso típico. Lo que justifica la consideración de las ideologías en este trabajo es que, sea cual fuere su origen, no hay duda que influyen sobre los jóvenes y que es posible que éstos las asuman con un estilo algo diferente que el que tienen entre los adultos. Pero la razón esencial de esa justificación es otra; reside en que esas ideologías, si bien a menudo influyen sólo sobre una pequeña minoría de estudiantes universitarios, éstos están en una gran proporción destinados a desempeñar funciones de liderazgo social puesto que entre ellos se reclutará buena parte del personal dirigente de América Latina. Este hecho permite pensar que la influencia de esas ideologías continuará haciéndose sentir en el futuro de las sociedades y en la definición de las políticas que se adopten. Es obvio que esa capacidad futura de influir dependerá de muchísimos factores ajenos a las ideologías mismas, pero en cuanto desempeñan algún papel dotado de cierta autonomía esa influencia no dejará de ejercerse.

Paradójicamente, esa influencia puede ser ejercida de dos modos muy diferentes. Por una parte, de la manera más obvia, a través de los jóvenes que, cuando llegan a posiciones de liderazgo, continúan adhiriendo a las adoptadas en su juventud. Otra, más sutil, pueden ejercerla aún a través de los jóvenes que, explícitamente, las han abandonado. Si la primera vía siempre ha sido reconocida, la segunda por el contrario es generalmente ignorada. Más aún, los adultos tienden a menudo a suponer que la mayoría de los jóvenes abandonan las ideologías avanzadas o radicales que alguna vez tuvieron y que éstas

pierden, por tanto, casi toda su influencia; pero tal idea parece contraria a las evidencias existentes. En la historia del siglo XVIII, por ejemplo, muchos han señalado la importante proporción de alumnos de los colegios jesuíticos que fueron, con posterioridad, los peores enemigos de esa orden religiosa, y también se ha dicho que lo hicieron con un estilo y de una manera que sólo podían tener los allí educados. Entre los anticomunistas más extremos que hubo o hay en América Latina, para citar otro ejemplo más cercano a nosotros, muchos han adoptado la ideología comunista en su juventud y su anticomunismo tiene un carácter peculiar que lo distingue claramente del anticomunismo de quienes no lo fueron. Por escasa que sea la significación que se les atribuya a las ideologías es absurdo creer que es posible despojarse de ellas sin que queden rastros; hasta hay elementos de afirmación de la identidad personal a través del tiempo, que mucho dificultarían esa posibilidad.

Estas razones llevan a la necesidad de considerar las ideologías explícitas que existen dentro y fuera de los movimientos estudiantiles pero que son particularmente importantes para éstos. Muchas veces se ha inquirido y se inquiera acerca de la relación existente entre esas ideologías y el problema del desarrollo; habría que agregar el problema de su relación con los sistemas sociales y políticos imperantes.

La cuestión previa que plantea la pregunta mencionada es la vaguedad del concepto de desarrollo, no porque el mismo carezca de un sentido preciso en la mayoría de los autores que abordan la cuestión, sino porque son tantos los sentidos que adquiere que al término puede atribuírsele casi cualquier significado. Carecería de sentido iniciar aquí una discusión acerca de la definición de desarrollo, lo que tendría escasa relación con nuestro tema, puesto que no se trata de determinar cuál es el concepto más adecuado, sino advertir la escasísima precisión con que se aparece en la mayoría de las manifestaciones ideológicas. El término desarrollo ha sustituido, con ventaja problemática, los viejos conceptos de progreso y de evolución, muy criticados por una serie de bien conocidas razones.^{1/} En algunos escritos económicos adquiere el sentido que luego se difunde amplia y rápidamente luego de la última guerra, de crecimiento del ingreso por habitante que es, sin duda, muy preciso. Sin embargo es fácil advertir que es tan preciso como limitado. El indicador escogido puede ser el signo de muchas cosas diferentes, algunas de las cuales es muy difícil confundir con el desarrollo, cualquiera sea el sentido que se le pueda atribuir. De ahí la introducción de nuevas

^{1/} En lo hasta ahora expuesto ni en lo que sigue no se intenta una historia prolija ni un análisis cuidadoso de la idea de desarrollo, tema que obligaría a efectuar una larguísima exposición. Sólo se trata de recordar algunos de los sentidos más conocidos y las dificultades que presentan para la comprensión de lo que sigue.

dimensiones definibles con relativa precisión desde el punto de vista económico, pero ya mucho más claramente ligadas a un juicio de valor como, por ejemplo, un mejoramiento constante de la distribución del ingreso en el sentido de una mayor justicia. Un paso más y se llega a las múltiples concepciones, hoy tan de moda, según las cuales el desarrollo o es social o no es tal desarrollo. El concepto expresa un fenómeno global y multidimensional que implica transformaciones económicas, pero éstas, en definitiva, son accesorias. De allí la proliferación de los escritos, y en menor proporción de las ideas, sobre desarrollo social, que muchos creen es un término novedoso y de creación reciente, para superar el más limitado de desarrollo económico.^{2/}

Como consecuencia de estos avatares y de muchos otros que no pueden abordarse aquí, el desarrollo puede ser y es concebido como proceso, como meta, como posición en el sistema internacional de estratificación, y dentro de cada una de estas grandes orientaciones tienen cabida por supuesto las más variadas direcciones teóricas. Es tal la variedad que si se insiste sobre el desarrollo como meta y se le define de cierta manera ideal no existirían sociedades desarrolladas sino sociedades de altos ingresos, criterio que puede ser muy legítimo, pero que deja sin respuesta al hecho que existen enormes diferencias entre las sociedades.

Ante esa variedad es lógico por consiguiente reconocer que cuando se proclama la adhesión al desarrollo se esté expresando la adhesión a alguna concepción determinada del desarrollo, pero cuando se niega el desarrollo parece casi imposible que se estén negando todas sus formas, pues parece más admisible que se esté rechazando alguna determinada en la cual se piensa. Por esta razón, si puede trazarse un esquema formal con respecto a las ideologías y su posición frente al desarrollo, como se hará enseguida, deben tenerse siempre presente estas reservas, que por otra parte están permanentemente implícitas en lo que se va a decir. Este esquema, que no se limita a las ideologías juveniles, llevaría a distinguir diversas especies: las opuestas al sistema económico y social vigente y al desarrollo; las contrarias al sistema económico y social vigente y al desarrollo; las contrarias al sistema aunque partidarias del desarrollo; las partidarias del sistema y el desarrollo; partidarias del sistema y contrarias al desarrollo; y las indiferentes con respecto al problema del desarrollo, por lo menos como cuestión central. Aunque estos diversos tipos se dan muy rara vez en la realidad en toda su pureza es posible señalar, aunque de modo muy esquemático, sus ingredientes fundamentales.

^{2/} El término es, sin embargo, muy viejo y hasta fue utilizado como título de un libro hace más de 40 años. L. T. Hobhouse. *Social Development* (Londres, 1924), lo que no quiere decir que la idea no haya adquirido connotaciones nuevas.

En algunos casos el sistema imperante es considerado como la encarnación de la injusticia y el desarrollo la única probabilidad que le queda de salvarse, vale decir que el desarrollo en el cual se piensa es aquél que no altera las bases esenciales del sistema o por lo menos las entendidas como tales. En otros, tanto los sistemas como el desarrollo son igualmente condenables, y sólo la revolución social podría poner a la sociedad en condiciones de solucionar sus problemas. Algunas ideologías, en cambio, entienden que el desarrollo, concebido de muchas maneras, puede modificar el sistema, y particularmente, sus aspectos más injustos, y, de este modo, a largo plazo, cambiar las bases mismas del sistema imperante; en cierta manera no se niega la necesidad de la revolución, pero ésta aparece casi como un subproducto del desarrollo en lugar de ser su precondición. Hay ideologías, por otra parte, que defienden las bases esenciales del sistema imperante, ya sea por lo que es, ya sea por lo que llegará a ser gracias al desarrollo, actitud esta última la más frecuente. El modelo se toma generalmente de los países desarrollados de occidente, los que se conceptúa ofrecen la orientación a seguir. En otras ideologías el sistema es defendido per se y el desarrollo o algunas de sus formas son consideradas una amenaza para aquél; aquí se pretende defender los grandes valores de la tradición social, entendida ésta según la definición que se adopte, y como ciertas formas del desarrollo parecen desafiarlos deben ser rechazadas. Por último, en otras ideologías el problema del desarrollo no desempeña ningún papel esencial. Un análisis empírico, tan necesario por lo demás, debería tomar en cuenta, entre otras, las variantes mencionadas, sus conflictos, y también los curiosos acuerdos que pueden suscitar. Así, lo que se conviene llamar extrema derecha y extrema izquierda pueden coincidir en su oposición al desarrollo aunque por motivaciones muy diferentes. Para unos, evitarlos se entiende, o se sueña, como la mejor manera de acelerar la destrucción del sistema imperante; para otros la más eficaz de conservarlo intacto.

Esta tipología, muy primaria, se ha complicado durante los últimos tiempos por la penetración de nuevas ideas, en buena parte originadas en los países desarrollados. Algunos de sus temas han surgido en Estados Unidos, han pasado a Europa y luego a América Latina; se refieren, fundamentalmente, al sentido profundo del desarrollo entendido como medio y como fin. Su descubrimiento más elemental consiste en afirmar que una sociedad puede enriquecerse sin suprimir las injusticias sociales. Su preocupación trascendente queda puesta de manifiesto cuando pregunta hasta dónde la sociedad desarrollada es compatible con la plena realización de la persona humana. Entre estos dos extremos se escalona una serie de preocupaciones, que se legitima utilizando los más diversos procedimientos y pueden vincularse con muy distintas ideologías.

Estas críticas contra la sociedad industrial avanzada son, en los países desarrollados, el producto de una reacción contra una experiencia concreta y vivida, cuya legitimidad no corresponde discutir aquí; aunque minoritarias, interesa a grupos que tienen o adquieren una "visibilidad" social relativamente significativa; la condena tiende a generalizarse a todas las sociedades industriales avanzadas sea cual fuere su sistema político. En América Latina se trata de una reacción contra un estado de cosas "representado", mas del cual se está todavía bastante lejos;^{3/} que adquiere el carácter de una anticipación de futuros posibles y que se orienta, en la mayoría de los casos, contra los Estados Unidos y, mucho más raramente, contra las sociedades industriales socialistas. La gravitación de Estados Unidos en América Latina constituye una de las causas que explican este hecho; la otra, es que los argumentos para la crítica de la sociedad norteamericana les ofrece, y muy profusamente, la misma crítica interna de Estados Unidos, en una forma que es muy probable no tenga parangón en la historia.

Una parte de los jóvenes latinoamericanos admira a los Estados Unidos, aunque esta actitud se advierta frecuentemente en el comportamiento real antes que en la ideología explícita; otra parte, socialmente mucho más visible, lo condena; pero tanto para uno como para los otros constituye un punto de referencia inevitable.

El panorama, caracterizado por la constante importación de ideologías o de temas ideológicos, se torna sumamente complicado. La imagen negativa de la sociedad norteamericana es un viejo tema de las ideologías conservadoras en América Latina, y también un punto central de las de izquierda. La visión negativa del socialismo y, más específicamente, de la sociedad soviética, es también un antiguo tema de las ideologías conservadoras, pero ahora aparece también en muchos grupos de izquierda. Las motivaciones y el peso relativo de los argumentos es muy diferente, pero las conclusiones tienen muchas notas comunes, e influyen sobre grupos que están y/o se consideran situados en extremos opuestos del espectro ideológico y político.

Es fácil comprender entonces, que el predicamento que la idea del desarrollo tiene dentro de las diferentes dimensiones de una ideología, y el contenido mismo de esa idea pueden variar casi hasta el infinito. Al simplismo de algunos economistas que creyeron que una alta y sostenida tasa de crecimiento económico implicaba la solución automática de los problemas de

^{3/} Debe entenderse que en conjunto, porque en algunos aspectos se está bastante cerca. Pese a las deficiencias de las economías, las pautas de consumo basadas en el desperdicio son copiadas por muchos estratos sociales de las sociedades de altos ingresos; la polución y la contaminación avanzan rápidamente en muchas ciudades latinoamericanas, etc.

la sociedad, se opone otro simplismo que consiste en creer que tal cosa nada significa, y que lo único que importa es transformar la estructura y las relaciones sociales. Entre estos dos simplismos extremos pueden encontrarse y se encuentran las mas variadas concepciones.

Esta enorme complejidad explica el engorro que sería perfilar las formas y las peripecias de la influencia de la Revolución Cubana, tan importante durante la última década en América Latina. Si no hay en la práctica, ideología explícita que no tenga algo que ver con ella, para adherirse o rechazarla, las formas que adquiere esta adhesión son extraordinariamente variadas. Cada grupo de izquierda que ve en la Revolución Cubana la encarnación de sus ideales, la percibe de una manera diferente: atribuye más valor a ciertos aspectos que a otros, aprecia lo que otros observan con reserva y viceversa. En muchos casos la representación de la Revolución Cubana incluida en ciertas ideologías, escasa relación tiene con lo que ocurre en Cuba; el arquetipo se ha independizado de la realidad. La influencia cubana sólo puede comprenderse, por consiguiente, en el marco general de entrecruzamiento de ideologías muy diversas, más que por sí misma.

Una cuestión que tampoco puede abordarse aquí, aunque sería incorrecto omitir, consiste en saber qué papel desempeña, en todas estas diversas manifestaciones ideológicas, la meditación directa y franca sobre los problemas de América Latina y qué papel debe asignarse a la simple reiteración, mal traducida, de ideologías nacidas en otras sociedades y concebidas para mundos muy diferentes. Como es casi obvio, aquí no se está aludiendo al tema tan meneado de las ideologías foráneas que, en definitiva, según sus voceros, sólo significa que son foráneas aquéllas con las cuales disienten y autóctonas las que comparten. Tampoco se quiere significar que el valor sea una nota que caracteriza lo original como así tampoco que no lo tenga lo que procede de afuera.

En realidad aquí se persigue el propósito de señalar dos cosas: la importancia científica que tendría un análisis sistemático de las ideologías, tan descuidado en América Latina, y el papel que en ese análisis juega la posibilidad de determinar qué es mero trasplante y qué otros elementos, con la ayuda de marcos de referencia que pueden y normalmente proceden de fuera, constituye una efectiva meditación sobre la realidad de América Latina, con sus componentes originales o adaptados; en otras palabras, como quería Antonio Machado, distinguir las voces de los ecos. Hoy nos admiramos que la casi totalidad de los muchos librecambistas, como así también los pocos proteccionistas latinoamericanos del siglo pasado, repitieran casi sin modificaciones los argumentos de sus contemporáneos europeos, sin la menor sospecha que una parte sustancial de esos pensadores carecían de todo vínculo, cuando se ignoraban

por completo la situación económica de América Latina.^{4/} Es muy probable que muchos repitan hoy ese seguidismo en materia de ideologías sociales y políticas.

Además, se intentan subrayar las consecuencias sociales y políticas de tal preocupación en un momento de América Latina como el actual. Si alguna función social poseen los intelectuales es contribuir (y parecería conveniente subrayar contribuir) a la formación de ideologías adecuadas al tiempo y a las circunstancias. Hay razones para pensar -aunque la falta de estudios sistemáticos impide legitimar todavía conclusiones más categóricas-, que en esa misión se ha fracasado, aparentemente, y que ese fracaso parece afectar todas las zonas del espectro ideológico, marxistas y no marxistas. Incluso habría que analizar si no fueron algunos de los economistas, hoy tan subestimados por otros grupos, quienes han intentado, con un éxito sin duda desigual y discutible, darle a América una visión más auténtica de sus problemas.

Estas variaciones ideológicas, estas confusiones y perplejidades se advierten entre los estudiantes en forma explícita o implícita. Entre ellos también existen ideologías implícitas aunque su propia situación los lleva a hacerlas explícitas y a tomar conciencia, generalmente muy aguda, de ellas. Quienes conservan una ideología implícita la dejan transparentar a través de los comportamientos y se traduce en ellos; en este caso no puede haber contradicción entre comportamiento e ideología, porque ésta sólo se expresa a través de aquél. Las mayores posibilidades de contradicción se dan, obviamente, entre las ideologías explícitas y los comportamientos.

2. Participación y organización en los movimientos estudiantiles

Las dimensiones ideológicas de los movimientos estudiantiles no pueden aislarse; antes bien deben relacionarse con las de participación e institucionales con las cuales aparecen mezclados de una manera muy íntima.^{5/}

Las organizaciones estudiantiles pueden clasificarse siguiendo varios criterios. Por el área de reclutamiento, según sea nacional, provincial o se limite a una facultad o escuela determinadas. Según el grado de mediación, hay organizaciones

^{4/} En la mayoría de los casos conocían esas ideas más a través de excelentes manuales que de la lectura de los clásicos, es decir de los autores originales de los argumentos; piénsese, por ejemplo, en la influencia de Courcelle-Seneuil en algunos países.

^{5/} En lo que sigue, en parte se sintetiza y en parte se amplían algunas ideas expuestas por nosotros en la introducción al libro Estudiantes y política en América Latina (Monte Avila Editores, Caracas, 1968), las que son a su vez ampliación de un artículo publicado en la Revista Mexicana de Sociología, año XXIX, vol. XXIX, n°. 4 (octubre-diciembre de 1967) y en CIDU, Cuatro ensayos sobre la universidad. (Santiago, 1968).

cuyos miembros son los mismos estudiantes en forma directa, otras están constituidas a su vez por diferentes organizaciones; así por ejemplo, la Asociación de Estudiantes de Medicina de tal facultad o escuela y la Federación de Estudiantes de la misma facultad o escuela. Por último, también pueden clasificarse según la dimensión predominante en su actividad: gremial o política, aunque esta distinción es relativa. Por dimensión gremial se entienden aquellas ideas y comportamientos vinculados en la conquista de beneficios y medidas de protección en favor de los estudiantes como tales; por ejemplo, gratuidad de la enseñanza, abaratamiento de los textos, comedores, becas, etc.

La dimensión política, mucho más compleja, puede considerarse escindida en dos subdimensiones: a) las ideas y comportamientos que se refieren a la definición de los fines de la universidad y a los medios esenciales para implementarlos; b) las ideas y comportamientos que se refieren a la definición de los fines de la sociedad nacional, a las grandes opciones que plantea su conducción, en síntesis, a la política; dentro de esta subdimensión quedan incluidos, desde luego, los problemas de política internacional.

Si a estas diversas dimensiones se agrega la existencia de organizaciones informales se tendrá una primera aproximación a un problema muy complejo.

Por un lado, las articulaciones entre las diversas organizaciones y entre las distintas dimensiones de su actividad plantean problemas sumamente delicados, cuya solución varía considerablemente según las coyunturas; el grado de institucionalización de las normas es muy variable y la definición de competencias un fenómeno cambiante. A veces un problema comienza planteándose como si afectase únicamente la dimensión gremial de la asociación de una escuela determinada; pero alguien dentro de ella descubre que tiene una importante dimensión política inadvertida hasta ese momento; luego se toma conciencia que esta última es de tal carácter que afecta a toda la comunidad estudiantil y que debe ser resuelta por los organismos superiores. La probabilidad de un proceso de este tipo aumenta con el grado de politización de los estudiantes, y también con la esperanza que pueden abrigar algunos de los integrantes de la organización de primer grado, de contar con una mayor probabilidad para obtener una decisión favorable en los niveles más elevados.

Debe tenerse en cuenta, además, que dentro de cada asociación, y a veces más allá de sus límites, existen organizaciones formales o informales que agrupan a una parte de los integrantes en virtud de comunes convicciones gremiales o políticas. Esos diversos grupos compiten entre sí, y en distintos niveles, por la conquista del poder; a esos fines forman complejas alianzas que no son necesariamente las mismas en

las organizaciones de primer grado que en las de segundo o tercero. Aunque quizás sea obvio, pero siempre conviene recordarlo, la política en el seno de los movimientos estudiantiles puede ser tan compleja como la nacional.

¿Cuáles son las formas y la intensidad de la participación estudiantil? Habría que distinguir entre la no participación, la participación pasiva y la activa. En la participación pasiva el estudiante se limita a cumplir los requisitos mínimos necesarios para no perder su calidad de miembro de la organización, el pago de una cuota por ejemplo. En la activa cabría distinguir, en un primer grado, al estudiante que interviene en asambleas o reuniones; en un segundo grado, participa en la dirección desempeñando cargos o actuando como consejero de quienes los ocupan. Estas distinciones corresponden a lo que podría llamarse los períodos normales; los excepcionales, en casos de huelgas por ejemplo, plantean algunos problemas peculiares. Así, durante una huelga decretada por una organización estudiantil no concurrir a clases puede ser una forma totalmente pasiva de participación; pero, en cambio, concurrir es un comportamiento activo que implica desafiar las normas de la comunidad estudiantil.

Los estudios existentes muestran que la participación activa, en particular durante los períodos normales, puede estimarse en un porcentaje muy bajo de estudiantes, contrariamente a las impresiones generalizadas. Hasta la participación pasiva es reducida en muchos países; y aunque pueda pensarse que lo que ocurre con la participación pasiva carece de interés, no es así, sin embargo. Si quienes participan pasivamente son muchos, y se limitan a pagar una cuota por ejemplo, los recursos que están en condiciones de movilizar los que participan activamente son, desde luego, mucho más significativos que en el caso contrario.

Esa participación activa, generalmente baja, tiene variaciones considerables según las facultades o escuelas, dentro de una misma universidad. Un estudio, ^{6/} por ejemplo, indica que los estudiantes de historia y de sociología tienen el más alto grado de participación en tanto que los de ingeniería el más bajo, fenómeno que parece bastante universal a juzgar por la experiencia de los movimientos europeos y norteamericanos más recientes. Estas comprobaciones permiten concluir que las diferencias en materia de participación se deben en parte, al menos, a diferencias en la socialización a que es sometido el estudiante cuando ingresa a la universidad. Las normas que imponen una participación activa son más fuertes en unas facultades o escuelas que en otras.

^{6/} Véase, entre otros, Myron Glazer, "El proceso de socialización profesional en cuatro carreras chilenas", en Revista Latinoamericana de Sociología, 66/3, pp. 333-367.

Toda organización invita a sus miembros a participar, y al hacerlo establece una concepción del papel del estudiante que se trata de transmitir a los que ingresan; aunque el número de quienes responden activamente sea reducido, de todos modos, vale la pena analizar esa concepción.

Las distintas organizaciones y los diferentes grupos estudiantiles no conciben ese papel de la misma manera; pueden darse muchos matices, desde un papel concebido alrededor de dimensiones gremiales con un débil trasfondo político, hasta uno esencialmente político, donde lo gremial es puramente secundario. La parte que cada una de las dimensiones desempeña no sólo depende del tipo de organizaciones y grupos considerados, sino también muy particularmente de la coyuntura. En determinadas circunstancias, por ejemplo, la amenaza de un golpe de Estado hará que las dimensiones políticas adquieran prioridad.

¿Cómo se legitiman ese papel o las dimensiones políticas del mismo? En algunos casos parece que depende más de la calidad de universitarios que de la de ciudadanos, en otros se legitima en términos de ciudadanos-universitarios, y en los menos por la simple calidad de ciudadanos. Siempre, por lo menos en parte, se afirma la idea que el universitario como tal debe ejercer un papel político. La justificación más común consiste en afirmar que el universitario es un privilegiado y que, por tanto, debe devolver a la sociedad algo de las ventajas que recibe de ella. Este postulado es indiscutible, particularmente en el caso de América Latina; aunque es mucho más controvertible la consecuencia que de aquí se infiere: la mejor manera de servir a la sociedad sería asumiendo ese papel político-social. De todos modos esta concepción elabora una imagen para la cual es desdeñable el estudiante que es sólo y únicamente estudiante.

En estas condiciones es fácil comprender que, cuanto más intenso es el predominio de este criterio, la dimensión que la legitima de manera cada vez más exclusiva es la ideológica. 7/ Una fuerte tendencia a legitimar ideologías izquierdistas lleva a la mayoría de los pocos estudiantes activos a colocarse, al menos en el plano de la ideología profesada, en contradicción con los intereses de sus propias clases, que son casi exclusivamente las medias y las altas.

3. Movimientos estudiantiles, sociedad global y socialización

La pertenencia de clase y las adhesiones ideológicas apuntan a un problema esencial para el conocimiento de las relaciones del movimiento estudiantil con la sociedad global. Dos posi-

7/ Glauco Soares y Loreto Hoehcker, "El mundo de la ideología", en Youth in contemporary society, UNESCO, op. cit.

ciones igualmente erróneas son muy comunes. Algunos perciben al movimiento estudiantil dotado de una formidable autonomía que lo explica todo por sí mismo; otros, en cambio, lo considerarán, como siempre, al servicio de intereses extraños a él, al servicio de ideologías o partidos de la sociedad nacional o, lo que juzgan todavía peor, extraños a ella. Lo curioso es que las mismas personas aplican diferentes explicaciones según los movimientos estudiantiles considerados o las coyunturas en que éstos actúen. Los hechos más visibles utilizados habitualmente para autorizar una y otra explicación, parecen contradictorios; en ocasiones, en apariencia, caen gobiernos como resultado de manifestaciones estudiantiles, en otras, movimientos estudiantiles de larga tradición combativa han ofrecido muy poca resistencia a quienes lo atacaban directamente.

La hipótesis más razonable parecería considerar relativa la autonomía del movimiento estudiantil; y cuando éste asoma en el primer plano como causante de hechos decisivos en la vida política y social, es porque cuenta con el apoyo de muchos otros grupos y de muchos otros movimientos a los cuales puede incluso convenir dejarlo en el lugar más visible. Y a la inversa, cuando un movimiento estudiantil ve desaparecer la influencia que antes tuvo, por lo menos en apariencia, es porque los otros grupos y movimientos lo han abandonado.

Múltiples ejemplos podrían darse de este fenómeno. Basta mencionar uno: la Reforma de Córdoba de 1918, que formuló lo que podría llamarse la Carta Magna del movimiento estudiantil latinoamericano; en muchos de los análisis hechos sobre el mismo se parte del supuesto que el movimiento estudiantil habría triunfado por sus propias fuerzas, contra el anquilosamiento de la Universidad y los intereses comprometidos en mantenerlo. Nada más incorrecto. No parece posible explicar el triunfo descuidando el hecho que contó con el apoyo de grupos políticos y sociales ajenos a la Universidad, los que a su vez estaban adquiriendo creciente fuerza y predicamento en la sociedad argentina de la época. Fue el apoyo del grupo irigoyenista, dentro del Partido Radical, el que aseguró la aceptación de los postulados reformistas; en cambio el movimiento fue mirado con mucha desconfianza, por hombres como Juan B. Justo. Más adelantada la década del 20 se advierten retrocesos y se derogan algunas de las conquistas obtenidas; este hecho también sería ininteligible si se le quisiera entender puramente en términos de la relación estudiantes-autoridades universitarias. Sólo puede explicarse en el contexto general de la presidencia de Alvear, que representa a grupos más moderados, en el aspecto político, dentro del Partido Radical. Si esas marchas y contramarchas se explican por contextos políticos diferentes, el éxito general de la Reforma es, por tanto, mucho más que el producto de la acción de los estudiantes; es una de las consecuencias de una transformación estructural de la sociedad

argentina: el ascenso creciente de las clases medias y sus aspiraciones de participación social y política. El movimiento orientado al logro de la ampliación y mayores facilidades para el acceso a la Universidad y al profesorado, constituye un aspecto de una lucha mucho más general de las clases medias.

También en la Argentina puede encontrarse el ejemplo contrario. El movimiento estudiantil, pese a una fuerte movilización no pudo impedir la sanción de la ley de universidades privadas de 1958, ni la intervención de 1966 frente a la que reveló todavía menor capacidad de lucha. En el primer caso muy pocos grupos estratégicos lo apoyaron; en el segundo prácticamente ninguno.

Muchos casos análogos podrían citarse en casi todos los países de América Latina. Las posibilidades de éxito y los fracasos del movimiento estudiantil están profundamente condicionados por la actitud de otros grupos; factor que a veces obliga a un comportamiento socialmente poco llamativo: es la hora del repliegue. La mayoría de los participantes activos adquiere conciencia que no puede realizar sus aspiraciones, y para evitar males considerados mayores se abstiene de participar en actos públicos, manifestaciones, etc. El observador inadvertido piensa que el movimiento estudiantil ha muerto, cuando realmente continúa existiendo en forma limitada, a la espera que una nueva coyuntura le permita asumir, otra vez, un papel protagónico.

Esta interrelación entre los movimientos estudiantiles y los grupos externos se hace más compleja todavía porque los primeros están integrados por diferentes grupos, con distintas demandas que, de alguna manera, deben conciliarse si quiere evitarse la lucha abierta entre los mismos estudiantes.

Los activos, que son pocos, apelan a una masa mayoritariamente indiferente. ¿Cómo es posible movilizarla? Se trata de un problema tan importante como poco estudiado. Para formular algunas hipótesis parece necesario despejar previamente algunos equívocos. En primer lugar, recordar el hecho muy obvio que esa capacidad de movilización es muy variable según las coyunturas. En segundo lugar, que no debe confundirse la "visibilidad" social de los movimientos estudiantiles con la movilización efectiva; muchos resultados espectaculares se han logrado sin necesidad de recurrir a ella. Un caso muy típico lo constituyen algunas ocupaciones de facultades o escuelas efectuadas para obtener determinadas reformas; a menudo los ocupantes no son más de veinte o treinta, quienes a su vez se van turnando, de tal manera que a determinadas horas sólo hay al mismo tiempo cuatro o cinco. Los periódicos, la radio, la televisión destacan la "noticia" más que el hecho, y el público tiene la impresión que una cantidad significativa de estudiantes han movilizado a otros muchos para terminar imponiéndose a las autoridades universitarias, gobierno, policía, etc. La reali-

dad es muy distinta; fuera de los ocupantes, la inmensa mayoría es indiferente a las cuestiones planteadas y los pocos que se oponen a los intrusos carecen de estímulos para asumir una participación tan activa como sería desalojarlos. A su vez, las autoridades universitarias no suelen hacer nada efectivo porque están profundamente divididas, o porque están de acuerdo, o porque restan importancia a la cuestión, o también porque temen intervenciones del gobierno que afecten la autonomía universitaria. El gobierno, por fin, tampoco hace nada efectivo porque está obligado a respetar esa autonomía, o porque los ocupantes son simpatizantes suyos, o porque cediendo en la coyuntura espera obtener una mejor situación en relación con el proceso universitario global. Como es natural algunas de estas diversas causas, de plural significado y alcance, pueden complementarse entre ellas; la resultante suele ser el triunfo de la ocupación por consenso tácito. Parece mucho mayor la inercia -inercia que puede ser interesada en determinadas oportunidades- de los demás grupos que la fuerza real de los ocupantes lo que permite el éxito de estos últimos. El andamiaje no se desmorona porque nadie lo sacude, y nadie lo hace por razones que pueden ser muy distintas y hasta contradictorias. No todas las ocupaciones responden, desde luego, a este modelo descrito para probar que no debe confundirse "visibilidad" con "movilización" de la masa estudiantil. Casos semejantes suelen repetirse cuando grupos pequeños sostienen muy enérgicamente demandas que los demás perciben como de objetivos limitados, o cuando se lanzan, como primer ensayo de entrenamiento de una operación mucho más ambiciosa, y para la cual están probando sus fuerzas.

En otros casos se obtiene, realmente, una importante movilización; pero los medios para lograrla son muy variados. La participación en una ideología común no tiene la importancia que reviste para los pocos activos. En consecuencia, éstos tienen que combinar de alguna manera cuestiones de interés concreto para los estudiantes con demandas de carácter más general. En un documento como el Manifiesto de Córdoba de 1918 se reclama la participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad, se afirman los principios de la autonomía universitaria y la gratuidad de la educación, se expone la necesidad de cursos de extensión para las clases trabajadoras, se insiste sobre el derecho a la asistencia optativa a los cursos, la apertura de las aulas y laboratorios a todos los que poseen las calificaciones necesarias con independencia de su posición económica y social, amén de formularse declaraciones diversas sobre política general. La nota típica de esta enumeración se advierte en todos los documentos que han logrado concitar el apoyo general de los estudiantes: la adecuada dosificación entre las dimensiones gremiales y las políticas. Hay demandas políticas importantes y realizables:

la participación en el gobierno de la universidad; otras también importantes, pero en cuyo difícil logro el papel de los estudiantes es necesariamente menor, así el acceso a la universidad con independencia de las clases sociales a las cuales se pertenece; otras, por fin, más sensiblemente gremiales y pedestres, como la asistencia a los cursos.

Las posibilidades que tiene el movimiento estudiantil de actuar como unidad pese a la apatía de la gran mayoría y las divisiones internas parece depender, sobre todo cuando los objetivos principales poseen un carácter acusadamente político, de la pluralidad de fines y de su dosificación oportuna. A su vez las variables más importantes para explicar las posibilidades de los dirigentes de movilizar a la masa parecen depender de la naturaleza de los objetivos, del real comportamiento exigido a los estudiantes y del comportamiento de los dirigentes en otras esferas.

Cuanto más política es la naturaleza de los objetivos más difícil se hace lograr una intensa movilización. El conflicto que se plantea alrededor de objetivos políticos sólo desaparece cuando éstos son muy generales y abstractos, pero en ese caso obtener una movilización activa también se hace difícil; de allí la importancia de la mezcla de los objetivos y, como en cualquier acción política, la pluralidad de objetivos declarados facilita el apoyo de grupos diversos.

El carácter del comportamiento efectivo que se exige parece tener mucha importancia. El origen social de los estudiantes, si bien permite, y en algunas situaciones estructurales quizás favorece, el radicalismo político en el plano ideológico y declarativo, limita simultáneamente las posibilidades de un comportamiento efectivo de acuerdo a la formulación ideológica, que comprende elementos sobre los cuales los estudiantes tienen muy poco poder efectivo. La igualdad social, la supresión de la explotación del hombre por el hombre son objetivos tan hermosos como alejados de las posibilidades reales de los estudiantes. Por otro lado, la afirmación de esos principios se acompaña de actitudes y comportamientos que demuestran a las claras que los estudiantes se consideran como un grupo diferente, al que no comprometen totalmente las obligaciones del ciudadano común. Hay en esto una gran ambigüedad que, desde luego, no es privativa de los estudiantes; los "superiores" no dejan de considerarse como tales porque proclamen la necesidad de la igualdad. De ahí que cuando se trata de pasar de las declaraciones radicales a un comportamiento que, efectivamente, se corresponda con ellas, es muy difícil obtener una intensa movilización; pues también es arduo hacerlo con los que participan activamente en circunstancias normales. Una excepción aparente se percibe cuando los estudiantes están apoyados por muchos otros grupos suficientemente poderosos como para destruir la situación existente, para hacerse un

lugar en ella o para desafiarla con probabilidades de éxito. Pero en este caso, cuando participan muchos estudiantes que antes jamás lo habían hecho, el conflicto político y social genera grupos capaces de triunfar en determinada coyuntura; grupos para los cuales el comportamiento del movimiento ya no es extremista ni radical. Es todo un sector de la sociedad el que acompaña a los estudiantes y a quienes éstos acompañan.

La tercera variable, el comportamiento de los dirigentes en otras esferas adquiere gran importancia. Suponiendo la igualdad de las demás condiciones, cuanto mayores sean los beneficios que los dirigentes parezcan haber obtenido en la esfera gremial, tanto mayor será la libertad de acción que disfruten en la esfera política. Ese margen de libertad no es, desde luego, absoluto, aunque en el plano de las declaraciones se aproxima casi al máximo.

Variables tan complejas, y que pueden influir en sentidos contradictorios, crean siempre la posibilidad que los dirigentes perciban erróneamente el eco que tiene entre los dirigidos. A veces se produce un fenómeno de hastío en materia de politización, de discontinuidad profunda entre dirigentes y dirigidos como la ya advertida en Buenos Aires antes de la intervención de 1966.^{8/}

Si el movimiento estudiantil está profundamente relacionado con la sociedad global, si sus éxitos y fracasos sólo pueden comprenderse en función de esa relación, para comprenderlo es necesario considerar otros aspectos de la misma.

4. Funciones sociales, autonomía e ideología en los movimientos estudiantiles

Muchas veces se ha observado que en épocas de gobiernos muy estables, ya sea por el consenso, ya sea por la fuerza, los movimientos estudiantiles tienden a perder importancia, en tanto que la misma aumenta durante las coyunturas críticas. En algún sentido, la observación es casi una tautología pero da un indicio para introducirse en algunos problemas. Supuesta una sociedad plural donde numerosos grupos están en conflicto por la disputa del poder, o por aumentar el que ya tienen, las funciones de los movimientos estudiantiles pueden ser muy variadas. Las universidades son centros de poder y es realmente extraña la escasa atención que se ha prestado a este hecho. Centros de concentración de recursos, de asignación de posiciones ocupacionales internas y requisito fundamental para asignar algunas externas a ellas, las universidades, que entre otras cosas, monopolizan la enseñanza superior en América Latina desempeñan por sí mismas un papel importante

^{8/} Juan Osvaldo Inglese y otros, "Comportamiento de estudiantes y dirigentes", en Universidad y estudiantes (Editorial Libera, Buenos Aires, 1965).

en la distribución del poder. Una de las funciones principales de la autonomía universitaria es precisamente preservar ese carácter, afirmando una cierta independencia de la institución.

En muchos casos la universidad es el único o casi único canal de acceso al poder al alcance de ciertos grupos; para éstos afirmar su posición dentro de la universidad tiene una significación en sí misma y además como plataforma para aumentar su parte correspondiente en la distribución del poder en la sociedad global. Este fenómeno es muy claro y visible cuando ciertos grupos minoritarios en la política nacional son los dominantes en el seno de la universidad. Todo parece ocurrir como si hubiera un pacto tácito por el cual los grupos dominantes abandonan una parte del poder social ejercido en beneficio de otros grupos, en tanto éstos no superen ciertos límites de acción. La autonomía brinda entonces la definición de una esfera donde el poder se distribuye de manera diferente que en el resto de la sociedad; en este caso hay un conflicto institucional que, en forma manifiesta o implícita, subyace de modo permanente. El gobierno espera que los grupos dominantes en la universidad no excedan límites no muy bien definidos; los otros, por su parte, esperan el celoso respeto de la autonomía. En estos casos, los movimientos estudiantiles de izquierda establecen un modo más de sostener un orden constituido, el que reina en la universidad, y un instrumento de un "anti-orden constituido", el que impera en el resto de la sociedad. Esta situación de difícil equilibrio inestable puede durar largo tiempo; pero siempre está amenazada por la decisión de los grupos dominantes extrauniversitarios de apoderarse definitivamente de la universidad.

Una situación bastante diferente surge cuando todos los grupos políticos importantes de la sociedad global están representados dentro de la universidad, aunque lo estén en proporciones un tanto diferentes. La batalla interna es, por consiguiente una prolongación de la externa, y las diferencias de radicalización sólo son de matices. Glazer ha mostrado, por ejemplo, cómo en Chile la inmensa mayoría de los estudiantes tiene la misma filiación política que sus padres.^{9/}

Muchas otras situaciones pueden concebirse y se ofrecen en la realidad; pero para los objetivos de este estudio bastan las mencionadas para orientarse en las diferentes funciones sociales del movimiento estudiantil.

Por un lado, es un campo de selección y de entrenamiento de futuros líderes políticos, y esa función la cumplen tanto para los grupos políticamente dominantes como para los otros. Lo que sí varía según las situaciones estudiantiles y las coyun-

^{9/} Myron Glazer, "Las actitudes y actividades políticas de los estudiantes de la Universidad de Chile", en Aldo E. Solari, Estudiantes y política en América Latina, op. cit.

turas son los grupos más beneficiados por esa función. La importancia de este mecanismo revela que en América Latina hay pocas instituciones fuera de la universidad que puedan cumplir adecuadamente una función tan decisiva.

Por otra parte esa función de reclutamiento se cumple para asignar papeles de nivel relativamente alto. Los dirigentes estudiantiles obtendrán importantes posiciones jerárquicas dentro de los partidos políticos, y quienes tienen ese origen comienzan, como término medio, desde un punto de partida más elevado que el resto de los que hacen su carrera en la jerarquía de los partidos.

En tercer lugar, los movimientos estudiantiles son un medio de inserción en la jerarquía ocupacional interna de la universidad. Cuando, como ocurre en algunos países, el ingreso a los partidos dominantes en funciones de importancia se ve dificultado, la universidad, como sistema jerárquico de posiciones, brinda posibilidades de movilidad que no dependen de la vinculación con la clientela de aquéllos, aunque pueda implicar la formación de otros sistemas de clientela.

En todos los casos la autonomía que, desde luego, es indispensable para las universidades por muchas razones que no corresponde considerar aquí, tiene además la función de preservar una cierta independencia del movimiento estudiantil, que lo convierte en una fuente de poder. Esa fuente es una plataforma para los dirigentes; a partir de ella pueden escoger diversas direcciones, pero en cualquiera que adopten tiene una considerable probabilidad de partir de una posición relativamente alta o, por lo menos, más alta que cualquier otro mecanismo de ascenso. Tanto para el dirigente que representa de modo ostensible a algunos de los partidos admitidos, como para el que representa organizaciones clandestinas, como también para el que orienta y conduce movimientos nuevos, la posición en la estructura de poder del movimiento estudiantil es un medio de movilidad cuyo objetivo es ingresar a algún sistema de poder, puesto que ya disponen de un poder detrás de ellos.

En otros casos ocurre que ciertas tendencias políticas son reprimidas en la sociedad, ya sea porque son declaradas ilegales y sólo pueden actuar clandestinamente; o porque de hecho, se les priva de una serie de canales de expresión. Es frecuente que en estas circunstancias las universidades puedan llegar a ser las únicas instituciones sociales que las acogen en su seno o el único lugar donde pueden manifestarse libremente, llegando inclusive a utilizar los canales de comunicación de la propia universidad. Los movimientos estudiantiles, o una parte de ellos suficientemente importante, protege lo que consideran su derecho a manifestarse, compartan o no todos sus planteamientos. En ese caso, a poco que se suponga que esas tendencias políticas tengan funciones innovadoras -lo que ocurre frecuentemente en América Latina- los movimientos estudian-

tiles fortifican una función de innovación social, aunque no siempre su comportamiento efectivo haya coincidido o coincida con sus ideologías manifiestas. Pero esa función ha sido particularmente importante cuando, de algún modo, los movimientos estudiantiles constituyen una parte de las fuerzas, por momentos la más visible, que existen en la sociedad global y que no son por cierto juveniles.

Las diversas combinaciones de todos estos factores generan una gran cantidad de posibilidades concretas; aun cuando las situaciones puedan parecerse tienen una significación profunda muy distinta según sea la situación estructural donde se insertan. De allí también la variedad de combinaciones ideológicas y la diversidad de sus estructuraciones en movimientos concretos.

En casi todas las universidades existen grupos estudiantiles que aunque tienen ideologías políticas y piensan que la universidad debe defender algunos de sus principios, en general muy abstractos, se oponen tanto a la introducción de la política partidista dentro de la universidad como a poner a ésta al servicio de intereses entendidos como extraños a ella. Estos grupos poseen una importancia muy diversa según las universidades y según las diferentes coyunturas dentro de una misma universidad; pero rara vez desaparecen. En algunas ocasiones pierden terreno, y frente a lo que muchos estudiantes perciben como excesos de los grupos más politizados vuelven a reconquistarlo. Quizás, y salvo circunstancias excepcionales, la gran mayoría de los estudiantes se opone a la agitación permanente, en gran parte porque es pasiva; la dificultad consiste en que por la misma pasividad que la caracteriza se hace muy arduo que pueda articularse de modo organizado; pero tampoco puede desconocerse que es también en ella donde el "gremialismo" encuentra siempre una fuente de apoyo considerable. Desde luego que el carácter apolítico que generalmente se atribuye al gremialismo es, con frecuencia, un fenómeno aparente; muchas veces es la bandera que levantan participantes activos que se saben minoritarios en un planteamiento decididamente político para obtener el apoyo de la masa indiferente o hastiada de la politización. Si se modifican las circunstancias, las vinculaciones políticas del grupo dirigente "gremialista" se revelan entonces muy claras.

Además del grupo estudiado, desde el centro izquierda hasta la extrema izquierda, aparecen numerosas ideologías: socialistas, comunistas, partidarios de la revolución violenta, son sólo una parte, la más conocida y, a veces, la más importante de ellas. Pero suelen darse muchas divisiones internas con la consiguiente formación de numerosos grupos pequeños, por consiguiente, nada más lejos de la verdad que la convencional imagen de la unidad de la ideología estudiantil, aun cuando el análisis se limite, lo que es abusivo por lo demás, a esos grupos. La

unidad, cuando se logra, sólo se alcanza alrededor de ciertos temas, sobre todo el anti-imperialismo y la necesidad de cambios profundos que son los que fatigan, para usar un término tan caro a Borges, las proclamas estudiantiles. Pero el contenido de esos objetivos y los medios para conseguirlos se conciben de muy diverso modo. Fervorosos anti-imperialistas son considerados por otros grupos anti-imperialistas como si fuesen real y efectivamente pro-imperialistas; algunos partidarios de la transformación violenta juzgan a otros que se declaran también sus partidarios como peligrosos defensores del *statu quo*, etc. El hecho mismo que los estudiantes dispongan de muy escaso poder, salvo en circunstancias excepcionales, desde luego, los lleva a multiplicar hasta el infinito sus querellas teóricas, y por tanto, les impide ahondar la verdadera estrategia de un camino revolucionario; de esta manera se alejan cada vez más de la posibilidad de obtener un apoyo real de los grupos a los cuales teóricamente podrían acercarse y a los que efectivamente intentan unirse: los sindicatos y la clase obrera en general. Ni los obreros hablan el mismo lenguaje ni los sindicatos pueden comprometerse en una acción cuyos objetivos parecen tan lejanos y tan poco ligados a la realidad cotidiana. La tragedia de algunas ideologías estudiantiles consiste en que llaman a una transformación en beneficio del pueblo, hecha por el pueblo mismo; es decir, más allá del paternalismo tradicional, y sin embargo, no encuentran casi ningún apoyo en el pueblo, salvo en circunstancias muy especiales, cuando unos pocos se convierten en la expresión de muchos. Si a esto se suma el origen social de los estudiantes universitarios se comprenderán las contradicciones existentes entre la ideología y el comportamiento efectivo, entre un ideal de pureza, por el cual se auto-definen los estudiantes, y cuyo resultado último se expresa en esta aparente paradoja: a medida que se extrema la pureza el movimiento estudiantil va quedando aislado y sin poder; y por otro lado, la satisfacción del ideal que consiste en provocar cambios reales y profundos sólo pueden lograrse por la vinculación con otros grupos, vale decir, alcanzar el poder, siquiera de manera transitoria, puede lograrse a expensas de la pureza de esos mismos ideales.

Una investigación de gran interés sería, justamente, un estudio comparativo de los diversos ensayos que han hecho algunos movimientos estudiantiles por acercarse a las centrales sindicales, las dificultades con que han tropezado y los altibajos de una empresa siempre llena de dificultades. Parece haber una primera etapa en la que, cuando es exitosa, se forman acuerdos que a menudo son muy completos en el plano declarativo. En una segunda etapa, los movimientos estudiantiles ofrecen su apoyo simbólico o real a huelgas obreras, etc. Pero es mucho más difícil que, en las situaciones decisivas, ya sea para los estudiantes, ya sea para los obreros, se pueda llegar

a un comportamiento efectivo realizado de común acuerdo y que tenga un real significado. La aparición, relativamente reciente, de ideologías que ven en los marginales el gran potencial revolucionario es, en buena medida, el producto de las frustraciones de los ensayos efectuados para acercarse a los sindicatos, que a menudo se producen mucho antes de la etapa final que se acaba de mencionar.

A ello se agrega que algunos grupos estudiantiles, compartiendo las ideas de algunas corrientes revolucionarias, perciben a los sindicatos como si estuviesen cada vez más cerca de incorporarse al orden constituido. Esos grupos creen comprobar que los obreros organizados se "aburguesan" cada vez más, que sólo se preocupan de las reivindicaciones materiales y dejan de lado, de hecho, todo esfuerzo de transformación revolucionaria de la sociedad en que viven. Llegados a este punto sólo parecen abrirseles dos posibilidades. Una, que el movimiento estudiantil dedique sus esfuerzos a "concientizar" a los obreros para ayudarlos a asumir la función revolucionaria que deberían tener. Esa tarea es todavía más difícil que los intentos mencionados anteriormente de formar alianzas con los obreros; mas a pesar de ello, algunos grupos la ensayan. Otros, en una versión más extrema de la misma corriente de opinión, consideran a los obreros como irremisiblemente perdidos para las fuerzas revolucionarias. Se forman entonces movimientos que ya sea porque comparten plenamente esta última opinión; ya porque han visto frustrados sus esfuerzos de "concientización" o porque piensan que deben acompañarlos del llamado a otras fuerzas, desembocan en la idea del potencial revolucionario de los marginales.

A estos análisis -cuya verdad o falsedad no cabe discutir aquí-, se añade la necesidad de proyectar la ilusión romántica por la acción de fuerzas que, en gran medida por mal definidas y peor conocidas todavía, pueden convertirse en las depositarias de una esperanza de redención. La gran transformación que se espera y no se produce, o que no se produce como se espera, es atribuida a nuevos grupos a los que se imagina poder dirigir y que serán sus motores.

Las tensiones, los problemas y las contradicciones que entonces se plantean no son menores, por cierto, que en el intento de acercarse a los obreros. Las tremendas distancias de lenguaje hacen muy difícil la comunicación de los estudiantes con los marginales. En los raros casos en que esta dificultad ha sido superada en América Latina es muy alta la probabilidad que algunos sectores marginales adopten un lenguaje revolucionario que sólo significa, de hecho, la esperanza de obtener a través del mismo mejoras muy concretas y muy limitadas.

Parece existir una dificultad más importante todavía. Cuando esos grupos estudiantiles, generalmente muy reducidos, intentan la tarea, la gran mayoría de los marginales están ya

encuadrados en otras organizaciones. Cuando esto no ha ocurrido todavía las probabilidades que poseen otros grupos -partidos políticos, etc. - de organizarlos y de proporcionarles un liderazgo parece mucho mayor que las que tienen los estudiantes. Todo parece indicar que, salvo coyunturas excepcionales y difíciles de imaginar, los grupos estudiantiles sólo pueden llegar a ejercer un liderazgo efímero y poco profundo entre los marginales. Pero también es verdad que quienes logren aunque sea estos limitados resultados ensancharán, en alguna medida, las bases de su poder.

5. Unidad y diversidad en los movimientos estudiantiles

Las múltiples ideologías que entran en conflicto a través de los grupos que las sostienen y las técnicas que éstos adoptan en la lucha aparecen también en otras regiones del mundo. Esta circunstancia ha estimulado muchas especulaciones sobre los problemas vinculados a la originalidad y la universalidad del movimiento estudiantil. Algunos teorizadores construyen esquemas según los cuales parecería que todos los jóvenes del mundo, en nombre de principios análogos, estuviesen amenazando a todos los adultos del mundo, aunque por supuesto resulta menos claro en nombre de qué principios éstos se defienden.

Es harto evidente que los estremecimientos estudiantiles agitan las ciudades de los más diversos rincones del mundo; también lo es el hecho que manifiestan ideologías muy similares o que parecen serlo. Hay una fertilización cruzada en materia de ideologías. Los estudiantes europeos pasean retratos y frases del Ché Guevara, como lo hacen sus coetáneos latinoamericanos; éstos a su vez importan temas desde Europa y algunos desde Estados Unidos a través de Europa. Una idea como la de la participación estudiantil en el gobierno de las universidades que, hasta hace muy poco, era completamente desconocida en Estados Unidos y Europa, y que allí parecía una extraña y absurda curiosidad característica del subdesarrollo, ha cobrado una fuerza enorme durante los últimos movimientos europeos y norteamericanos. La universalización de los medios de comunicación de masas explica la rápida trasmisión de temas e ideas a cualquier parte del mundo.

Esas analogías no se dan sólo al nivel ideológico pues aparecen también en las técnicas de acción: huelgas, barricadas, ocupación pacífica o violenta de los edificios universitarios, incendio de autobuses, paralización del tránsito, etc., se repiten por todas partes. Estos recursos no sólo son fácilmente transmisibles sino que deben reproducirse puesto que su número es necesariamente limitado.

De estas similitudes parecería muy fácil concluir que existe una identidad de causas, pero esta conclusión sería muy superficial. En primer lugar las analogías son menos signifi-

cativas de lo que pueden parecer a primera vista. Porque tan importante como saber cuáles son los temas que aparecen con mayor insistencia en las manifestaciones de una ideología es conocer el orden de prioridad que se les atribuye; si se toma uno como la condenación de la Guerra del Vietnam, que aparece en los movimientos estudiantiles de casi todo el mundo, puede observarse que si bien todos coinciden en la condena, en cambio están muy lejos de hacerlo por las mismas razones. En segundo lugar, cualquier observador puede percibir que la importancia misma del tema en la ideología estudiantil varía considerablemente aunque se consideren, dentro de cada país, sólo a quienes coinciden por entero en la condenación. Así la importancia del tema Vietnam dentro del movimiento estudiantil chileno es, por ejemplo, a todas luces menor que la que tiene entre los estudiantes uruguayos.

Estas razones han hecho que autores más avisados tiendan a trasladar la idea de la universalidad de la rebelión estudiantil no tanto a las expresiones ideológicas o a las técnicas de acción concretas, como a la repetición de dos cuestiones que sí serían notas comunes: la rebelión contra la sociedad y la rebelión contra la Universidad. En casi todas partes los estudiantes levantarían la bandera de resistencia contra la sociedad en la cual viven y contra la universidad que padecen. Este planteamiento merece un análisis más profundo.

La rebelión contra la universidad como tal puede tener manifestaciones análogas en diversos países, pero esto no quiere decir que ellas tengan la misma significación profunda.

En Europa, de la que nos ocuparemos en lo que sigue, se han dado dos explicaciones que a primera vista parecen contradictorias, y así lo han percibido muchos de los partidarios tanto de una como de la otra. Para algunos, la causa esencial de la rebelión sería la inadecuación de las universidades para cumplir su función específica actual: la formación de especialistas. Para otros, en cambio, la causa consistiría en el hecho que los estudiantes perciben a la universidad como si estuviese, por su misma función, totalmente al servicio de una sociedad cuya legitimidad niegan. Para la primera explicación la rebelión contra la universidad, aunque encuentra después justificaciones y racionalizaciones ideológicas que las trascienden, está circunscrita al campo universitario; para la segunda, es una manifestación de la negativa a aceptar la sociedad industrial en general, o la sociedad industrial capitalista en particular. Para una, el vínculo de la universidad con la sociedad no funciona de manera adecuada; para la otra, funciona demasiado bien y los estudiantes quieren romperlo. Quizás estas explicaciones no sean tan contradictorias como parecen a primera vista, y exista un haz común de causas que se manifiestan de diversas maneras.

En primer término, debe considerarse que los dos tipos de causas podrían actuar con muy desigual fuerza sobre distintos grupos de estudiantes. En segundo lugar, debe recordarse que ambas causas aparecen ligadas a un fenómeno más profundo: la masificación de la universidad, por lo menos cuando se la compara con el carácter que tuvo en el pasado.

Antes de la masificación las universidades ofrecían a sus egresados no sólo ocupaciones seguras y de un nivel relativamente alto, sino que brindaban a la gran mayoría el acceso a funciones y representaciones de liderazgo social o político. El origen social de los estudiantes, elevado en su gran mayoría brindaba condiciones que favorecían tal resultado.

El papel de preparar líderes sociales y políticos era tan fundamental que aún la formación de especialistas estaba impregnada, sobre todo en las ciencias humanas, de una atmósfera de preocupación por los grandes problemas y las grandes teorías acerca del hombre y la sociedad.

La masificación modifica considerablemente estas condiciones. Para ocupar las posiciones más elevadas de liderazgo social la universidad es cada vez más una condición necesaria pero no suficiente, dado el número abundante de graduados. La universidad como tal sólo es capaz de proporcionar un acceso seguro a funciones especializadas no necesariamente elevadas desde el punto de vista social. El proceso de "degradación" educacional alcanza a la universidad.

Si estas hipótesis fuesen verdaderas habría una unidad profunda en las corrientes de rebeldía contra la universidad y las que parecen alzarse contra la sociedad: son dos reacciones igualmente caracterizadas como de élite. Sólo son concebibles en aquellos que han "internalizado" pautas que afirman su derecho a ocupar una posición relevante en la sociedad. Este hecho se confirmaría porque la rebelión en Europa no se manifiesta en toda la enseñanza superior, sino sólo en las universidades. Los alumnos de los institutos tecnológicos, que tendrán un destino socialmente inferior al de los universitarios, no se rebelan; y en parte esto se explica porque como tienen un origen social inferior no se sienten frustrados por el destino que les aguarda. Tampoco lo hacen en Francia los alumnos de las "Grandes Ecoles" cuyo origen social es más alto, pero que tienen un destino ocupacional asegurado.

Por un proceso no del todo conocido, la inseguridad con respecto al futuro se transforma en rebeldía. Y la paradoja consiste en que una protesta esencialmente de élite se traduce en una afirmación de valores igualitarios por lo menos en el plano de las declaraciones.

En América Latina la situación es muy diferente y no puede explicarse de la misma manera. El fuerte compromiso académico con la universidad que hasta hace poco existió en Europa desapareció hace tiempo en América Latina, si alguna

vez existió. Las demandas para modificar la estructura de la universidad derivan mucho más del importante papel que ésta desempeña en la distribución del poder que de los aspectos académicos propiamente dichos. Cincuenta años después de la Reforma de Córdoba, y desde ese punto de vista, impresiona sobremedera advertir los pocos cambios habidos en las universidades. El proceso de masificación todavía no se produjo, salvo en unos pocos países; pero el aumento de la matrícula alcanza ya, en muchos de ellos, tasas que jamás conocieron los países desarrollados, destruyendo casi todas las posibilidades de funcionamiento de las viejas estructuras universitarias. Los estudiantes siguen siendo aún una minoría privilegiada, pero el rápido desarrollo de la matrícula y el escaso dinamismo de las economías dificultan cada vez más a los graduados el arribo a las posiciones de liderazgo social que antes tenían casi todos ellos asegurado.

Más que una rebelión contra la universidad podría hablarse de una lucha de los jóvenes para mejorar la parte que les toca, o presumiblemente les tocaría, en la distribución de las posiciones sociales importantes. El problema se plantea mucho más en términos de poder que en términos académicos; por consiguiente, las cuestiones vinculadas a éstos son realmente secundarias y reflejas. Y aunque algunos repitan temas del movimiento europeo, la situación es harto diferente.

Problemas todavía más complejos plantea la rebelión contra la sociedad. Una precisión previa es indispensable. Este componente aparece en algunos grupos estudiantiles, que se vuelven mayoritarios en determinadas situaciones, pero rara vez incluye a todos. El hecho que quienes compartan esa rebelión sean socialmente los más visibles no permite ignorar esa circunstancia.

La primera pregunta importante se plantea, sin embargo, alrededor de otra cuestión, la de saber hasta qué punto hay rebelión contra la sociedad y hasta dónde un esfuerzo por encontrar una mejor inserción en la sociedad. El papel que desempeñan una y otra dirección puede ser muy diferente según los distintos movimientos estudiantiles, e incluso en el mismo de acuerdo a los diversos momentos y frente a diferentes situaciones estructurales. Si un mismo gran movimiento contiene demandas de los dos tipos, que es por otra parte lo normal, su importancia relativa puede cambiar mucho según las diversas fases. Si los objetivos vinculados a la inserción en la sociedad son en alguna medida satisfechos, el papel de los líderes de la rebelión contra la sociedad disminuirá sensiblemente. Si son muy grandes las resistencias a satisfacer las demandas ocurrirá el proceso contrario. El nivel de radicalización en el punto de partida disminuirá o aumentará según una dialéctica compleja que existe entre los datos iniciales: la universidad y la sociedad. Ese proceso se hizo muy evidente en el movimiento francés de

mayo; los líderes radicales tuvieron un ascenso fulgurante y una no menos fulgurante decadencia. Los posteriores resultados de las elecciones estudiantiles en Alemania indican el escaso eco que le resta a Rudi Deutsche; pero esa audiencia podrían reconquistarla él u otros líderes radicales en diferentes coyunturas. Y procesos análogos se han registrado muchas veces en América Latina. Los grupos más extremos, los más visibles y más temidos por quienes sostienen el statu quo, parecen tener la función, seguramente no deseada, de ayudar u obligar, a satisfacer demandas moderadas; una vez resueltas éstas su audiencia tiende a disminuir.

Una segunda pregunta importante se plantea cuando se trata de determinar contra cuál sociedad se pronuncia la rebelión. Mucho se ha insistido acerca del papel que en Estados Unidos y Europa representa la negación de la sociedad industrial. Con todo la negación radical parece propia de una minoría. Por su parte la mayoría parece estar dispuesta a darse por satisfecha con concesiones que no alteran por cierto las bases de la sociedad industrial como así tampoco la alienación que la caracteriza. Pero cualquiera sea el valor de la explicación y cualquiera sea la audiencia que alcanza en los movimientos estudiantiles la rebelión contra la sociedad industrial, cabe reconocer que existe en Estados Unidos y Europa. Pero en América Latina no es la sociedad industrial que los estudiantes enfrentan, sino más bien sociedades semi-industrializadas y dependientes. ¿Qué sentido tienen los grupos, realmente muy minoritarios, que parecen negar la sociedad industrial? Varias hipótesis parecen posibles. Por ejemplo, podría pensarse que se trata de una anticipación a muy largo plazo, aunque algunos elementos negativos de la sociedad industrial ya se perfilan en América Latina como se ha visto antes. La primera dificultad de esta hipótesis reside en los obstáculos que surgen para admitir la autenticidad de un movimiento que enfrenta una experiencia puramente intelectual. La segunda dificultad se advierte cuando se comprueba que la negación de la tecnología y de sus efectos parece realmente menor dentro de la ideología. En síntesis, en la medida que el fenómeno existe la parte que equivale a simple imitación parece la más importante. Sería absurdo reprochárselo a los jóvenes o considerarlo un signo de inmadurez; en América Latina abundaron los intelectuales adultos que, sin experiencia alguna de la guerra, ni de la ocupación extranjera, ni de los campos de concentración, o tantos fenómenos similares, comparable a la que tuvo un europeo contemporáneo, han remedado los temas, las ideas y los procedimientos dramáticos de Jean Paul Sartre, para sólo citar un ejemplo. Otra hipótesis, que no excluye por cierto la idea de remedo contenida en la anterior, consiste en señalar el papel que puede desempeñar, aunque esto pueda parecer una paradoja, la

adhesión a un sistema de valores tradicionales. Diversos autores han tratado de señalar^{10/} la escasa penetración que tienen en los movimientos estudiantiles, y en el sistema de enseñanza en general, los valores propiamente modernos, es decir, los ligados a la maduración de toda sociedad industrial sea ésta capitalista o socialista. Debajo de la negación de los valores del capitalismo, cuando aparece, hay muchas razones para sospechar que se oculta la negación de los valores de la sociedad industrial o, por lo menos, una resultante confusa donde tienen significativa influencia los valores tradicionales. Tampoco en esta situación los jóvenes están solos; actúan sobre ellos los mismos mecanismos que llevan a muchos intelectuales a prevenir contra los peligros de la ciencia y la tecnología, repitiendo a europeos y norteamericanos, pero olvidando al mismo tiempo que esos peligros, cuando son reales, están radicados más bien en la escasa y deformada penetración que tienen en América Latina, y que estas formulaciones se convierten en un obstáculo adicional que tiende a privar a los latinoamericanos, particularmente a los más desheredados, de los beneficios innegables que ellas comportan y que son, a menudo, silenciados. Ciertas formas de humanismo han sido siempre en América Latina manifestaciones del conservadurismo social.

Lo que puede aparecer como más auténtico en los movimientos estudiantiles no es, pues, la negación de una sociedad que ignoran, sino la de la sociedad subdesarrollada y dependiente a la que realmente pertenecen. Pero salvo movimientos muy minoritarios, y por lo demás excepcionales, la parte de inserción en es mucho mayor que la parte de rebelión contra la sociedad. El desafío al statu quo es una manera de inserción, ya que en muchas sociedades quienes lo hacen, jóvenes y adultos, tienen alguna participación en la distribución del poder. Sólo en coyunturas muy especiales, cuando a ciertos grupos se les niegan todas sus demandas, o creen que eso ocurre, aparecen fenómenos que se aproximan a la rebelión contra la sociedad. Pero aún en estos casos, cuando algunos estudiantes abrazan el comportamiento que corresponde a su ideología, y pasan a la resistencia activa contra los regímenes que impiden toda expresión dentro y fuera de la universidad, en contra del statu quo, no debe olvidarse que están acompañados de muchos adultos y expresan corrientes profundas de la sociedad donde viven. Sus posibilidades de triunfo están condicionadas, una vez más, por el comportamiento de los demás grupos estratégicos en la sociedad.

^{10/} Véanse, por ejemplo, Seymour M. Lipset, "Elites, educación y función empresarial en América Latina", en Seymour M. Lipset y Aldo Solari, Elites y desarrollo en América Latina (Buenos Aires, Paidós, 1967) y Naciones Unidas, Educación, recursos humanos y desarrollo en América Latina, op. cit.

Expresado en términos estructurales, las ideologías y los comportamientos de los grupos estudiantiles son ininteligibles salvo se los interprete como parte de la lucha por el poder en una sociedad conflictiva. El movimiento estudiantil es una vía de acceso y un modo de ejercicio del poder, y está muy ligado desde luego a la especial mecánica del poder político en América Latina. El conflicto de generaciones, cuando existe, parece una variable mucho menos significativa. De todos modos parece tentador preguntarse si tantas expresiones como las que aparecen en los medios de comunicación de masas, sobre una interpretación en términos de conflicto generacional no son sino un procedimiento que tienen los adultos de enmascararse a sí mismos y de enmascarar a los jóvenes la naturaleza real de la cuestión. Porque si fuera así, no habría verdaderamente problema; bastaría esperar que los jóvenes entraran en la edad de la razón. En otras palabras, sea cual fuere el valor científico de la explicación generacional -y parte de verdad hay en ella-, desempeña la función social de una ideología.

Por ese mismo carácter de los movimientos estudiantiles su historia estuvo ligada a la violencia. En ciertas situaciones estructurales muy comunes en América Latina, sobre todo en el pasado, la violencia contra los movimientos estudiantiles ha sido casi inexistente; el origen social de los estudiantes, sus relaciones personales, etc., los han protegido contra ella. En cambio, en otras situaciones estructurales la violencia ha sido y es muy fuerte; cuando los detentadores del poder fueron incapaces, voluntaria o involuntariamente, de canalizar el movimiento hacia cambios que ellos mismos estimaban moderados, debieron destruir por la violencia las principales manifestaciones. De la magnitud de los apoyos efectivos que el movimiento estudiantil puede obtener de otros grupos sociales depende, de manera principal, su capacidad de sobrevivir a ella o de superarla a través de un cambio de o del régimen existente.

Estas consideraciones permiten concluir que, en líneas generales, el movimiento estudiantil fue mucho menos dinámico, estuvo mucho más ligado al *statu quo* y a su propósito de insertarse en él, que lo que sus declaraciones permiten sospechar. Entre los estudiantes se han reclutado y se siguen reclutando las nuevas *élites* dentro de esa reserva inagotable que parecen ser las clases medias; si ellas terminan formulando nuevos compromisos políticos muchas veces éstos podrán ser mejores y más abiertos que los del pasado, aunque en otros casos no lo sean. Otras de sus funciones fue expresar de modo muy visible contracorrientes que existen en la sociedad, y para las cuales esa mediación es muy importante, en determinadas condiciones estructurales. Dos factores contribuyen a dar una impresión exagerada del dinamismo de los grupos estudiantiles y de su importancia como factor de cambio; por un lado, la atención

prestada sobre los aspectos aparentes y más visibles, punto sobre el cual ya se ha insistido; y por otro, el tan escaso dinamismo de los demás grupos. Si no se puede ser muy categórico sobre los dinamismos reales introducidos por los estudiantes latinoamericanos en sus universidades, menos aún se puede serlo, en general, acerca de los que fueron capaces de introducir sus profesores. Uno de los elementos que parecen perfilar la tragedia de las universidades latinoamericanas es la verdadera oscilación pendular entre el caos en el cual terminan por perderse cuando de hecho dominan exclusivamente los estudiantes, y el estancamiento y el conformismo que resulta cuando el mismo papel lo desempeñan los profesores.

Si los grupos estudiantiles luchan en última instancia por el poder, y si sus comportamientos efectivos no siempre corresponden a sus declaraciones, ello no debe ser motivo de asombro. No se advierte por qué razón ellos tendrían que constituir una excepción que los distinga de todos los restantes grupos y movimientos de la sociedad, a los cuales por otra parte, salvo casos excepcionales, acompañan y expresan.

Llegados a este punto quizás convenga considerar algunas de las principales consecuencias que se desprenden de estas hipótesis, toda vez que ellas sean verdaderas, con respecto a los tan mentados problemas de la participación de la juventud en el desarrollo.

En primer lugar, todo el aparato de exhortaciones, como tal, está condenado al fracaso. Con mucha frecuencia se ha esgrimido, por ejemplo, el lema de la "vuelta a los libros"; los estudiantes deberían dedicarse a estudiar y nada más que a estudiar. En algunos casos quienes levantan esta bandera son grupos de derecha que han resuelto ejercer un poder no compartido en la universidad y/o fuera de ella; en otros, son partidos políticos que llegaron al poder fomentando la agitación estudiantil y reclutando entre los estudiantes sus mejores dirigentes, y una vez alcanzado el poder hacen suya la misma invitación. En el fondo se trata que los movimientos estudiantiles no afecten el nuevo statu quo como antes lo hicieron. ^{11/} Estas exhortaciones pueden justificarse en nombre del desarrollo, de la eficiencia, de la racionalidad, o de cualquier otro argumento; pero parece muy difícil que quienes se quieren abrir camino vean en todos esos pregones otra cosa que un procedimiento para dejarlos de lado.

En segundo lugar está la cuestión de la participación, que por cierto no se intenta dilucidar aquí. Pero de todos modos se

^{11/} Es un hecho de extraordinario interés que esa alternancia por parte de los mismos grupos que pretenden utilizar el movimiento estudiantil recomendando la "vuelta a los libros", según sea su posición con respecto al poder, parece muy general. John Israel, en Reflections on the Modern Chinese Student Movement, lo ha mostrado para una sociedad tan diferente como la China.

debe subrayar que la gran mayoría de los estudiantes no participa, y si lo hace una minoría; pretender que esa minoría se ensanche parece legítimo; pero aspirar a que lo haga como sería del agrado de algunos adultos más que ilegítimo carecería totalmente de sentido. Cuando algunos jóvenes niegan toda posibilidad de desarrollo que no esté precedido por la revolución social están afirmando lo mismo que muchos adultos; pero aunque esa afirmación fuera equivocada, debería demostrarse que lo es, y no parece que haya razón alguna que indique sea más fácil hacerlo con los jóvenes que con los adultos. Si se admite la necesidad de una sociedad pluralista debe aceptarse la discrepancia entre unos y otros; si no se la admite la consecuencia inevitable es que hay que acallarla. Si el conflicto es real y se refiere a la participación en el poder, sólo el incremento de esa participación puede resolverlo; si no lo es, ello obedece a que ya existe la participación necesaria.

Los jóvenes capaces de elaborar conscientemente y racionalizar sus comportamientos, sean estudiantes o no, están tan divididos como lo están los adultos. Estos, por su parte, creen percibir en aquéllos una gran confusión de valores, una serie de incoherencias, etc. Todo parece indicar que cuando se miran en el espejo se niegan a verse a sí mismos. Habitualmente se afirma que los jóvenes piensan o repiten tanto el conformismo como las ideologías anticonformistas pensadas para otras sociedades sin mayor adaptación a las realidades de América Latina. ¿Pero qué otra cosa han hecho y hacen la inmensa mayoría de los adultos, incluyendo los líderes? Los jóvenes, también se dice, ya no creen realmente en la democracia. ¿Pero cuál es la democracia viva -no su remedo formal- en la que cree y sostiene efectivamente la inmensa mayoría de los adultos? Los jóvenes, se reitera por último, tienen una gran confusión. ¿Qué decir entonces, en estas sociedades dependientes, presionadas por mil pautas contradictorias, de las confusiones de los adultos? Si este mismo trabajo hubiera tenido como objetivo el estudio de los adultos muchas otras preguntas deberían haberse agregado.

El conflicto y el pluralismo social no bastan para asegurar el desarrollo; pero éste nunca se ha dado sin conflictos.

El logro de una posible unanimidad, como la idea del valor movilizador de la bandera del desarrollo en abstracto, son dos ejercicios tan míticos el uno como el otro. Nada nuevo se afirma cuando se recuerda que la juventud latinoamericana es un producto de la sociedad latinoamericana y lo seguirá siendo en el futuro. Cuando los adultos enuncian exageradas esperanzas o exagerados temores sobre la juventud, no puede dejar de pensarse si detrás de ese juicio sobre la importancia que le atribuyen en rigor no se oculta el deseo de eludir sus propias responsabilidades.

Capítulo VIII

A MODO DE CONCLUSIONES

1. Sobre la preocupación por los jóvenes

Recapitular algunos de los problemas y ciertas conclusiones no parece excesivo cuando se trata de una cuestión tan compleja como la que de manera muy parcial se ha querido examinar aquí.

Es legítimo y posible definir a los jóvenes de distintos modos; pero no es admisible que se mezclen esos diversos conceptos en forma reñida con la coherencia. Quienes tienen tales o cuales edades no son innovadores por ese solo hecho, y por su lado los innovadores puede pertenecer a casi cualquier grupo de edad. Pero el ardid es más sutil, puesto que la definición misma de innovadores, progresistas o como se les quiera llamar, se hace depender, por lo general, de los gustos (como antes se decía) o de los prejuicios, (como se acostumbra observar ahora) del autor. Pasar de las edades a las actitudes para con el cambio, luego de éstas a los comportamientos o a las ideologías y, con mayor razón, a los efectos reales que pueden poseer sobre la sociedad, requiere procedimientos de análisis muy complejos, que incluyen algunos que todavía no están a nuestro alcance.

Cuando los adultos simplifican tanto a propósito de los jóvenes no es sólo por la fuerza de sus gustos o de sus prejuicios, sino antes bien porque sienten la necesidad urgente de actuar sobre ellos. Su simpatía por los jóvenes, es, en muchos casos, más pragmática que contemplativa, y la acción requiere esquemas relativamente simples para tomarlos como guía. Ya sea porque se perdió el apoyo de las nuevas generaciones y se trata de reconquistarlo, o porque la intención consiste en lograr nuevas bases de sustentación, los jóvenes -que en rigor son siempre determinados jóvenes- gozan de una atención que oscila entre el temor y la esperanza. Ese temor no consiste tanto en la preocupación porque los jóvenes se descaminen irremediablemente y esa esperanza no reside tanto en el desvelo porque se encuentren a sí mismos con autenticidad, sino expresan más bien el temor y la esperanza de perder las viejas clientelas y, sobre todo, que otros puedan capitalizar las nuevas. Los afanes por respetarlos son mucho menores que las intenciones por utilizarlos y embarcarlos en algunos de los múltiples proyectos elaborados por los adultos y en los cuales creen.

Al hacerlo así se espera, por un lado, que los jóvenes ocupen los puestos y las funciones indispensables para que se mantengan los movimientos y las organizaciones sociales y políticas y, por el otro, que lo hagan sin disputar las posiciones

de poder a los adultos. A su vez, los jóvenes si están bien dispuestos a ingresar en la lucha por el poder, no lo están tanto, o por lo menos no lo están siempre, a hacerlo desde posiciones inferiores. Muchos adultos manifiestan una curiosa ambigüedad o quizás, mejor aún, una contradicción en los valores que atribuyen a los jóvenes. Por una parte expresan que los consideran como una fuente inagotable de pureza e innovación; por otra, que todas las posiciones sociales deben estar abiertas a todos en función de sus méritos y calificaciones, y entre estas últimas la edad desempeña un papel menor si alguno juega; y por último, afirman implícitamente, y a veces explícitamente, un derecho a la seniority que la rapidez de los cambios de la sociedad moderna torna cada vez más difícil de legitimar. Estas ambivalencias son funcionales para afirmar el papel social de los adultos, quienes esperan que se resuelvan de modo tal que los jóvenes, cuando ingresen a la vida adulta, terminen por reforzar el papel que tienen los diferentes grupos que integran la estructura del poder, y la propia dentro de cada grupo.

Pero si se llama a los jóvenes -en el fondo siempre a algunos jóvenes, insistimos-, a participar, se les brinda la posibilidad de definir la forma y las condiciones de esa misma participación. Que los jóvenes la actualicen o no depende de muchas circunstancias; pero si lo hacen, los adultos, o por lo menos una parte de ellos, se sienten amenazados y pretenden retrasarse al paternalismo tradicional. Estas ambigüedades existen en todas partes, pero son particularmente fuertes en América Latina, en el seno de cuyas sociedades el paternalismo, más o menos autoritario, más o menos flexible, pierde posiciones muy lentamente. Pese a todas las declaraciones en contrario, el propósito es "encuadrar" a los movimientos juveniles y destruirlos cuando no se logra hacerlo. Lo que engaña al observador apresurado es determinar quién quiere "encuadrar" a quién; y quién, según las sociedades y las coyunturas, debe ser destruido, pues pueden ser muy distintos grupos. Los que claman en una sociedad dada, y en un momento determinado, porque otros grupos en el poder destruyen, o tratan de destruir ciertos grupos juveniles, son los mismos que, en otras circunstancias y cuando a su vez ejerzan el poder, se dedicarán por su parte también a destruir grupos juveniles aunque diferentes.

En suma, que la cuestión de la distribución del poder es esencial para comprender los problemas de la juventud lo revela el mismo tipo de preocupación institucionalizada por los jóvenes. No sólo tiende a encuadrarlos, sino que omite, de manera sistemática, toda atención a quienes no pueden ser jóvenes -mayoría en América Latina-; es decir desatienden a todos aquéllos para los cuales la juventud es un privilegio denegado.

2. El conflicto de generaciones

El esquema que intenta explicar el fenómeno en términos de conflicto de generaciones tiene una serie de supuestos que constituyen otras tantas debilidades. En primer lugar, supone, como ya se ha visto, que el conflicto es un fenómeno excepcional o anormal; en segundo lugar, porque tiende a considerar como conflicto entre jóvenes y adultos luchas que se advierten entre los mismos adultos que buscan apoyo en las nuevas generaciones. En tercer lugar, y este punto merece algunas consideraciones especiales, porque tiende a ignorar o a subestimar lo que hay de profundo acuerdo entre los jóvenes "visibles" y los adultos. Para mencionar sólo una dimensión de este problema repárese en la cuestión educacional. Los sistemas educativos, en la mayoría de los países de América Latina implican, de hecho, la sistemática exclusión de los niveles medios y superiores, ya sea por la imposibilidad de acceso, ya sea por la eliminación prematura, de la inmensa mayoría de quienes son o podrían ser jóvenes. Una buena parte de los países latinoamericanos están, sin embargo, muy cerca o han alcanzado ya el límite máximo de los recursos que pueden destinar a la educación. Como consecuencia, todo aumento de los gastos en favor de un nivel del sistema educativo se hace a expensas y en perjuicio de otro. Los jóvenes universitarios, tan visibles, por su parte proclaman su adhesión a una política de iguales oportunidades para todos, pero cada vez que no se contemplan de manera satisfactoria las aspiraciones presupuestarias de las universidades se levantan, junto con sus profesores, para exigir algo que no se puede dar a la Universidad sin quitárselo, de algún modo, a los restantes niveles. Nadie recuerda, llegado ese momento, que la igualdad de oportunidades educativas o existía antes de entrar a la Universidad o ya tiene muy poca importancia.

En definitiva los adultos están de acuerdo en aumentar al máximo los recursos de los niveles medios y superiores, porque los dirigentes, sea cual fuera su ideología declarada, provienen de esos mismos estratos sociales. Los excluidos sólo tendrán posibilidades reales de ser escuchados si algunos descubren que para fortalecer su posición dentro del sistema de poder es necesario apoyarlos o por lo menos aparentar hacerlo.

En el plano de esas grandes decisiones sociales, como en la participación en los distintos niveles del sistema educacional, se hace mucho más evidente el acuerdo que el conflicto; pertenecer a los estratos medios implica comportamientos muy semejantes entre jóvenes y adultos, más allá de las generaciones, más allá, inclusive, de formulaciones ideológicas muy diferentes. En otro ejemplo podríamos encontrar nuevos argumentos; hay grupos que rechazan la regresiva e injusta distribución del ingreso, y otros hay que la justifican o la silencian;

las diferencias entre unos y otros son notablemente evidentes puesto que unos pregonan la revolución social y otros el conservadurismo extremo; pero mucho más difícil es discernir las diferencias que tienen en los comportamientos reales. En definitiva, las clases medias tratan de evitar, con mayor o menor energía, toda redistribución que pueda afectarlas en forma sustantiva, y de ellas provienen los jóvenes y los adultos que expresan las diferentes posiciones ideológicas.

En sociedades donde han sido escasos los efectos dinámicos de la industrialización porque fue limitada, la lucha por obtener un lugar adecuado en el sector servicios no puede sino agudizarse para aquellos grupos que allí, y sólo allí, pueden encontrar la satisfacción de sus aspiraciones.

3. Reemplazo y conflictos del poder

Toda sociedad humana ha tenido y tiene el problema de asegurar el reemplazo generacional; en América Latina, y en la situación actual, esta cuestión reviste caracteres inéditos. Los muchos cambios sociales que se registran parecen conspirar para que la situación de los jóvenes se haga cada vez más compleja y más llena de contradicciones.

Este carácter inédito del problema puede percibirse a través de muy variadas dimensiones. Siempre hubo masas postergadas, cuya participación en el sistema social fue tan insignificante que bien podría y puede discutirse si realmente pertenecen al mismo. La inmensa mayoría de los campesinos latinoamericanos y los miembros de estratos urbanos más bajos nunca tuvieron juventud ayer ni hoy; esta situación estaba acompañada de un aislamiento considerable del resto de la sociedad, mucho más evidente entre los campesinos pero también muy intenso en los estratos urbanos. Esa relativa pero indiscutible falta de comunicación hacía que, en la práctica, no tuviesen otras alternativas que las de sus mayores, quienes, por su parte, nunca habían conocido ni siquiera el remedo de una juventud. Pero la situación ha cambiado ahora completamente. Con creciente intensidad se expande la necesidad de tener alguna educación, la moratoria de preparación se extiende a todos los grupos sociales, aun para aquéllos que antes eran ajenos a la misma y, simultáneamente, los medios de comunicación de masas, la vida urbana, etc., enfrentan a dichos grupos con los modelos de una juventud entregada al ocio y al consumo. Aspiraciones antes desconocidas adquieren una fuerza enorme, en tanto que los medios de satisfacerlas, mayores quizás que en el pasado, no tiene parangón algunos con esas apetencias. La necesidad de trabajar para sobrevivir, la imposibilidad de encontrar trabajo regular chocan, evidentemente, con aquellas aspiraciones. La sociedad propone para un número

creciente de jóvenes modelos ideales sin dar simultáneamente los medios para satisfacerlos.

Si la situación es inédita para los jóvenes campesinos, los marginales y obreros, no lo es menos para otros grupos sociales. Los jóvenes de estratos medios, con intensidad acorde con el nivel, tuvieron siempre más o menos asegurada su posición en la sociedad; abierta la posibilidad de continuar con el comercio o industria establecida por sus padres o un camino en las profesiones liberales o afines, que constituye otra forma de inserción adecuada; de uno u otro modo satisfacían sus expectativas. Una serie de transformaciones tornan cada vez más difícil la situación de las pequeñas empresas y aumentan la atracción de los servicios de tipo intelectual, y esto último trae aparejada una creciente importancia a los niveles educativos cada vez más altos. En el pasado dichos niveles y las relaciones personales de las familias de estratos medios aseguraban una inserción en el sistema de ocupaciones y en la jerarquía social, satisfactoria para las expectativas de sus integrantes; pero esa seguridad se hace cada vez menor, aunque nada desdeñables sean por cierto las posibilidades de los jóvenes de estratos medios en comparación con las de quienes provienen de otros estratos. Pero el punto de referencia no lo constituyen por cierto, estos últimos, sino que hay también aspiraciones crecientes puesto que sienten, con mayor fuerza todavía, la penetración de modelos de consumo de sociedades de ingresos más elevados. Por una parte, las posibilidades de éxito dependen cada vez más de los niveles educativos que de las relaciones familiares; por otra, esos mismos niveles educativos ofrecen menos garantías que antes de servir para insertarse en determinados niveles de la sociedad. También esta situación es inédita, por lo menos en el sentido que afecta una proporción de jóvenes de magnitud desconocida en el pasado.

Encontrar una inserción adecuada en la sociedad es algo mucho más significativo que incorporarse al mundo ocupacional por importante que esto sea; es lograr que los individuos y los grupos se sientan relativamente realizados en función de los sistemas de valores admitidos y sus niveles de aspiraciones. Pero esto parece cada vez más difícil para los jóvenes de casi todos los estratos en América Latina y el conflicto entre sus aspiraciones y sus posibilidades se agudiza. Sólo existe un camino para satisfacerlo: que los jóvenes que lo viven perciban caminos efectivos de inserción en la sociedad; y esto, por supuesto, no quiere decir necesariamente conformismo. El objetivo puede obtenerse introduciendo alteraciones menores o profundas en la estructura del poder, es decir a través de mecanismos de innovación; y en el otro extremo puede traducirse a través de la desesperada convicción que no hay camino posible y que sólo es dable realizarse abrazando la utopía de la negación y de la transformación totales que la supere. También en este

caso sigue siendo la transformación más profunda de la estructura del poder la única que se percibe como capaz de resolver el problema.

Como se ha visto no todos los jóvenes tienen el propósito de transformar la sociedad en la cual viven y, seguramente, sólo para una minoría los aspectos políticos son esenciales. Pero aún los primeros están sometidos a la influencia de una serie de cambios que ocurren en la sociedad latinoamericana y a los cuales deben adecuarse de alguna manera. Organizarse para defender el statu quo implica tener conciencia que el mismo está amenazado y ya este solo elemento significa un gran cambio en relación con el tranquilo disfrute de los privilegios en el pasado. Y aquí parece oportuno disipar un equívoco bastante habitual, sobre todo difundido entre los pensadores que se consideran a sí mismos de izquierda; el esfuerzo por demostrar (aunque no lo hagan) o suponer que, salvo casos excepcionales -Cuba ayer, Chile hoy, Perú para algunos-, el inmovilismo es la característica de la sociedad latinoamericana. Nada parece más alejado de la realidad que esto. No parece legítimo confundir la ausencia relativa o absoluta de los cambios, que muchos pueden considerar deseables, con la falta de cambios. Las sociedades latinoamericanas experimentan una extraordinaria acumulación de cambios, cuyo signo puede juzgarse favorable o desfavorablemente según sea el sistema de valores y las ideologías que se adopten como punto de referencia, pero cuya existencia parece innegable. La aparición de nuevos proyectos sociales a los que se aspira llegar por caminos inéditos hasta ahora, como así también el desarrollo de un tipo bastante nuevo de regímenes represivos, indican, sea cual fuere el destino de unos y otros, la verdadera magnitud de esos cambios.

De todas maneras los estratos medios todavía parecen estar en el centro de ese proceso en casi todos los países; sea porque las oligarquías tradicionales han visto disminuir su poder; sea porque se han creado sistemas de compromiso social que tienden a apoyarse sobre muy diversos grupos; sea, en fin, porque ascienden los estratos bajos. En consecuencia parece cada vez más imposible prescindir de esos estratos medios, a pesar de su gran diferencia de magnitud en los distintos países de América Latina, para cualquier proyecto social.

De los estratos medios sale la mayor parte de los líderes políticos; de allí surgen los hombres que alimentan y son alimentados por la maquinaria del Estado; de allí también los intelectuales, la alta burocracia y la tecnocracia, grupos que cobran cada día mayor importancia. Y su trascendencia excede en mucho, en todos los países, la que podría deducirse de su número o del poder estrictamente económico que detentan. De allí es, por fin, esa juventud que constituye una etapa muy

característica de la vida; al mismo tiempo más encuadrada en un sistema de valores con mayor potencial de futuro.

Los problemas de la juventud son de este modo no sólo inseparables del sistema social considerado en su conjunto sino que mal se inscriben dentro de la idea del conflicto generacional. Son las dimensiones del poder, y lucha por el poder las que parecen más importantes, aunque no las únicas, para explicar qué ocurre en toda la sociedad latinoamericana, y particularmente, en su juventud.

Lo que hay de inédito en la situación de la juventud es lo que tienen de inédito las sociedades latinoamericanas. En las sociedades hoy desarrolladas la moratoria juvenil, y las aspiraciones por disfrutarla, se fueron expandiendo en forma relativamente lenta en los diversos grupos sociales; desde luego, hubo conflictos considerables y entre los nihilistas del siglo pasado había una buena proporción de jóvenes. Pero no se planteó, en general, ese fenómeno de expansión brusca de las expectativas juveniles en un plazo relativamente tan breve. En ningún país de los hoy desarrollados las tasas de incremento de la matrícula de la enseñanza media y superior crecieron de acuerdo con promedios superiores al 15 por ciento anual, y esto durante una década, como estuvo ocurriendo en casi todos los países latinoamericanos durante los últimos veinte años. Este no es sino un indicador más entre otros que podrían utilizarse, pero que merece mencionarse porque es altamente significativo. Es casi obvio que no hay, y probablemente tampoco pueden darse, tasas similares de creación de ocupaciones de niveles medios y altos que correspondan a esas calificaciones educativas. Para los estratos medios no importa que la educación se expanda en tanto conserven, como de hecho lo están haciendo, el monopolio de los niveles superiores del sistema educativo; pero la competencia interna entre ellos sólo puede resolverse apelando a cantidades crecientes de educación. La oferta de individuos educados alcanza rápidamente el nivel de la demanda, si se considera la cuestión en términos globales, aunque resten una serie de discrepancias de niveles ocupacionales altos con niveles educacionales bajos. Estas discrepancias expresan mucho más el pasado que el presente de las nuevas generaciones y su porvenir; para ellas, la mayor amenaza consiste en desempeñar niveles ocupacionales inferiores a los educacionales por los que tanto lucharon. La falta de dinamismo de la economía obliga a los estratos medios a concentrarse sobre un abanico ocupacional relativamente reducido dentro del sector servicios, y el grado de subutilización de sus posibilidades tiende a aumentar en forma constante.

Es necesario insistir sobre el hecho que los países latinoamericanos están en etapas y situaciones muy diferentes, pero en casi todos ellos se perciben indicadores de las dificultades

crecientes que hay para hallar ocupación acorde con el nivel de expectativas. Los mecanismos que en muchas partes se adoptan para limitar el acceso a las universidades, sean cuales fueren sus variadas justificaciones, poseen una función social que, objetivamente, está ligada a este fenómeno. Los colegios y asociaciones profesionales limitan de esta manera las posibilidades de competencia futura y quienes ingresan a la universidad tampoco les ofrecen resistencia (y esto pese a las grandes dificultades que deben vencer para conciliar esa actitud con las ideologías que la mayoría de los grupos juveniles universitarios proclaman) porque de este modo aumentan sus posibilidades de encontrar ocupación según sus aspiraciones.

Sin embargo, la significación de estos mecanismos es muy limitada puesto que de todos modos no impiden el crecimiento de la población universitaria de acuerdo a las tasas antes mencionadas. Una vez más debe puntualizarse que si el desarrollo económico no produce una suficiente proporción de ocupaciones de mediano-alto y alto nivel, la situación no parece tener otra salida que conflictos agudos para insertarse en la sociedad.

Algunos países, el Uruguay por ejemplo, pueden dar una idea acabada de hasta donde puede llegar ese proceso; esto no implica, desde luego, que los demás países latinoamericanos estén condenados a llegar a una situación similar. Se le menciona aquí a título de sugestiva ilustración. En un país donde no hay barreras especiales para el ingreso a la universidad llega un momento en que la población universitaria crece muy poco y la parte que abandona sin terminar los estudios es enorme. La inexistencia de un mercado ocupacional constituye una de las causas más poderosas de eliminación como ya se ha visto. En cambio, crece la matrícula de las estructuras académicas que permiten llegar a ser maestro o profesor, que en el Uruguay casi no existen en la universidad. Ya en otros países puede observarse también una fuerte tendencia que hace que el aumento de la matrícula universitaria se manifieste sobre todo en el tipo de carrera que lleva a convertir al estudiante en un educador.

El sistema se aproxima de esta manera a una especie de tipo ideal -en el sentido sociológico, no en el normativo-, donde la función esencial del sistema educativo es la de alimentar al sistema educativo; los integrantes de la sociedad se educan para educar. Si se supone un sistema educacional que se incrementa con tasas elevadas, esto implica un crecimiento también intenso de un tipo de ocupaciones, las de los educadores y sus auxiliares. Si se admite que las restantes ocupaciones de mediano y alto nivel crecen de acuerdo con tasas mucho más bajas, lo único dinámico que resta en la economía es la educación. El bloqueo ocupacional total coincidiría con la estructura de un perfecto sistema de autoalimentación del sistema educativo, cuya función se agotará cada vez más en sí mismo y se volcará, cada vez

menos, hacia los servicios que debe prestar al resto del sistema económico.

Es obvio que esta especie de pesadilla saturniana no se ha materializado totalmente en ninguna sociedad, pero como se trata de una tendencia suficientemente intensa no puede dejar de mencionársela como uno de los graves problemas que amenazan el futuro de América Latina.

Si la juventud de los estratos medios se ve amenazada por bloqueos ocupacionales cada vez más importantes pese a las posibilidades que tienen de crear nuevas posiciones, sean éstas necesarias o no para el sistema económico, por su parte la juventud de los estratos bajos se ve constantemente amenazada por la imposibilidad de encontrar un trabajo regular, al mismo tiempo que una serie de fenómenos la llevan a adoptar niveles de conducta que se asemejan a los de la juventud de los estratos medios. Aunque abusivas quizás estas generalizaciones, indican sólo tendencias que aunque no parecen haberse dado todavía de manera completa en ninguna sociedad, sugieren al mismo tiempo que tampoco ninguna podrá escapar totalmente a ellas.

En estas condiciones estructurales la lucha por el poder se torna cada vez más esencial para todos los grupos sociales y se convierte en la gran dimensión del problema juvenil. De esta situación se infiere el predominio de lo político puesto que sólo transformaciones de la sociedad originadas por la acción del Estado parecen sugerir las posibles soluciones.

Por ahora parece imposible prever cuáles pueden ser las salidas de los conflictos de esta naturaleza, si las hay. Si se opta por una solución represiva se hará cada vez más indispensable reconstruir un nuevo orden, lo que a su vez implica un cambio considerable sobre el anterior, cambio que seguramente puede ser considerado todavía más indeseable. Para las restantes soluciones, o para estas mismas si la fuerza es incapaz de mantenerlas, parece inevitable que surja el predominio de los objetivos sociales -mejor distribución del ingreso, mayor participación efectiva, etc. -, sobre los puramente económicos. La situación estructural de América Latina y el ejemplo vivo de los fracasos de las sociedades de elevados ingresos tienden a desprestigiar un modelo cuya base esencial consiste en el simple crecimiento económico, aunque ejemplos recientes demuestren que su éxito aún parece, por cierto, muy posible en América Latina.

De esa manera, las condiciones estructurales hacen volver la mirada hacia un modelo donde las grandes bases de la transformación social adquieren una importancia de primer orden y donde los objetivos puramente sociales tendrán una preponderancia, que puede llegar a ser considerada excesiva por algunos, sobre los económicos. Una buena parte de los jóvenes serán

los más ardientes portavoces de este punto de vista, acompañando al hacerlo a corrientes profundas de la sociedad, pero ésta ¿realmente está en condiciones o efectivamente está dispuesta a pagar el precio que requieren las transformaciones estructurales revolucionarias en el sistema del poder, necesarias para alcanzar esos objetivos?



EL INSTITUTO

ESTOS CUADERNOS